Edición Fediverso

LA SOPRANO HÚNGARA

DANIEL PRIETO

Índice general

Índice general **2**

I El libro **12**

1 **13**

2 **29**

3 **38**

4 **49**

5 **64**

6 **77**

7 **80**

II Los pies del ídolo **93**

1 **94**

2 **101**

3 **108**

4 **112**

5 **115**

IIIAldebarán, o Sirio **120**

1 **121**

2 **123**

3 **135**

4 **140**

5 **147**

IV La suerte está echada **149**

1 **151**

2 **156**

3 **161**

4 **170**

V El periplo de Anosh 176

1 177

2 182

3 189

4 192

5 200

6 205

VI La soprano húngara 208

1 209

2 214

3 224

4 230

5 **231**

6 **234**

7 **236**

8 **237**

9 **239**

10 **244**

11 **245**

12 **246**

13 Epílogo **248**

VII La princesa **253**

1 **254**

2 **263**

3 **271**

4 **279**

5 **287**

La soprano húngara

Primera edición en español: ©2021 - Daniel Prieto
Edición Fediverso: ©2025 - Daniel Prieto
ISBN: 9798724951104

Este libro se distribuye bajo una Licencia Creative Commons CC BY-NC-SA 4.0.

Prohibición de uso para entrenamiento de IA

Ninguna parte de este libro puede copiarse, almacenarse, transmitirse ni utilizarse de ningún otro modo, ya sea digital o físicamente, con el fin de entrenar modelos de inteligencia artificial, sistemas de aprendizaje automático o cualquier tecnología basada en datos, ya sea comercial o no, sin el consentimiento previo, explícito y por escrito del autor. Esto incluye, entre otros, el uso de contenido textual para aplicaciones generativas, analíticas o de minería de datos. Cualquier uso no autorizado para tales fines queda estrictamente prohibido y constituye una violación de los derechos de propiedad intelectual del autor.

Aviso de Ficción

Esta es una obra de ficción literaria. Aunque puede hacer referencia a eventos históricos, lugares o figuras reales, dichos elementos han sido adaptados, modificados o ficcionalizados

con fines narrativos y dramáticos. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es puramente coincidente o ha sido intencionadamente reinterpretada. Este libro no pretende ser un relato fidedigno de la historia y no debe ser entendido como tal.

Nota del Autor

El autor expresa su profundo respeto hacia todas las culturas, religiones, etnias, identidades de género y sistemas de creencias mencionados en esta obra. Si bien algunos elementos reflejan contextos históricos reales, su representación responde a fines narrativos y no a una documentación precisa de los hechos.

Si la representación de temas sensibles, incluyendo injusticias históricas o tensiones culturales, llegara a causar ofensa de forma no intencionada, el autor ofrece sus más sinceras disculpas. Estas representaciones buscan abordar la complejidad del ser humano sin perpetuar daño alguno o

revictimizar a nadie, y se invita a los lectores a interpretarlas dentro del marco de una narrativa especulativa.

Créditos

Imagen de portada:
©Claude Truong-Ngoc / Wikimedia Commons. Strasbourg, Opéra National du Rhin, Catherine Malfitano as Violetta . Directed by Jean-Pierre Ponnelle, March 1980.

Fuente tipográfica accesible:
Atkinson Hyperlegible - ©2019 Braille Institute .

Escrito en LaTeX en un entorno GNU/Linux sobre una plantilla de Luis Cobo (luiscobogutierrez@gmail.com) con modificaciones mayores de Vel (vel@latextemplates.com) distribuída bajo licencia CC BY-NC-SA 3.0.

Parte I

El libro

Capítulo 1

La doctora Martha Goldman era uróloga. Durante su juventud, un poco por poseer un incansable espíritu aventurero y otro tanto por necesidad, en sus días libres conducía la camioneta de la Universidad llevando a un equipo científico y sus estudiantes en las salidas de campo. En ese tiempo aprendió mucho de botánica de bosques tropicales, y conoció muchas prácticas medicinales de las tribus a las que visitaban. También hizo grandes amistades y forjó gran parte de su fascinación por el continente africano, y su debilidad por la mandioca. Muchas de las plantas que aho-

ra cultivaba en el jardín con gran esmero habían viajado miles de kilómetros con ella por tierra, mar, y aire antes de llegar a su pequeña casa a las afueras de la ciudad.

Al llegar a su casa se quitó los zapatos, se lavó cuidadosamente las manos, como tenía costumbre desde hacía muchos años, y se dispuso a tomar una colorida taza de rooibos. Con la mente extraviada en un pasaje de libro, cuyo nombre no podía recordar, oyó sonar el teléfono.

– ¿Martha?

– Si – respondió.

– ¿Vienes esta noche a casa a jugar a la canasta, o es poca aventura para ti? – Preguntó Leonel, su viejo amigo. Podemos jugar al truco si prefieres, como hacíamos en los tiempos de la Facultad – dijo.

– Ahí estaré – dijo Goldman.

– A las ocho y media, como siempre – indicó Leonel.

Pronto serían las seis, así que tendría tiempo para su rutina de ejercicios y para prepararse. Las reuniones en casa de Leonel siempre eran interesantes.

Leonel Giucci era un conocido cardiólogo, con amistades en todos los escalafones de la sociedad. Tenía por deporte reunir gente muy diversa en su casa y observar los frutos de esas reuniones a lo largo de los años. Además, era un fantástico cocinero que sabía apreciar los condimentos exóticos como nadie. La visita de Goldman era también una garantía de frescas hierbas aromáticas de orígenes remotos, desconocidas para la mayoría.

La casa de Leonel Giucci no era suntuosa. Leonel no tenía dinero, pero sí buen gusto. La mayor parte del dinero que ganaba en su vida se lo gastaba en viajes. Había dedicado gran parte de su tiempo de vacaciones a recorrer la Toscana, de donde habían emigrado sus padres poco después de casarse al estallar la Guerra Civil. La pobreza regalada por la Segunda Guerra Mundial y un ré-

gimen esquizoide hicieron que el recién nacido Lionel, bautizado con el nombre de su abuelo materno, se castellanizara a Leonel al llegar al puerto de Montevideo. Su madre decía que lo habían hecho para dejar atrás todas las penurias que pasaron en su Italia natal de la que heredó, no dinero, porque no había, pero sí el gusto por la buena cocina, y la destreza para combinar los ingredientes.

Al llegar, Martha dejó su coche en el lugar de siempre y tocó la puerta. Leonel Giucci la recibió enseguida acompañado de la Sra Ellis, quien fuera compañera de juego de Martha tantas veces.

La Sra. Ellis tenía el cuerpo menudo, y un aire despojado y elegante. Sus delicadas facciones habían envejecido con dignidad. Su trabajo, menos aburrido que interesante, le daba el refinamiento intelectual de quien nunca ha debido menoscabar sus manos en tareas pesadas. Era la curadora del Museo de la Colonia, un archivo de objetos y documentos del período en que el territorio del Río de la Plata todavía era dependiente de la corona

española. En palabras de Leonel Giucci, además de una mente sagaz para la canasta y el bridge, como ya ambos habían descubierto a los golpes, detrás de aquella viejecita de aspecto afable también se escondía una feroz oponente en el tenis. La Dra. Goldman nunca había sido amante del tenis, aunque disfrutaba verlo de cerca, porque el sonido errático de la pelota le recordaba que no todo en el mundo es necesariamente simétrico. Le daba, según su propia opinión, un toque de imprevisibilidad emocionante a aquel deporte.

– Ella es Matilde Tsakis, la amiga de que les hablé. No hay juego de barajas que no domine con la habilidad de una experta croupier – dijo Giucci.

Matilde Tsakis era una mujer madura, pero todavía joven; impetuosa y bella. Navegaba desde antes de aprender a caminar, y su rostro se veía bronceado y delineado con el tinte que sólo se obtiene en alta mar. Su conversación de persona de mundo, que ha visto tantos puertos, tantas islas y tantos mares, combinada con su delicado

tono de voz, era un deleite. Por eso, cada vez que hablaba, todo el mundo callaba para escucharla. Leonel intuía que sus largas horas en el océano la habían llevado a desarrollar sus extraordinarias cualidades para los juegos de cartas. También albergaba la esperanza de que se convirtiera en habitué de sus encuentros, y agregara, con su destreza, valiosas lecciones a aquellos veteranos jugadores.

El aire estaba cargado de humedad, y parecía sentirse hasta en el surco del disco de jazz que Leonel siempre hacía sonar en su enorme sala para esperar a sus invitados. Las noches de lo que iba de la primavera habían sido tan agradables que parecía insensato quedarse en casa teniendo una invitación.

Cuando comenzaron a sentirse las primeras gotas y el olor a tierra mojada, hacía poco más de media hora que habían comenzado la partida. La Sra. Ellis comentó con indiferencia que se pronosticaba una gran lluvia. Ninguno recordaba cuándo había llovido por última vez, pero todos

recordaban haberse enterado de aquel pronóstico. Media hora más tarde, el chaparrón era tan intenso que decidieron retirarse antes de terminar el juego. Mientras esperaba el taxi, la Sra. Ellis invitó a Martha, Matilde y Leonel a visitar su museo. Acordaron hacerlo a la mañana siguiente, si el tiempo mejoraba.

Pasaron tres días antes de que la interminable lluvia diera descanso a la tierra. Aquel maná tan esperado que llegaba de las nubes se había convertido de pronto en un pesado azote erosivo para el suelo. Era imposible que Martha Goldman evitara pensar en las tierras africanas que esperan con ansias el agua durante largos meses de sequía, para reverdecer, brotar, florecer, y volver a morir en pocas semanas. Aún así, la dura vida de los animales y las plantas de aquellas implacables regiones había permanecido inmóvil durante siglos. Las tierras rojas, secas y resquebrajadas, se convertían en un delicioso barro lleno de vida

cuando los cauces se llenaban.

La tierra de aquí, sin embargo, era de un profundo color negro, y el barro que producía, según era el parecer de Goldman, resultaba mucho menos elástico que el africano. Mientras desayunaba, observaba con cierto orgullo, desde la ventana de su cocina, el invernáculo que ella misma había construido años atrás, cuando todavía viajaba con frecuencia, y que albergaba algunos de sus tesoros botánicos más preciados.

Cuando el reloj marcó las nueve de la mañana del domingo, Martha Goldman levantó el teléfono y acordó con su amigo Giucci visitar el museo esa misma tarde.

Los delicados rasgos de la Sra. Ellis se transformaron de pronto en una infame mueca. Un gesto de pálida desesperación, que por un instante hizo pensar a sus visitas que estaba por tener un infarto.

Intentó componerse. Estaba mostrando debili-

dad, un sentimiento que no había sido admitido en su educación. En aquellos días de gloria familiar en que iba con su madre y su padre a todos los eventos culturales importantes de la capital, la debilidad había sido casi tan detestable como la vulgaridad. Se excusó un momento, y fue al tocador.

Se refrescó, y repasó su perenne maquillaje. Retocó aquella línea imperfecta del ojo derecho que sólo ella habría podido percibir. Volvió a perfumarse las muñecas con el pequeño frasquito que llevaba siempre consigo, y regresó al recibidor, donde esperaban sus invitados.

Casi temblando, contó cómo había encontrado la puerta de atrás abierta y el libro..., ya no estaba.

– ¿Qué libro? – Preguntó Leonel Giucci.

– Podemos ayudarla a buscarlo... – se adelantó Matilde Tsakis.

– El libro siempre, siempre, está en su lugar. Es una primera edición del Felixmarte de Hircania, impresa en 1556, que perteneció al Virrey – explicó todavía alterada la Sra. Ellis.

Por respeto a la solemnidad con que hablaba del antiguo libro, la práctica Matilde Tsakis sugirió:

– Avisemos a la policía; seguro contarán con más recursos que nosotros para hallarlo.

La Sra. Ellis, en cambio, no se mostraba tan optimista. Un poco por prejuicio, y otro poco por haber tenido que entender en asuntos similares en varios lugares del mundo antes que este, afirmó con resignación:

– Ni siquiera darán la alerta. Pensarán que no es más que un libro viejo, y nosotros un montón de excéntricos.

Leonel Giucci, que contaba con muchas amistades, se dispuso a hacer una llamada a una vieja amiga. Ana Novak, o Anna, como estaba escrito en su documento, era una mujer madura, cuya descripción perfectamente podría ser la de una temible institutriz alemana dispuesta a educar niños en la senda marcada por el chucrut. En realidad, su familia era de origen checo pero en estas latitudes, checa o alemana, daba igual. Su porte

marcial y su mirada penetrante le habían ayudado, junto a su veloz mente, a llegar a Inspectora Principal de la policía nacional.

– Haré lo posible por estar ahí antes del mediodía – dijo secamente Novak.

No es que Giucci pretendiera que ella se encargara de la investigación, pero su presencia aseguraría que la denuncia fuese tomada en serio, y que la Interpol fuera avisada de un posible intento de tráfico de objetos históricos. Mientras esperaban, buscaron cuidadosamente en el lugar, por si acaso el estado de shock de la Sra. Ellis le estuviese nublando el razonamiento.

La habitación en que se encontraba el libro estaba bastante vacía. Era una pequeña biblioteca que contenía material del Archivo de Indias de la corona española, algunos libros que habían traído los viajeros del viejo continente, muchos ácaros, y algunas pequeñas contribuciones de acommodadas familias locales. Lo que era claro

es que aquella habitación debía permanecer con la puerta siempre cerrada para prevenir que la humedad del exterior dañara aquellas importantes reliquias con olor a papel viejo.

La puerta del fondo estaba abierta. El patio, antiguo, era bonito. La exuberancia de sus árboles y enredaderas se debía más a los largos años de crecimiento que a los cuidados recibidos. Una amplia vereda empedrada, todavía mojada, rodeaba la casa. También había varios caminos de adoquines, que llevaban a la cocina, el almacén, la letrina y el aljibe.

Tanta piedra esculpida abonaba la sospecha de que debía haber sido realizada con mano de obra barata e involuntaria, siguiendo las costumbres de la época, recordadas por la altanería del viejo y oxidado cañón que vigilaba el fortificado jardín.

El sufrido trabajo de picapedreros privados de su libertad por desafiar a la corona proveyó a la arquitectura colonial de hermosos y duraderos materiales. Tan duraderos, que las innumerables gotas del doloroso sudor de aquellos anónimos

parecían haber terminado por evaporarse; y evaporado también con la última gota, el recuerdo de su penoso origen.

A un lado del camino que llevaba al almacén, podían distinguirse claramente unas huellas en el barro. La lluvia había sido intensa, y el suelo fangoso registraba cada pisada que se le imprimía. Había huellas de animales domésticos, pero también podían distinguirse pisadas humanas. Martha Goldman las observó con atención. Algo peculiar se adivinaba en ellas. Si. Una era indudablemente más profunda que la otra, como si la persona que las hizo llevara un bolso o una mochila cargada a un lado del cuerpo. Las huellas desaparecían contra el viejo portón en el muro trasero, donde volvía a haber adoquines.

El viento se había calmado, así como la Sra. Ellis con la apacible taza de aromático té que Matilde Tsakis le preparó, acaso para edulcorar el despliegue de sus hábiles y reconfortantes palabras.

Luego de una espera, que la amena conversa-

ción de Matilde hizo imperceptible, finalmente llegó la Inspectora Principal Novak. Estaba vestida con una gabardina de tafetán verde que le daba el aspecto de haber salido de una película de espías. Minutos después, llegó un comisario que tomó declaraciones a cada uno de los presentes. La descripción del valioso libro no ayudaba a su búsqueda. Más bien, la frustraba antes de comenzar. Tapa muy desgastada, hojas cortadas a mano de color amarillento, encuadernación deteriorada, y un título tan largo que hizo falta agregar una hoja adicional al formulario de denuncias.

Martha Goldman no podía dejar de pensar que muy poca gente, si acaso había en el país alguna, sería capaz de identificar aquel libro entre una pila de libros viejos de ocasión. Además estaba el problema del móvil. ¿Sería posible que una organización especializada en el robo de obras de arte fuera tan tosca como para perpetrar el robo de un delicado libro de 500 años de antigüedad con semejante tormenta? El libro estaría ya hecho trizas. ¿Qué otras posibilidades habían?

Por otra parte, aquellas pisadas en el barro indicaban que alguien había llevado una pesada carga por allí. Si no hubiese sido fin de semana, y no hubiesen tenido semejante tormenta, quizá habría pensado en uno de los jardineros llevando una gran bolsa de ramas u hojas. Pero, siendo domingo, luego de un diluvio de tres días… En esas huellas seguramente se hallaba alguna pista de la desaparición del Felixmarte.

Se lo comentó discretamente al comisario, pero la mirada de perplejidad del oficial dejaba leer un silencioso comentario: no mire tanta televisión, señora. Esto le resultó doblemente insultante, primero porque la Dra. Goldman no tenía el hábito de mirar televisión y, de hecho, ni siquiera tenía una en su casa; segundo, porque su famoso poder de observación había sido ignorado.

– No se preocupe, ya está en nuestras manos – fueron las palabras del comisario.

Sin embargo, Martha Goldman sólo le devolvió una fría sonrisa, forzada, sin mostrar los dientes. Indignada, se dio la vuelta pensando en la flagran-

te incapacidad del cuerpo policial para aquella tarea y analizó semiológicamente la sensación producida por la adrenalina que comenzaba a fluir por su cuerpo. Era el pujo de su pasión. La misma pasión que la había llevado a deambular durante dos décadas por donde más la necesitaran; por zonas de guerra, devastación y hambruna. En ese instante supo que lo haría. Sola, o con la ayuda de quien quisiera ayudar. ¿Leonel tal vez? ¿Matilde Tsakis? A lo mejor. ¿La Sra Ellis? Tal vez no.

Lo seguro era que la aventura que se le puso delante sin buscarla le empujaba como una gran mano hacia la búsqueda de aquel amarillento libro, si es que todavía quedaba algo de él, claro.

Capítulo 2

Cerró la puerta. Abrió el paraguas para no empaparse en el trayecto de media cuadra que iba desde el auto hasta la puerta lateral del edificio de la Facultad de Humanidades. Tal era la lluvia ese día, pero el vaho de la ciudad permanecía detestable como siempre.

La ciudad alardeaba de un atractivo decadente para los extranjeros, pero el calor húmedo de aquellos primeros días de verano le era insoportable. Súmese a eso el hedor nauseabundo de los frutos de los plátanos del ornato público. Cuando se mojan, los culpables de la apestosa pelusa

alergénica de la primavera nos regalan un olor repugnante que inunda el aire de la capital. Martha lo detestaba, pero lo que verdaderamente le indignaba y aterraba era la falta de empatía propia de quienes conducen un vehículo cerrado bajo la lluvia.

Siempre están dispuestos a salpicar a los transeúntes con esa pastosa mezcla de hollín, tierra y aguas encharcadas, pensó, mientras subía las escaleras y buscaba algún punto de referencia para orientarse allí dentro.

Deambuló por los pasillos unos quince minutos, hasta que llegó a una terrible conclusión: las salas no sólo no estaban numeradas, sino que llevaban nombres de personas. Tampoco había un criterio alfabético, y mucho menos un plano de ubicación. En tiempos de receso estudiantil, no era tan simple como preguntar a la primer persona que se cruzara. Los pasillos estaban vacíos. Era la época del año más ansiada por la casta docente, porque permitía concentrarse en las investigaciones sin temer por la constante distracción de estudiantes

tocando puertas para preguntar nimiedades.

Finalmente, un funcionario de limpieza apareció en el horizonte del largo corredor. Martha Goldman apuró el paso para impedir que éste cruzara alguna puerta imprevista y se desvaneciera su oportunidad de preguntar por la Profesora Sáenz, directora del Instituto de Letras. Su determinación la llevó a buen puerto, como tantas veces en la vida lo había hecho.

La Profesora Sáenz la recibió con una amable sonrisa, acaso porque sintió que alguien de fuera de su círculo académico valoraba su conocimiento. Era delgada y alta, de edad indeterminable. Entre sesenta y setenta, pensó Martha.

Su cabello estaba visiblemente teñido de rubio ceniza, con un peinado anacrónico adoptado seguramente en su época de estudiante en la Complutense de Madrid. Su rostro pálido estaba lleno de pequeñas arrugas como de un papel de seda hecho una pelota y vuelto a desplegar. Sus

arrugas, el tinte de sus dientes, y el fuerte olor de su ropa la delataban como una empedernida fumadora de los años setenta. Esto, sumado al penetrante perfumador de ambientes que seguramente aplicara segundos después de sentir que llamaban a su puerta, para disimular burdamente su pecado. Llevaba un pantalón de vestir marrón claro de tiro muy largo y una blusa beige, con un gran camafeo de madreperla colgando de su cuello por una delgadísima cadena de oro.

– Felixmarte de Hircania – dijo la Dra. Goldman – ¿Le dice algo?

– Claro. Es un libro de caballerías del siglo XVI. Sin dudas no está entre los mejores de su género – agregó con una pequeña sonrisa.

– ¿En qué la puedo ayudar? – preguntó la Profesora.

– No estoy segura – replicó la Dra. Goldman.

Ensayó una breve descripción de los hechos ocurridos en el museo, y atinó a preguntar si el libro tendría valor comercial.

– ¿Valor comercial? Quizá... – contestó la Prof.

Sáenz.

– Pero no hay dudas de que sería para un público reducidísimo. Tampoco es que sea un manuscrito del Amadís de Gaula, o del Orlando Furioso… – agregó.

– Podría haber algún coleccionista. Aunque en mi vida no me ha tocado encontrarme aún con ninguno. Hubiera sido de gran utilidad para consultar algunas cosas. No lo creo – concluyó Sáenz.

– ¿Tal vez por su autor? – aventuró la Dra. Goldman.

Miró un punto fijo en la esquina de la pequeña y despintada sala. Hubo un beve silencio.

– El Felixmarte de Hircania se atribuye a Melchor de Ortega, que nació en Úbeda, en Andalucía. Era un hidalgo, que reclamó su nobleza junto con sus hermanas mediante un famoso pleito al Concejo de Úbeda. Hay un trabajo de Toral sobre su familia – dijo con aire magistral la Prof. Sáenz.

– ¿Se atribuye, dijo? ¿Entonces no se sabe quién lo escribió? – preguntó intrigada la Dra. Goldman, intuyendo que tal vez había hallado

una punta de la madeja.

– Sí. Se atribuye. Mire, hay total consenso en la comunidad académica de que lo escribió de Ortega. El problema es que no lo firma él como autor. Una costumbre de la época – suspiró Sáenz, como trasladándose a aquellos tiempos en una suerte de viaje astral. Con un tono menos acartonado, agregó:

– Para dar más importancia al texto, se acostumbraba a fingir un origen lejano, muchas veces en otro idioma. Los autores, declaraban ser simplemente copistas de antiguos manuscritos hallados, o haber traducido la obra de un original en griego o italiano. No hay que olvidar que la imprenta de tipos móviles era una tecnología relativamente nueva en la época. Lo cierto es que la mayoría eran los verdaderos autores. Haría usted bien en leer por lo menos el Quijote para entenderlo. Hay una edición conmemorativa fantástica editada por la Real Academia, y a un precio inmejorable.

– Gracias. Lo haré. Si no le parece mal, quisiera

mantener el foco en el libro del que estábamos hablando – respondió la Dra. Goldman adivinando cierta pedantería en aquellas palabras.

– Claro – continuó Sáenz –, el libro está escrito en español medio, y fue impreso en Valladolid, que fue uno de los grandes centros culturales de la época. Hay un catálogo muy interesante de las obras allí publicadas. Ya tiene bastantes años. Lo publicó Maria Marsá en la década del cincuenta. Tengo una copia si le interesa.

Cerró la puerta. Puso el paraguas en una bolsa y lo colocó debajo del asiento. Pensó por un momento en lo que había hablado con la Profesora. Ordenó sus ideas, y puso el motor en marcha. La lluvia era ahora menos intensa, y parecía que el vaho había disminuido.

Debe de haber bajado la temperatura, pensó, y emprendió su regreso. En la esquina, la detuvo el semáforo y reflexionó: ¡Cuánta gente habría debido trabajar todo el día con su ropa mojada

hoy!

Un hombre de gabardina gris y sombrero a la antigua cruzó la calle frente a ella, rengueando. Al verlo caminar no pudo evitar compartir su incomodidad; le recordó la dolorosa herida provocada por aquel parásito que le perforó el pie recién llegada a Costa de Marfil.

Estudiante de humanidades, dedujo por su estrafalario atuendo. Era bastante común entre los estudiantes de humanidades adoptar un vestuario vetusto desde el día de su inscripción en la universidad, a veces acompañado de una ridícula boina, emulando a la generación del 900.

Un atuendo absurdo, pensó, y sonrió. Así como aquellos estudiantes de primer semestre de Derecho, que asistían a clases disfrazados de banqueros, con un traje de confección industrial sin ajustar al largo de sus extremidades. Como si aquel inapropiado hábito les conjurara alguna secreta ayuda para sortear las infinitas dificultades curriculares que deberían enfrentar los próximos años. Luego, a partir del segundo semestre, incor-

porarían también la petulancia propia de quienes han recibido una pizca más de información que sus vecinos, sin haber recibido la lección principal: la enormidad inabarcable de lo que no conocen. La luz cambió, y Martha continuó su camino pensando que debía pasar por el supermercado de camino a casa.

Su Volvo de la década del ochenta, tapizado en cuero, era ya viejo pero le gustaba pensar que conservaba la exquisitez de un coche de lujo. Se lo había comprado a un antiguo compañero del hospital cuando este se jubiló. El rugido del motor era propio de un mundo menos preocupado por el consumo de combustibles fósiles, y de una sociedad menos urgida por satisfacer necesidades humanas básicas que por la potencia necesaria para mover aquella mole con holgura. Acaso ella también pronto lo vendería.

Capítulo 3

No había mandioca y eso no era bueno. Ya bastante esfuerzo hacía entrando a esas hostiles grandes superficies, esos interminables no-lugares, con el fin de conseguir un poco de mandioca y, de vez en cuando, un licor de Marula. Claro que prefería un buen vino de palmera, fermentado y espumoso, a aquel brebaje elitista y debilucho de las tierras del Este. Era la huella que África había dejado en su corazón.

Debía salir de allí cuanto antes. La música atontante, la iluminación artificial que hacía imposible determinar qué hora era, y las ridículas propa-

gandas de productos le resultaban intolerables. ¿Realmente los anunciantes creían que alguien podía creer que un producto era bueno sólo porque quien lo vendía lo proclamara?

Jabón, recordó, y se dirigió a la góndola de productos de tocador. ¡Shampoo con manteca de karité! Era demasiado. ¿No se daba cuenta la gente que manteca y shampoo no pueden ir juntos? Uno engrasa y el otro quita la grasa.

– ¡Esto es demasiado! – alcanzó a murmurar.

Cada vez que escuchaba, o veía cómo el mundo industrializado desperdiciaba la sabrosa y aromática manteca de karité en absurdas formulaciones cosméticas, se le irritaban las pantorrillas.

Árbol noble, grande y longevo. Hasta los shitumu, unas larvas de mariposa que devoran sus hojas, son muy apreciados en la cocina local. Una vez condujo hasta Koba, en Burkina Faso, para llevar una estudiante británica cuyo trabajo de tesis doctoral consistía en estudiar la relación entre este gusano y el árbol del karité, según le había explicado. Así aprendió que tumu era la

palabra que usaban muchas etnias para decir gusano, lo que fue de gran utilidad en el futuro ya que atendió a miles de personas afectadas por algún tipo de gusano.

– Tumu – le decían, y enseguida sabía lo que debía buscar.

Cuando Martha Goldman llegó a su casa, de aquel chaparrón sólo quedaba una lluvia débil. Preparó una taza de rooibos y esperó la acordada visita de Matilde Tsakis, para informarse mutuamente de sus progresos.

– Nunca entendí por qué de este lado del mundo no adoptamos el rooibos – dijo Matilde, y bebió con delicadeza, mientras escuchaba las novedades de Martha Goldman.

– Y a ti, ¿qué tal te fue con el historiador? – le preguntó Martha.

– No lo sé – respondió con suavidad Matilde Tsakis. Sonrió y prosiguió:

– Parece que en el siglo dieciséis todavía se imprimía con letra gótica. Como la imprenta era algo nuevo, se le daba gran valor a la caligrafía,

y la imprenta intentaba imitarla con las letras unidas unas a otras. Las páginas se armaban de a una, colocando los tipos en una placa que luego se prensaba sobre el papel con una prensa para uvas. La fabricación de vino sin duda estaría tanto más adelantada en aquella época – rió Matilde. Y continuó:

– El gran invento de Gutenberg, lo que verdaderamente revolucionó la imprenta fue la implementación de tipos de fundición de hierro. Se tallaban las letras en madera, a modo de molde, que luego se rellenaban con hierro fundido para obtener los tipos. Así, uno de los oficios surgidos en la época fue el de tipógrafo. La calidad de la impresión también dependía en gran medida de la habilidad de los tipógrafos. Era común en esa época que quien imprimía el libro añadiera pasajes propios, o editara a gusto pasajes del manuscrito.

También eran comunes los errores de tipografía, como poner el tipo cabeza abajo y obtener una *n* en lugar de una *u*. Si consideramos además

que para la *v* se usaba el mismo tipo, las variantes del texto original crecen y, con ellas, varios problemas. Muchas personas han creído hallar mensajes ocultos en esos errores. Incluso podría decirse que hay una corriente de teorías conspirativas a su alrededor. No hay que olvidar que durante el Renacimiento florecieron toda clase de mitos seudoepigráficos.

– ¿Seudoepigráficos? – preguntó Martha Goldman.

– Si. Yo pregunté lo mismo – contestó Matilde Tsakis.

– Parece que a algunos Renacentistas les gustaba escribir cosas, fantasía principalmente, por lo que entendí, y hacer creer que lo había escrito otra persona. Así se han construido varios mitos que llegan hasta hoy, y que algunas logias incluso siguen difundiendo – continuó Tsakis.

A Martha Goldman le impresionó haber escuchado algo similar, cuando se enteró que el texto del Felixmarte se atribuía a Melchor de Ortega. ¿Qué le pasaría a aquella gente por la cabeza? Si

era demasiado enredado pensar que algún chiflado hubiera robado un libro apolillado que nadie leyó por siglos para buscar mensajes escondidos, peor era pensar que lo hacía en nombre alguna sociedad secreta.

– Pero podría ser – acotó Matilde.

Al otro día se enterarían si Leonel Giucci y la Sra. Ellis habían podido averiguar algo más.

A la mañana siguiente, guiada más por la ansiedad que por la lógica, Martha Goldman telefoneó a Giucci, y a mediodía ya estaba lista para probar sus famosos agnolotti de calabaza y almendra. Según le contó a la segunda copa de Chianti, que acreditaba la importancia que Leonel le daba a su visita, ni él ni la Sra. Ellis habían descubierto nada que merezca la pena relatar.

Sin embargo, como viajero frecuente, deslizó sobre el vidrio de la mesa del comedor la posibilidad de ir a España a averiguar más sobre aquel libro.

– Tonterías – dijo Martha.

– Tampoco es para tanto. Lo que sí podríamos hacer es volver a visitar a la Profesora Sáenz y preguntarle algo más.

El olor a perfumador de ambientes se sintió desde el pasillo, para que un instante después se escuchara el mecanismo de la cerradura.

– Este es Francisco Fernández, uno de nuestros estudiantes más promisorios – dijo la Profesora Sáenz al abrirle la puerta junto al joven que honraba el cliché de estudiante de humanidades.

Podría haber dicho que era el único estudiante que había sido capaz de reclutar en los últimos cinco años, pero hubiera sido demasiado para su orgullo al final de su carrera académica.

Balbuceó algunas sofisticadas palabras de bienvenida, y descaradamente simuló, para su estudiante, haber discutido de literatura medieval largamente con la Dra. Goldman. Nunca aclaró que la especialidad de la Dra. Goldman no era la literatura. Tampoco tenía por qué haberlo hecho.

Al volver a su oficina, y Francisco Fernández a

la suya que en realidad era una sala común para todos los estudiantes de Sáenz y que, ante la triste ausencia de más estudiantes, la había hecho propia, la Dra. Goldman observó la renguera de Francisco. No pudo evitar pensar que quizá el estudiante que había visto bajo la lluvia en su visita anterior habría sido él mismo.

Su formación en la superpoblada Facultad de Medicina le había hecho subestimar el estudiantado de humanidades, y eso le incomodaba. Deploraba el prejuicio cuando era capaz de identificarlo, como casi todo el mundo.

Rato después había escuchado una larga perorata sobre el género caballeresco, el ciclo Artúrico, y las hechiceras del género, donde, según había descubierto la Dra. Goldman en ese mismo momento, habitaba la verdadera pasión de la Profesora.

– No lo tome a mal – interrumpió cortésmente Goldman –, pero tengo el tiempo un poco justo.

– ¿Podría decirme algo de los errores tipográficos en el libro? – preguntó enseguida.

Preguntar por mensajes ocultos le parecía rocambolesco, y hasta un poco vergonzoso para alguien con su educación.

– Bueno – dijo Sáenz, pareciendo titubear un poco – sé que hay algunos por aquí y por allá, en varias partes del libro. En la primera edición hay muchos, pero también en la segunda. Claro que usted preguntará por la primera, que es la que tenían en el Museo de la Colonia… supongo. La verdad es que no creo que haya nada digno de atención. Además..., bueno, es algo muy común en las impresiones de la época. No hay que olvidar que todo el trabajo lo solía hacer una única persona. A lo mejor alguien de la Complutense o de Alcalá haya publicado sobre la tipografía, pero no lo sé.

– ¿Y esos errores se corrigieron en las ediciones posteriores? – atinó a preguntar la Dra. Goldman.

– No hay ediciones posteriores – contestó secamente Sáenz – como pasó con muchos otros.

– ¿Está diciendo que el libro se publicó por ul-

tima vez en el siglo dieciséis? – replicó Goldman.

– El género caballeresco desapareció, se esfumó. Ya no estuvo de moda y no vendía libros. No olvide que era un negocio. Agotó su repertorio. Además, en el Renacimiento se fue dejando atrás el pensamiento mágico del medioevo, que se utilizaba como recurso literario para muchas de las aventuras de caballería. Lo mismo pasó con los valores arcaicos de una caballerosidad rancia y violenta, y la femineidad modosa y estanca que pregonaban las historias de caballerías. Fíjese usted que, en algunos casos, los caballos y las espadas se describían con nombres propios pero muchos de los personajes femeninos no. Algunas cosas es mejor dejarlas atrás, ¿no cree? El género fue cerrado de manera majestuosa con la publicación del Don Quijote de La Mancha, un privilegio que no puedo identificar con tanta claridad en ningún otro género literario.

Martha Goldman entendió un poco mejor la importancia del libro robado. Era no sólo una joya como objeto, sino que sus páginas contenían

también una historia que no se contaba desde poco después de la conquista de América por la corona española.

Agradeció floridamente a la Profesora por la erudita información proporcionada, intuyendo que era la mejor gratificación que podría ofrecerle, y se retiró, moviéndose ya más fluidamente por aquellos caóticos corredores con salas carentes de algún criterioso identificador.

Capítulo 4

El aeropuerto estaba lleno de rostros con la mirada saltando de cartel en cartel buscando el número de su puerta de embarque, y de piernas que se movían incesantemente en todas direcciones por los interminables pasillos.

Martha Goldman siempre había encontrado cierta diversión en observar el comportamiento de las personas en los aeropuertos. Una vez, conversando con alguien en uno de ellos, supo observar el absurdo mundo de pequeños e inútiles privilegios diseñados para hacer sentir superiores a los viajeros de clase pudiente. Se asombraba

de la sinrazón de embarcar antes a los pasajeros de primera clase, como si el avión fuese a despegar antes para ellos, o como si el estar sentados en una diminuta cabina tuviese alguna bondad sobre la espera en el aeropuerto.

Ciertamente, el desfile de pasajeros en clase turista, que luego serían separados por una ridícula cortina de tela, cerrándole a aquella chusma, cual telón, la depravada posibilidad de observar los plastificados manjares que les servirían durante la cena en lugar del pollo recalentado que recibiría el populacho, daría a la microesfera de privilegiados algún oculto regocijo.

El coche de alquiler era un Seat, observó Leonel en el mostrador. En su querida y recorrida Italia hubiese sido, sin duda, un Fiat.

Martha, mientras conducía hacia el hotel, observó que la calle estaba plagada de librerías. Un buen lugar para preguntar, razonó, y vio el nombre que buscaba: Gran Hotel Cervantes.

Luego de dar las buenas tardes al empleado del hotel y registrarse como pasajeros, Martha y Leonel fueron a refrescarse y descansar a sus habitaciones. El Cervantes sin dudas era un Hotel, pero lo de Gran era pura pretensión.

Después de unas horas de descanso, Leonel y Martha dieron un breve paseo y disfrutaron de una opípara cena al estilo Madrileño, acompañada de una elaborada comparación, hecha por Leonel, entre aquel banquete y la cocina italiana.

A media mañana, Maria Encarnación García les recibió con su abundante y rizada pelliza negra y una blanca sonrisa, tan grande, que parecía tener una cantidad de dientes equivalente a tres bocas. Parecía milagroso que aquellos dientes estuviesen tan blancos con el café que bebía, según se adivinaba por el aroma que inundaba la gran sala de la Universidad Complutense de Madrid donde se encontraban.

García había dedicado sus largos años de doc-

torado al estudio de la imprenta medieval y sus artesanos.

– Sentaos por favor – dijo con un elegante ademán.

– ¿Qué puedo hacer por vosotros?

– Nos interesa un libro que se editó sólo dos veces, en el siglo dieciséis. En realidad, quisiéramos saber un poco sobre la impresión de los textos de caballerías en España – dijo Leonel Giucci.

García asintió con la cabeza, y les ofreció un café. Bebió un sorbo, como para obtener energía, y comenzó:

– En esa época, el papel – dijo – se volvió un recurso limitante con la transición de la copia manuscrita a la masificación traída desde Alemania con la imprenta. Hay quien discute si el comienzo fue en Zaragoza o en Valencia, pero lo cierto es que a principios del siglo dieciséis ya teníamos imprentas en unos veintitrés lugares del país. Os imaginaréis que el equipamiento requerido era extremadamente simple, y entonces los artesanos del libro se trasladaban de ciudad

en ciudad según las necesidades del momento. Bastaba con empacar unos pocos trastos para trasladar la imprenta a otra población. Tenéis que figuraros que la logística de producción y distribución de libros que hay hoy día, así como la división de tareas, propias de la especialización histórica de los oficios aún no había comenzado a ocurrir. Es así que el artesano de imprenta de aquel momento era muchas veces preparador de tintas, encuadernador, grabador, e incluso librero – añadió García, e hizo una breve pausa.

Luego de un brevísimo suspiro continuó:

– Era un oficio floreciente en ese momento – dijo, y mudó la expresión vivaz de su rostro a otra más seria, acompañándola de un agravamiento en el ya grave tono de su voz – hasta el infame decreto de 1572, con el que Felipe segundo, el prudente, pretendiendo controlar la formación de conciencias, y la expansión de las ideas de Lutero, perjudicó a toda la industria nacional del libro a favor de los flamencos. Ese decreto, redactado de forma bastante oscura, habilitó interpretaciones

amplias y arbitrarias. Sabed que el texto impreso, por su capacidad de amplificación, al contrario de los manuscritos, que por siglos habían sido administrados y custodiados por el clero, representaba una amenaza potencial a la fe católica fervorosamente profesada y difundida por el rey – sentenció solemne la Dra. Maria Encarnación García.

– Por este motivo, durante el resto del siglo, y hasta comienzos del siguiente, debimos conformarnos con modestas impresiones, no sólo de los textos que todo el mundo leía, o mejor dicho, escuchaba de los pocos que leían, y nadie admitía haberlo hecho, sino también de las obras clásicas y los textos litúrgicos – concluyó apesadumbrada.

Leonel Giucci se sintió un tanto abrumado por la erudita charla que aquella joven de cabello rizado y sonrisa de postal les había propinado, y no volvió a preguntar. Martha Goldman, en cambio, atinó a preguntar si sabía algo en particular de la impresión del Felixmarte de Hircania.

– No – dijo simplemente García. Pero seguro

que en la Universidad de Valladolid sabrán. Id allí y encontrad la biblioteca. Preguntad por Edurne, y decidle que vais de parte mía – añadió García.

– Le agradezco mucho su tiempo, ha sido de una gran ayuda – concluyó Giucci, levantándose y extendiéndole la mano.

– La verdad es que de mucha ayuda no fue – dijo Martha, ya en el Seat.

Leonel la miró, y en ese instante temió que aquellas vacaciones no fuesen tan aprovechables como otras. Se reconfortó pensando que luego de su pequeña investigación pasarían unos días en el sur, en aguas del Mediterráneo.

– No, la verdad es que no; al menos nos dio un contacto en Valladolid – dijo, tratando de conformarse a sí mismo.

Prepararon el itinerario en el hotel luego del almuerzo, y se dieron la tarde libre. Martha caminó por la Calle de los Libreros, haciendo muchas preguntas y comprando algunos libros. Leonel, por su parte, tomó el metro y recorrió varios puntos célebres de la ciudad.

En poco más de dos horas llegaron a Valladolid. Luego de hablar con Edurne irían a ver la casa de Cervantes, como les había recomendado durante el desayuno el amable recepcionista del Gran Hotel Cervantes de Madrid.

La Universidad era una de las más antiguas de España, según habían averiguado. Estaba allí desde el siglo trece, por lo que, si había algún secreto escondido en el Felixmarte de Hircania, allí lo habrían conocido.

Al llegar a la biblioteca preguntaron por Edurne. Al cabo de unos instantes apareció una señora muy mayor, con el pelo completamente blanco recogido en un moño tirante, vestida de negro y cubierta con una mantilla. Leonel Giucci pensó, bromeando en su fuero más íntimo, que estaban de suerte porque la señora quizá habría conocido personalmente al autor del Felixmarte. Martha Goldman pensó que si hubiese tenido que imaginar a esa señora en otro lugar, bien podría

haber sido en una plaza de toros refrescándose pacientemente con un abanico, ese día, o ciento cincuenta años atrás.

Contaron a Edurne que venían de Madrid por recomendación de Maria Encarnación García, y se le iluminó la mirada de tal forma que pareció rejuvenecer un par de décadas.

– Una gran investigadora – dijo Edurne – ¡incansable!

Le preguntaron por el Felixmarte de Hircania, y replicó que esperaran allí un momento. Regresó en pocos minutos con un gran volumen. Buscó en uno de los varios índices con la fluidez de un pez en el agua. Buscó luego con entusiasmo la página y, dando golpecitos sobre la misma con la yema de su dedo índice, dijo:

– Aquí. ¿Lo veis?

322. Ortega, Melchor: Parte primera de la grande historia del muy animoso y esforçado Principe Felixmarte de Ircania. En la qual se tratan las

grandes hazañas del valeroso principe Flosara[n] de Misia su padre y el estraño nascimiento de Felixmarte su hijo...- V, Francisco Fernández de Córdoba, 1556, ago 20. - Fol. - 2h., 256f.

¿Qué significaba todo aquello? se preguntaron Martha Goldman y Leonel Giucci. Antes que pudieran hacer salir la pregunta de sus labios, Edurne explicó pacientemente, interpretando las abreviaturas que conocía de memoria, que se había publicado el veinte de agosto de 1556, en Valladolid, en la imprenta de Francisco Fernández de Córdoba, que constaba de 256 folios, y que su autor era Melchor Ortega.

– ¿Qué más queréis saber? – dijo Edurne, vivaz.

Ni Martha ni Leonel estaban preparados para esa pregunta. No tenían idea. Para ganar algo de tiempo Leonel Giucci atinó a comentar:

– Se ve antiguo este edificio…

Edurne, como si hubiese vuelto a envejecer veinte años, respondió:

– Esta calamidad se inauguró en 1915. Seis años después de derribar el edificio primitivo de las Escuelas Mayores de la Universidad, que existía al menos desde los tiempos de Sancho cuarto, el bravo, a finales de 1290. No fue una catástrofe, sino lo siguiente – añadió.

Lo decía con tanta propiedad, que daba la sensación de haberlo vivido. Tal era el compromiso que tenía Edurne con su histórica institución que sentía en carne propia aquel atropello, pensó Martha Goldman. La respuesta los convenció de no preguntar más, al menos hasta no saber con certeza qué preguntar.

– ¿Podríamos ver un ejemplar? – espetó de pronto Leonel Giucci.

– Los libros del sector C son antiguos y se mantienen bajo atmósfera controlada para evitar su deterioro. Por supuesto que podríais tramitar un permiso, pero os llevaría tiempo y os costaría una pasta. No puedo ofreceros una edición más moderna, porque los del sector C no las tienen. Lo único que puedo ofreceros es una versión micro-

filmada que, por cierto, no será como tocar un ejemplar de verdad – dijo Edurne, dejando claro que conocía de sobra la magia de tener entre sus manos tamaña reliquia.

– Muy bien – respondió Martha Goldman.

– Iré a por el microfilm. Id por aquella sala de allí, que no tardaré – dijo Edurne.

La sala era muy pequeña pero tenía una gran mesa, tres sillas, y un retroproyector de microfilmes con una pantalla de cristal opalino, tal vez plástico, de unos cuarenta centímetros de lado, una perilla de baquelita negra, dos palancas que sobresalían por delante y por uno de los lados en la base del objeto, y dos interruptores.

– ¿Conocéis estos chismes? – preguntó Edurne, intuyendo la respuesta.

Otra vez adelantándose a ella dijo:

– Poned esto por aquí, y encendedle con esto. Pasad la página con esta palanca. Si necesitáis aumentar el tamaño, oprimid este interruptor. Podéis moveros por la página moviendo las palancas. Horizontal con esta, y vertical con esta otra

– dijo, señalando la palanca que asomaba por el costado.

Habría visto tantos novatos a lo largo de su vida en la biblioteca, que tal vez los reconocería a primera vista.

Encendieron. Cuando pasaron las primeras páginas con la portada, un par de páginas en blanco, algo que parecía una dedicatoria, y llegaron a la primer página del Felixmarte lo entendieron. Aquella letra..., otrora elegante, con los caracteres enrabados, parecía un camino de hormigas, no por falta de magnificación de la página, sino por su difícil lectura. Unos caracteres negros que se veían como el rulo de un cable de teléfono semiestirado. Por aquí y por allá unas mayúsculas reconocibles.

La tipografía no era gótica, sino romana. Pasaron un par de páginas, como esperando inútilmente que en algún punto se hubiese empezado a imprimir con tipografía moderna. Se detuvieron en un párrafo al azar. Con mucho esfuerzo, y cierto orgullo, descifraron algo así como:

“Y el origen del fuerte Leosardo, dize la historia, que la sabia Astrofonia alcançó a saber por su arte que un gran sabio, que era cruel enemigo suyo, tendría necessidad de parte de su sangre para su remedio. Y procurando con todo su poder que esto no oviesse efecto, vio que el saber de aquel sabio era tanto, que el suyo no sería parte para estorvarlo; y pensando el remedio, acordó de hazer un encantamento, cuya fuerça para ser deshecho estuviesse en tener efecto alguna cosa impossible y contra natura. Y obrando sus artes encantóse a sí propia, de manera que ninguna arma ni otra cosa pudiesse sacarle la sangre, si no fuesse untada con la sangre de un animal que sin encantamento fuesse engendrado de un león y de una ossa, que son dos animales tan contrarios y enemigos, que impossible cosa y contra natura era tener ayuntamiento ni generación.”

La lectura del pequeño trozo de texto les tomó casi media hora, pero no tenía pies ni cabeza.

Podría insumirles toda la vida leer los doscientos cincuenta y seis folios, pensaron ambos. Y tal vez sería todo así. Una historia de sabias hechiceras y monstruos, que hubiera inspirado a algún desequilibrado a buscar en aquellas páginas un embrujo para enamorar a su amada. O tal vez alguien retomando la búsqueda de la Piedra Filosofal. O nada de aquello.

Martha Goldman recordó las palabras de la Profesora Sáenz sobre el pensamiento mágico. A lo mejor los lectores de la época creían todas aquellas tonterías.

Se deshicieron en agradecimientos a Edurne, y se retiraron. Ya sabían lo cierto. ¿Como averiguar ahora algo sobre lo incierto?

Capítulo 5

Dos días antes de emprender el camino hacia Alicante para disfrutar de las aguas del Mediterráneo, como ansiaba Leonel, a Martha Goldman se le ocurrió que podrían hacer una última visita en Valladolid.

Como en el siglo dieciséis la iglesia Católica llevaba todavía importantes registros de los eventos civiles, nacimientos, casamientos, defunciones y vaya uno a saber cuánto más, pensó que una visita a la iglesia más antigua podría ser de alguna utilidad.

Consultó con el conserje del hotel, que resultó

ser un veterano feligrés de la iglesia de Santa Maria de La Antigua. La iglesia estaba en el mismo lugar desde, al menos, el siglo doce. Martha Goldman pensó que de haber existido un Rey Arturo cabalgando por la zona, habría podido perfectamente entrar en aquella iglesia. Tantas lecciones de literatura medieval iban ya calando en sus pensamientos.

Bajaron del Seat, y salieron a una plaza que se encontraba encima del estacionamiento subterráneo frente a la iglesia. La enorme torre de piedra impresionaba. En el interior el aire era frío, casi helado. Las altísimas paredes de piedra iluminadas por unas bien calculadas ventanas, algunas con coloridos vitrales, otras simplemente con dibujos hechos con plomo y vidrio, impresionaban aun más.

A esa hora no encontraron más que a un sacerdote, vestido con hábito sencillo, inspeccionando las instalaciones. Se trataba de un cura de unos

setenta y largos, con el cabello blanco, no tan corto como para no descubrir que era rizado. Cuando los vio, levantó la frente, corrigió un poco la postura y aclaró la garganta.

– ¿Que se os ofrece, hijos? - preguntó con voz suave, y la lentitud de quien nada espera en este mundo.

– Padre, quisiéramos saber si a lo mejor aquí hay alguna información sobre unas personas que vivieron en esta ciudad hace mucho tiempo – contestó Leonel Giucci.

– Bueno, algunos registros aun quedan aquí. Otros han sido enviados a la arquidiócesis. ¿Que necesitáis? Comprenderéis que además de los nombres necesitamos algunas fechas. Hay muchos nombres que se repiten. Padres, hijos, nietos, todos con el mismo nombre y apellido. Imaginaos que tanto se multiplica el problema cuanto más atrás queráis ir – explicó el cura.

– Alrededor de mil quinientos cincuenta y seis, Francisco Fernández de Córdoba; tuvo una imprenta – contestó Martha Goldman.

– Muy bien. Venid conmigo por favor. A esta edad debo apuntar ya todo – bromeó el cura. Abrió una puerta que se veía muy pequeña en aquellas paredes interminables. Leonel Giucci observó que sería de roble, con unos gruesos herrajes labrados, de color negro, demasiado grandes para nuestro tiempo. El cura tomó una libreta y un bolígrafo de un pequeño escritorio lleno de papeles, sacó de un estuche unas gafas de armazón metálica, y se las puso. Verificó con sus visitantes que la fecha y el nombre que había anotado estuvieran correctos.

– Volved mañana, como a esta hora, veré que puedo hacer – dijo.

Martha y Leonel pasearon esa tarde. Visitaron el museo Casa de Cervantes casi hasta el atardecer. Hallaron un pequeño restaurante en una calle adoquinada donde tomar un café con unos bollos. Estaba lleno de gente joven que salía de trabajar.

– Unas patatas bravas para compartir, y una cerveza – escucharon desde la mesa de atrás.

Acordaron cambiar el café con bollos por aquel otro menú, más adecuado, que también les daría la sensación de zambullirse por completo en esa cultura festiva que quizá, pensaron, habría vivido el mismo Cervantes. Al regresar al hotel, Martha y Leonel estaban agotados.

Al día siguiente, al volver a la iglesia se quedaron viendo a unas personas con atuendo rojo y negro que desaparecieron por otra puerta como la que habían visto en su primer visita.

– Son los hermanos de la Cofradía de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo – oyeron.

Al darse la vuelta, vieron al cura del día anterior con una sonrisa.

– Esta iglesia pertenece a su orden. Yo sólo estoy aquí de paso – añadió.

– ¿Como está? – Dijo Martha Goldman por cortesía.

– Muy bien, hija, gracias. Tengo algo para vosotros. Acompañadme – respondió.

Traspasó el umbral de la misma puertita de donde había tomado la libreta el día anterior. Abrió un cajón del pequeño escritorio, del que sacó un gran sobre con unas hojas visiblemente nuevas. Tomó la primera. Sacó nuevamente sus gafas del estuche y se las puso. Aclaró la garganta, y leyó:

– Francisco Fernández de Córdoba fue impresor de Su Majestad. Fue procesado y encarcelado en mil quinientos cuarenta y nueve por publicar sin licencia quinientos pliegos. Se le privó de su oficio. Se le impuso una multa del mil maravedíes, y se ordenó la quema de los ejemplares.

Martha Goldman frunció el ceño, pensando que si estaba preso y privado de imprimir, mal hubiera podido publicar el Felixmarte siete años más tarde. El cura continuó:

– Con el pago de la multa fue puesto en libertad.

–Pero sabemos que publicó un libro en mil quinientos cincuenta y seis – interpuso Goldman.

– El regente Maximiliano pronto le concedió

la merced de recuperar el oficio, tal como había solicitado – replicó el cura, aliviando los pensamientos de Martha Goldman y Leonel Giucci.

– ¿Sabe qué había en esa obra que fue quemada? – preguntó Giucci, intuyendo que podría haber algo oscuro allí.

El cura revisó el sobre, sacó el primer tercio de la segunda hoja fuera del sobre, leyó unos instantes, y contestó:

– Unas coplas a la muerte de Diego Pérez de Lugo – y volvió a guardar la hoja.

– Tuvo un hijo, Diego Fernández de Córdoba, que también fue impresor entre mil quinientos treinta y cinco y mil quinientos ochenta, y se casó con la hija de un librero. Hubieron tres Diegos, e individualizarlos no les sera fácil – dijo mirando por encima de las gafas.

– Hubo un asunto con el reclamo de una dote de doscientos ducados de oro a los herederos de su suegro, pero no tengo el resto de la información. Tendríamos que buscarla, y podría tomar algún tiempo.

Martha Goldman no tenía grandes esperanzas de obtener mucha información de tiempos y personas remotas en tan poco tiempo, pero aquello la sorprendió.

– ¿Cómo ha hecho usted para averiguar todo eso en un día? – preguntó Goldman.

– Bueno, he consultado el índice en el ordenador – respondió el cura – eso ayuda.

Y añadió:

– Muchos de estos documentos están ya digitalizados; encontrareis en el sobre algunas copias de la condena, las declaraciones, y el registro de bautismo de Diego Fernández de Córdoba.

Martha Goldman arqueó las cejas, y su cara de sorpresa no pasó inadvertida por el cura.

– Sabed que yo he estado en América – dijo – y el viaje lo he hecho en avión en un día. Ya no se viaja más durante tres meses en carabela – bromeó.

– La Iglesia es una institución con mucha inercia, y preserva muchas tradiciones, pero también se adapta, se moderniza; a su ritmo, claro está.

En ese equilibrio radica su fuerza atemporal – concluyó.

Sus palabras adquirían una profundidad casi filosófica pronunciadas entre esas paredes de piedra centenarias.

– Además... – dijo, suavizando su solemnidad otra vez – el padre Aníbal ya había realizado esta misma búsqueda hace un par de años para alguien más, y cargó algunos de los documentos que consiguió en la arquidiócesis antes de irse con Dios. Que en paz descanse.

Martha Goldman volvió a fruncir el ceño, preguntándose quién habría podido pedir aquella búsqueda, y para qué. Pero esa información se había ido junto con el padre Aníbal.

Muchas preguntas resonaban en las cabezas de Martha Goldman y Leonel Giucci mientras conducían por la autopista hacia el balneario de Altea, en la Costa Blanca de la provincia de Alicante.

Desviaron de la M-50 en Alcorcón para almorzar. Se detuvieron en una cervecería. El pescado con ensalada era de primera. Siempre había sido objeto de conversación entre Martha y Leonel el pésimo cuidado que se ponía en Uruguay al pescado.

Afortunadamente, en los últimos tiempos habían aparecido algunos lugares que honraban la pesca artesanal. Los inmigrantes españoles e italianos que conformaban la mayor parte de la matriz étnica del Uruguay debían haber olvidado aquella asignatura, observó Martha.

– Como la sidra – acotó Leonel. – ¡Esto sí que es sidra! – exclamó.

Leonel Giucci ya sentía que estaba en un tobogán, y que al final del mismo estaban las claras aguas del mediterráneo. Martha Goldman, en cambio, veía entre todas las respuestas que habían obtenido en sus vacaciones cada vez más preguntas. Por supuesto disfrutaba también de cada lugar que visitaban, pero no sacaba de sus pensamientos el problema del libro robado. No

lograba entender por qué lo habían robado, y eso dificultaba descubrir quién podría haberlo hecho.

– Un tocino del cielo, por favor – dijo Goldman al mozo.

– Un arroz con leche para mi, por favor. Y dos cafés – dijo Giucci.

Las siguientes cuatro horas de viaje hasta Alicante las hicieron por la autopista A-3, evitando la A-36 para no pagar peajes, como era costumbre en Uruguay. En el desolado paisaje de Albacete por donde circulaban, vieron, a la derecha de la ruta, el cartel azul que indicaba que pronto llegarían a La Chinchilla. Ese era el punto en que, según el mapa, deberían cambiar de ruta, para desviar hacia la A-31 que los llevaría directo a Alicante.

– Voy a entrar en La Chinchilla, Martha – dijo Leonel, que venía conduciendo desde hacía poco rato.

– Necesito ir al baño. Podemos aprovechar a

llenar el tanque en la estación de servicio – agregó.

– Claro – dijo Martha, que aprovecharía para estirar un poco las piernas y tal vez comprar una botella de agua.

El pescado había estado delicioso, pero Martha Goldman no estaba acostumbrada a comer con tanta sal. Un poco de agua le vendría bien. A lo mejor aquel paisaje con algo de desierto ofrecía también alguna clase de presión psicológica a favor.

La playa era bonita, y las casitas blancas con techo de tejas, dispuestas a distintas alturas sobre la serranía costeña la hacían deliciosa. La elección del balneario había sido un gran acierto.

Luego de la playa irían al hotel y buscarían un buen paseo para la noche, que seguro estaría muy disfrutable. Leonel había comentado hacía un momento que tenía la impresión de que en ese lugar nunca habrían visto nubes. Es cierto que el

sol calentaba muchísimo, pero podía disfrutarse. Recordó que si hubiesen estado en Uruguay, mucho antes de sentir tanto calor ya tendrían alguna quemadura.

Desde que el agujero en la capa de ozono apareció, las playas del sur del planeta exigían un estricto respeto de los horarios. Desatender las recomendaciones venía con un boleto de lotería de regalo, en que el primer premio era un cáncer de piel. Por suerte, ninguno de ellos se había dedicado a la dermatología. Ya habían tenido bastante con una breve rotación por la policlínica.

– Mira – dijo Leonel, señalando a un señor de edad que salía del agua con patas de rana y un snorkel.

Tenía el cabello todo mojado, pero estaba claro que era blanco. Por la complexión y su aspecto general, perfectamente podría haber sido el cura que días atrás había hablado con ellos en Valladolid, pensó Martha, pero evitó el comentario por no parecer paranoica.

Capítulo 6

Cuando Leonel Giucci llamó, Martha Goldman tomaba notas sobre algunas de sus plantas exóticas de unos tratados de botánica. Había aprendido de sus amistades en las ciencias a llevar registros de sus experimentos, por sencillos que fueren.

Dos en macetas con tierra arenosa y dos en tierra gredosa. Una cucharadita de sulfato de hierro por mes, o ninguna. Así había aprendido a hallar la combinación de condiciones para satisfacer a las pobres plantas que, sin comerla ni beberla, habían sido sacadas de su ambiente por ella desde

semillas. Algunas, cuyas plantas madre también habían viajado con ella miles de kilómetros por tierra en su África natal.

Vendría la Sra. Ellis y estaba tratando de ubicar a Matilde Tsakis, pero no sabía si no estaba en el mar. En todo caso, tenía una posible alternativa como suplente a Matilde Tsakis para la canasta. Matilde estaba.

Para esta noche Leonel se había lucido. Bromeó que había aprendido a hacer paella con Martha en su viaje por España. El aroma era maravilloso, y la combinación de colores y formas eran dignas de la cocina de Leonel Giucci.

Contaron un poco sobre su viaje, pero sobre todo sobre su pequeña aventura con el cura que los había seguido y que a lo mejor sería un agente secreto del Vaticano.

Contaron también sobre la anacrónica Edurne, que parecía una sabia hechicera salida de una historia de caballerías; que podía rejuvenecer o envejecer a su antojo. Y contaron del Felixmarte. Que lo habían visto. Que era imposible leerlo sin

alguien especialista al lado. Contaron del impresor que había sido encarcelado y liberado, al que se le había privado de su oficio y luego restituido.

– El libro fue devuelto – dijo la Sra. Ellis.

Silencio. Todos quedaron estupefactos.

– ¿Cuándo? – Atinó a preguntar Matilde Tsakis.

– Pocas semanas después de nuestra ultima reunión. Una mañana, apareció un muchacho con un paquete en el museo. Dijo que era de un correo privado, y que no sabía quién lo enviaba. Cuando abrí el paquete el libro estaba ahí, intacto – explicó la Sra. Ellis.

Capítulo 7

Francisco Fernández Montiel había comenzado la Licenciatura en Letras cuatro años atrás. Era un verdadero apasionado de la literatura. El gusto lo había heredado de su padre, Octavio, que tenía una pequeña librería de medio pelo en una galería de la calle Dieciocho de julio.

Dos décadas atrás, cuando Francisco todavía era niño, la librería de su padre era para él su refugio. Pasaba las horas de trabajo de su padre leyendo libros de toda clase. Empezó por los de letras grandes y textos cortos, pero a medida que la práctica se lo fue permitiendo, comenzó a leer

libros más grandes. A los catorce, el joven Francisco ya había leído las aventuras del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha. Luego siguió con George Sand, François Rabelais, Clarice Lispector, Erasmo de Rotterdam. Todos.

Cuando las galerías dejaron de ver multitudes por aparición de los grandes centros comerciales, Octavio Fernández vio decaer su pequeño negocio. Luego lo vio agonizar, y finalmente, morir. No entendía qué encanto veía la gente en aglomerarse en enormes edificios, en los que para salir a la calle se necesitaba un mapa. Pensaba que tanta golosina comercial delante de los ojos todo el tiempo tenía algo de obsceno, y le resultaba ignominioso.

Alicia Montiel, la madre de Francisco, era farmacéutica. Se separó de Octavio luego de verlo deprimido por años y obstinado en no consultar un médico. Por ese entonces, Octavio ya había empezado a transitar el camino del alcohol, y al jubilarse de empleado de la farmacia, el problema se puso peor. Luego del divorcio, en que Francis-

co vio sufrir a su madre por la culpa de abandonar a su marido, que parecía ya no tener salvación, el único momento en que Octavio pasaba un día sobrio era cuando lo visitaba su hijo. La pasión que despertaba en el deteriorado Octavio la conversación con su hijo sobre algún libro parecía devolverle, por un rato, la razón.

Ambos admiraban la forma en que Cervantes había puesto aquellas reflexiones, aquel pensamiento, en boca de un palurdo campesino como Sancho Panza, y se morían de risa con el hilo de sus refranes. Aclamaban también la maravilla de haber puesto a un loco como Don Quijote como ejemplo de los valores caballerescos de desfacer entuertos y pedir un don, o luchar mortalmente con otros caballeros sólo por cruzarse en medio de un campo. Llegar a la corte del rey y negarse a decir su nombre por humildad, o enamorarse de una delicada doncella y hacer por ella sus grandes fechos de armas, y luego, al creer erróneamente ser rechazado, como Amadís, retirarse a una floresta todo andrajoso a vivir su pena como er-

mitaño. O ser hecho prisionero de una hechicera en un castillo encantado. Sin dudas era propio de locos.

La pasión por la literatura cervantina venía de familia. El padre de Octavio, Herminio Fernández, había venido a América ya mayor, huyendo de la guerra civil, desde su Valladolid natal. Cuando envió la carta junto con el dinero para que su cuñada Antonieta embarcara con su sobrino, el joven Octavio, cuya madre había fallecido por causa de una guerra oprobiosa, pidió que trajeran con ellos unos pocos libros. Esos libros eran parte del escaso patrimonio familiar.

Herminio los había heredado de su abuelo, y los había leído y releído hasta conocer de memoria las páginas. Es posible que al fallecer, casi ciego por las cataratas, recordara ya de memoria cada letra en cada palabra, de cada página, de cada uno de los entremeses de Cervantes.

A veces, se lo veía riendo solo al recordarlos.

Octavio devoró aquellas piezas teatrales de un género que había dejado de existir: el entremés. Hallaba tanta diversión en ellos que a los diecinueve años había decidido hacerse librero.

Su tia materna, Antonieta, la que había viajado con él en un inmundo barco para encontrar una nueva vida en esta tierra de paz, le contó lo que su tía abuela, Inmaculada Monjelos, le había contado a ella cuando era pequeña. Provenían de una familia de libreros.

Pedro de Monjelos, el librero, tuvo una hija, Ana de Salcedo, antes de volver a casarse con Leonor de las Cuevas. La joven Ana se casó con Diego Fernández de Córdoba, hijo de Francisco Fernández de Córdoba, impresor del Felixmarte de Hircania. Diego también se dedicó a la imprenta. Publicó treinta y cinco títulos y, probablemente, numerosas bulas y pliegos de cordel como aquellos que habían llevado a su padre a la cárcel.

Estos últimos eran la literatura barata que con-

sumían los más ignorantes. Una subliteratura, a veces rimada y memorizable, para pobres y semianalfabetos que muchas veces no pasaba de una página con algún grabado xilografiado, y cuyos textos eran expuestos colgados de un cordel, para promocionar su venta.

Por el lado de los Fernández no había nada, que él supiera, que lo uniera con la literatura. Octavio cultivó el amor por las letras en su hijo, que decidió estudiar literatura en la Universidad. Eso llenaba de orgullo a Octavio, que veía como contrapeso a su ruina como librero una nueva esperanza de continuar la larguísima tradición literaria de los Monjelos.

El universitario de primera generación con aspecto decimonónico, despertaba en Octavio tanta admiración que hacía el esfuerzo sobrehumano de estar sobrio, desde el día antes de su visita, para poder charlar de literatura con aquella eminencia, su propio hijo.

Luego vino la hemiplejia. Cuando Octavio Fernández sintió un repentino dolor de cabeza, y el brazo que se le entumecía, instintivamente intentó levantarlo. A mitad de camino, el brazo cayó. Le pareció como si se descolgara del hombro, como un péndulo o una plomada de albañil, y se espantó. No tenía idea de lo que pasaba. Vio que, de la acera de enfrente, venía cruzando su vecina, Doña Amalia. Él ya había dejado caer la escoba con que estaba barriendo la vereda y se había apoyado en la pared de su casa.

– Don Octavio, ¿está usted bien? – preguntó Doña Amalia, con cara de preocupación.

Intentó sonreírle, y sintió que un costado de la boca le pesaba y se caía. Se sintió confuso, y no pudo articular palabra.

Los médicos decían que treinta años de tabaquismo no eran gratis. Que el corazón esto, que las arterias aquello. Que no se cuidaba nada. Que el alcohol. Que todo sin sal. Que recuperaría algo de movimiento con fisioterapia. Que luego tendría el que hacer el esfuerzo. Que no era el fin

del mundo. Que dejara de tomar.

La mañana que bajó del ciento cuarenta y ocho y pasó frente al Museo de la Colonia estaba todavía bastante sobrio. Cruzó la calle tratando de levantar aquella maldita pierna izquierda. Su mano izquierda estaba siempre cerrada, como agarrotada, y no le servía para ayudarlo a mover su pierna inútil. Tiempo atrás había aprendido a cargar su peso sobre el lado derecho del cuerpo, como quien va con una pierna enyesada. Apoya firme y avanza, levanta la que no sirve y apoya, apoya firme y avanza. Lo importante es avanzar.

El Felixmarte de Hircania apareció delante de sus ojos como una epifanía. Un libro antiguo, como los que a él le gustaban. Miró los otros tantos cachivaches y se le fue volando la mañana. Cuando el malestar de no haber bebido le incomodó demasiado, se subió al primer bus que pasó y se fue.

Al llegar a casa, tomó sus medicamentos y se

sentó. Recalentó las milanesas que quedaban, hizo un puré de paquete y almorzó. Recordó que Francisco vendría y, casi revienta, pero sólo tomó un sorbo, y se acostó.

Pasó una tarde hermosa con su hijo, hablando de literatura. La mitad floja de su rostro se había recuperado ya bastante. Su hijo se lo hizo notar. Le contó que se había esguinzado el tobillo, y bromeó que ahora podrían salir a renguear juntos. Le contó que había empezado a salir con alguien, y que ese mismo sábado había dado su ultimo examen, y lo había aprobado. Pronto comenzaría a tramitar el título de Licenciado en Letras.

Octavio lloró. Se maldijo a sí mismo por no poder abrazar a su hijo fuerte, con los dos brazos, por la maldita parálisis. Se maldijo a sí mismo por no poder salir corriendo de inmediato a gritar en la vereda que su hijo se había recibido. Pero no lo dijo. Tampoco lloraba por eso. Lloraba porque la alegría que sentía se salía de su pecho y porque, a pesar de su fracaso como marido por culpa de su alcoholismo, sentía que había tenido éxito

como padre. Había engendrado aquel ser maravilloso. Nadie le había podido hacer entender que la depresión es una enfermedad, que tiene tratamiento, que no se pasa sola, y, mucho menos, con uno, dos, y luego cien, vasos de whisky.

Después que Francisco se fue, Octavio volvió a llorar. Esta vez, por su miserable existencia. Buscó remedio en la botella, como tantas otras veces y, cuando estuvo lo suficientemente intoxicado se puso la gabardina y salió de su casa, con su renguera. Por su atribulada mente pasaba el triunfo de su hijo en la Universidad, y pensó que sería oportuno sorprenderle la próxima vez con un regalo. Un regalo único. Algo digno de un Licenciado en Letras. Mejor. Algo digno de sus recontraparientes los Monjelos. Un libro. Una joya. Un libro joya.

Tomó un trago más de la petaca y se subió al ciento cuarenta y ocho. Viajaba con el carné de lisiado.

Llovía. Francisco tenía novia. Alicia debía estar orgullosa. Tenía una sonrisa tan hermosa, Alicia.

Seguro había llorado también. Siempre lloraba de alegría. Bueno, cuando eran jóvenes. Cuando todavía tenía la librería. Antes de que las galerías estuvieran vacías y sucias y con olor a moho. Antes de que él se convirtiera en aquel despojo humano. La petaca estaba casi vacía. Por suerte tenía otra. Compraba petacas para beber menos. El museo.

Bajó del ciento cuarenta y ocho con más dificultad que de costumbre. La lluvia y la noche eran una combinación especial para la depresión. El museo estaba cerrado. Rodeó el patio y vio que el portón del fondo no tenía tranca. Caminó por la vereda de adoquines, y a la velocidad que iba, de no ser por aquellos caminos techados habría podido resbalarse. Llegó a la puerta. Se apoyó en la pared. La petaca otra vez vacía. Tanteó la puerta con rudeza por no poder controlar sus movimientos. Su borrachera le hacía perder el trabajoso equilibrio que mantenía a causa de su mitad tullida. Miró su mano izquierda. Acaso la de Cervantes se habría visto igual. Perdió el

equilibrio y cayó con el peso de su cuerpo contra la puerta. Con mucho esfuerzo, aferrándose del picaporte con su mano derecha, se incorporó, y la puerta se abrió.

Quizá nunca estuvo trancada. No lo sabremos. Octavio estaba tan alcoholizado que no lo recordaría.

De alguna forma estuvo frente al libro. En el bolsillo de la gabardina tenía una bolsita de supermercado doblada. Con una dificultad enorme la desdobló, haciendo un gran esfuerzo por fijar la vista en ella. Metió el Felixmarte, que a esa altura ya estaba convencido de que por heredad le pertenecía, y se lo dejaría por herencia, en vida, a su hijo, descendiente de Pedro de Monjelos. Metió la bolsa debajo de la gabardina y salió por la puerta del fondo.

Llovía endemoniadamente. El suelo era un barrial. No atinó a caminar sobre la vereda de adoquines de pura borrachera. Apoya firme y avanza, levanta la que no sirve y apoya, apoya firme y avanza. Lo importante es avanzar. Al rato llegó a

la parada del bus y regresó, sin beber durante el viaje por ausencia de más petacas.

Parte II

Los pies del ídolo

Capítulo 1

Una vez por semana viajaba durante tres horas hasta la ciudad de Tarariras, donde atendía en la policlínica local.

Tarariras era un buen lugar para trabajar sus últimos años como médico; ostentaba el título de ciudad desde algún tiempo, pero su actividad era propia de un pequeño pueblo del interior. Un pueblo colonial de maqueta, como casi todos los del Uruguay, con una plaza en el centro y, frente a cada uno de sus lados, los centros de actividad más importantes del pueblo: la comisaría, el banco, la iglesia, y el club social. Pero lo más importante,

una población envejecida, llena de recuerdos de la época en que el pueblo tenía vida; una vida que terminó abruptamente cuando el ferrocarril dejó de pasar por allí. Para una uróloga, un pueblo de viejos era como una exposición de cuadros, cuadros clínicos, que hacían que el tiempo se le pasara volando.

Era veintitrés de diciembre, y hacía un calor que prometía ablandar el pavimento ya a las ocho y media de la mañana. El veterano Waldemar Sosa, Pata de Palo, como le conocían en el pueblo, no por amputación de alguna de sus extremidades, sino por su aspecto de viejo bucanero con barba espesa y cuerpo robusto, entró en el consultorio. Según el folklore local había sido marinero toda su vida. Primero como pescador, y luego de retirarse del negocio, como voluntario en una lancha de salvamento por no saber vivir fuera del agua. Su rostro, curtido por el sol y el mar, tenía unas arrugas tan profundas que parecía siempre enojado. Pata de Palo recorría en bicicleta los 28 largos kilómetros desde Colonia del Sa-

cramento hasta Tarariras para atenderse en la policlínica del pueblo, porque allí casi no había que esperar. Todo demoraba más, sobre todo los análisis porque, como corresponde a todo pueblo pequeño, aunque presuma de ciudad, carecía de laboratorio. Una vez al día, al regresar a su casa, la vacunadora y conductora de la ambulancia del pueblo llevaba consigo a Colonia del Sacramento todas las muestras que se acumulaban en el refrigerador.

La Dra. Martha Goldman le dio los buenos días, y le hizo algún comentario sin importancia. Calzó los lentes contra el hueso nasal, y se dispuso a leer los papeles que sacó del sobre que el paciente le había entregado. Puso cara de circunstancia, lo miró fijamente a los ojos y le dijo:

– Setenta y siete años, y está como de veinte. ¡Ya quisiera yo llegar a su edad y tener los riñones en ese estado! – añadió con una sonrisa.

– Hace usted muy bien en mantenerse activo, Waldemar. Y en controlarse periódicamente. Todos los análisis están perfectos. Esa piedra en el

riñón bien puede haberla tenido desde que nació. Mientras no le moleste, no hay nada de que preocuparse. ¿Incomodidad para orinar? – ¿Dolor? – preguntó con ese aire de quien pregunta sin importarle la respuesta.

– Para nada – contestó Pata de Palo.

– Entonces, Sosa, que tenga felices fiestas. Siga así, con la bicicleta, vida sana, y aire de mar. Con un poco de suerte, me jubilaré yo antes de que usted necesite ver a otro urólogo – bromeó la Dra. Goldman.

– Gracias. Esto es para usted – añadió Pata de Palo.

Extendió la mano y dejó sobre el escritorio un pequeño paquete, torpemente envuelto en papel de estraza, antes de retirarse.

– Muchas gracias. Nos vemos en seis meses – devolvió la Dra. Goldman, y cerró la puerta del consultorio.

La práctica de dejar un regalo al médico era muy típica de pueblo del interior, y pertenecía ya a otra generación. Como la Dra. Goldman tenía mundo, y años, sabía aceptar con cortesía aquellos regalos. No en forma de corrupción, sino como pequeños homenajes que sus pacientes pretendían hacerle por su condición de médico, que en otra época, había sido una gran distinción social. Recordó la ocasión en que aquella señora de pueblo a la que agobiaban los cólicos nefríticos, que luego había operado, apareció en la consulta con una gran bandeja de plástico, comprada para la ocasión, con un lechón faenado y condimentado por ella misma para obsequiarle. Esta vez, no pudo evitar encontrarle un poco de gracia a lo que en aquel entonces sólo le había inspirado compasión.

Pasó por su mente la idea del médico brujo de la tribu. Era un poco parecido. En este caso, quizá la verían más como ella misma veía en sus tiempos de estudiante a aquel profesor de Anatomía. Ese, que descendía de algún cielo por la

gigantesca escalera de mármol de Carrara con los escalones gastados por los pasos de decenas de generaciones de estudiantes, como un Prometeo trayendo migas de conocimiento. Ese, que era seguido por un séquito de estudiantes que, como pajarracos hambrientos, esperaban esas migajas, aun sabiendo que jamás dominarían el Arte de Curar como él, el ídolo. Recordó con un poco de vergüenza ajena que también, mientras caminaba, hablaba pronunciando exageradamente las silabas trabadas, dándose un aire erudito. Erudición que, como había descubierto ella misma hacía ya largos años, no servía para mucho en el ejercicio de la profesión. Acaso el eminente Profesor habría hecho el mismo descubrimiento en su momento, y se reiría en secreto de sus propios idólatras.

Desató cuidadosamente el hilo de algodón, que Pata de Palo habría reutilizado de algún paquete de fábrica de pastas. Abrió el envoltorio sobre el escritorio, y dejó a la vista un delgado Buda en posición de Loto. Levantó la pequeña estatuilla

metálica, y observó que era bastante pesada para su tamaño, por lo que intuyó que se trataba de un pisapapeles. El color negruzco con manchas blanquecinas, hacía sospechar que el plomo con que había sido realizada tenía allí ya muchos inviernos, y mucha intemperie. La Dra. Goldman, que disfrutaba de hacer anotaciones sobre sus plantas exóticas y los usos que a ellas daba, halló en aquel presente una inusitada utilidad. Algún día, luego de retirarse, quizá escribiría un pequeño tratado sobre el cultivo y usos de plantas medicinales del África tropical. Sus largos años en el continente de las jirafas le habían enseñado muchas de las prácticas de la medicina popular de innumerables etnias. Muchas de aquellas extrañas plantas habían logrado sobrevivir a los viajes, y las inclemencias de un clima y un suelo que no eran los suyos. Afortunadamente, Martha Goldman además de médica, era una gran aficionada a las plantas, y contaba con amplios conocimientos de botánica aprendidos de sus amistades dedicadas a las ciencias.

Capítulo 2

La oscura noche del treinta de agosto de 1994, el cielo estaba tan nublado y el viento soplaba con tanta violencia, que el Lambaré, un carguero paraguayo que navegaba por el Río de la Plata, naufragó en las oscuras aguas al oeste de la pequeña isla Farallón, cerca del canal Martín García. La isla es poco más que un peñasco de unos cuatro metros de altura, con algunos árboles y un antiguo e importante faro. Al norte, los arrecifes de piedra aterran hasta al más experimentado navegante. Los fuertes golpes de las olas, el fuerte viento, y la profunda oscuridad, hicieron encallar

el buque de cincuenta metros de eslora, dejando aflorar sobre la superficie sólo sus dos mástiles como recuerdo de su desgracia. La tripulación debió dejar la nave en una balsa de abandono, y tuvo la suerte de poder ser rescatada con vida por la lancha de salvamento Ades 2.

La historia de este salvamento llegó a oídos de Pata de Palo, que integraba la tripulación de otra de las lanchas del grupo de voluntarios de salvamento. Para el viejo marino, que en su juventud había sabido vivir de la pesca y la cosecha de mejillones, aquello, además de una nueva anécdota para su inagotable repertorio de naufragios, representaba una oportunidad de obtener alguna ganancia extra.

Una mañana muy calma y soleada se aventuró en su barcaza de pesca, con un obsoleto equipo de buceo, hacia el sitio donde estaba la señal boyada de barco hundido con dos mástiles a la vista. No era posible equivocarse. La tranquilidad de las aguas ayudaba, aunque la visibilidad en aguas del Río de la Plata era prácticamente nula

siempre. Pata de Palo lo sabía muy bien; pero como la profundidad era poca, resolvió intentarlo.

El depósito estaba roto en varios lugares y lleno de arena, pero escarbando un poco logró sentir con sus manos algunos objetos, que ató como pudo con cuerdas, para luego subirlos a su barcaza. Un par de pequeños cajones de madera, unas tablas para hacer reparaciones, y poco más. En esas condiciones, era imposible rescatar cosas más atractivas, que hubiesen requerido maniobras sofisticadas, como la rueda de timón, o algún material de bronce.

Cuando llegó a su casa y abrió aquellos dos pesados cajoncitos, se decepcionó. Doce estatuillas de un delgado Buda confeccionadas en plomo, de unos diez centímetros de altura. Seis en cada una, acomodadas entre viruta mojada. Hubiera preferido recuperar algún repuesto para su propia embarcación, porque ya tenía bastantes caños viejos guardados con los que confeccionaba sus propias plomadas de pesca. Caños de la época en que los desagües se confecciona-

ban con plomo, y habían granjeado al oficio de técnico sanitario el nombre popular de plomero. Igual, no le vendrían mal. Al menos veía alguna utilidad en ellas. Las tablas, sin embargo, eran de tan mala calidad que no podría utilizarlas para reparaciones, sino solamente para encender la estufa en invierno, luego de secarlas al sol unos cuantos días. Había rescatado también una vieja caldera de aluminio, bastante manchada de óxido blanco, que utilizaría para calentar agua para el mate. Puso las pequeñas estatuillas en un cajón de plástico grande, de los que usaba para el pescado, y aprovechó para poner todos los otros trastos de plomo que tenía desperdigados encima. Así, al menos, tendría toda la chatarra junta para cuando necesitara volver a fundir plomadas.

La vida de Pata de Palo era frugal, por no decir pobre. Pero a él le gustaba pensar que rico no es quien más tiene, sino quien menos necesita. Y la verdad es que él no necesitaba mucho. Al-

canzando para la yerba y la olla, y teniendo salud para poder embarcarse, era feliz.

El pequeño almanaque de la verdulería colgaba de la vieja heladera por un imán. Una porquería de imán, pensaba Pata de Palo cada vez que al pasar cerca de la heladera distraído apenas lo tocaba, y el almanaque iba a parar al piso. Hasta eso viene malo en estos tiempos, pensaba. En las buenas épocas, los almanaques los regalaban en todos lados. En el almacén, la farmacia, la verdulería. Hasta aquella pescadería de mala muerte a la que le vendía a veces le daba de regalo dos o tres almanaques nuevos a fin de año. Aquellos almanaques eran grandes, con papel como para anotarle alguna cosa a cada día del año, y para hacer apuntes del lado de atrás de la hoja por mucho tiempo. A lo mejor todavía tenía alguno con algo anotado en el cajón. Y nada de imancitos de morondanga. ¡No señor! Aquellos almanaques de verdad tenían un nervio de metal del que venía bien prendido el papel, y traían su argollita. Bastaba con sacar el almanaque viejo,

y embocarle con la argolla al clavito de la pared. Estos de ahora los hacían con colores, pero de una hoja hacían tres, venían engrapados, y con un imán que no aguantaba su peso.

En ese almanaque vio que en dos días tendría consulta con la doctora. Era de esa generación para la que sólo había un tipo de doctores, y eran los médicos. No le gustaban mucho los doctores. Eran como los mecánicos, estuvieses bien o mal, siempre te encontraban algo. Pero eran un mal necesario, por eso convenía estar bien con ellos. No fuera cosa que te enchufaran alguna de esas inyecciones sólo porque no entendías nada de aquello. Después te tenían con cajas y cajas de medicamentos que te liquidaban del todo, como le pasó a la Mireya.

Reparó en que sería justo antes de navidad, y se le antojó oportuno llevarle algo a la doctora. La de los riñones era. Bien la veterana. Nunca lo había hecho sentir menos, y cuanto menos lo veía, mejor. Revolvió el cajón de los caños de plomo buscando una de aquellas estatuillas que había

sacado del barco y que no le servían para nada. Para plomada; pero la estatuilla estaba bonita, pensó. A la gente culta siempre le gusta tener cachivaches de adorno, como la Señora Carriquiry, la arquitecta, a la que le mantenía el bote. Las veces que había estado en su casa para cobrarle un trabajo había visto adornos de ese tipo por todos lados.

Capítulo 3

El teléfono sonó a mitad de la noche, y Martha Goldman, que estaba profundamente dormida, se levantó y fue al estudio a tientas, con la luz que entraba por las rendijas de su persiana. Buscando el interruptor de la portátil tocó con el antebrazo algo helado, que cayó al piso ruidosamente.

Tuvo suerte, pensó, el pisapapeles podía haberle hecho una dolorosa fractura múltiple de metatarsianos, o de los cuneiformes, que su amigo traumatólogo habría enyesado con un buen sermón. Como mínimo. Podía haberle alterado la pisada para siempre, con el desgaste de me-

niscos, riesgo para la rótula, y ni hablar de las consecuencias para la columna. A lo mejor hasta debería haber hecho terapia del dolor en pocos años.

Encendió la luz y atendió el condenado teléfono.

– No, no. Yo no estoy de retén, es martes. Estuve todo el día – añadió.

– Hoy está González. No, no tengo a mano el número – dijo secamente, y colgó el teléfono fastidiada.

– *Me ne frego* – pensó, aunque jamás habría dicho esas palabras en voz alta.

Colocó el Buda de plomo encima de sus notas botánicas otra vez, apagó la portátil y volvió a la cama. Por suerte al día siguiente tendría libre.

Cuando despertó por la mañana, más tarde de lo habitual, se preparó un sustancioso desayuno con yogur y frutas. La interrupción de su sueño nocturno le había impedido descansar bien. Su mente todavía no lograba enfocarse, y saltaba entre pensamientos difusos y mirada borrosa. La

mañana estaba soleada y fresca, gracias a esa brisa que prometía aliviar la aletargada pesadez del día anterior.

Sus ideas se fueron aclarando con la ingesta de frutas, y razonó que podría dedicar el día a su tratado de plantas africanas. Sería una inversión para el futuro.

Levantó el pisapapeles que le había regalado el viejo marinero en la policlínica de Tarariras y vio el abollón. El pequeño Buda se había lastimado en aquel aterrizaje forzoso nocturno. En el pie izquierdo se veía una mancha amarillenta bajo el grisáceo plomo, como si fuese una sangre dorada que brotaba de aquel iluminado príncipe.

La Dra. Goldman no daba crédito a sus ojos. Nunca había profesado fe alguna, ni se había preocupado por ello, aunque se había interesado en entender las creencias de muchas tribus durante su vida en África. ¿Habría algo? No le importaba demasiado. Después de todo, pensaba, la existencia de Dios no es un problema para quien cree, ni tampoco para quien no cree. Sólo

es un problema para quienes se dedican a la filosofía. Sin embargo, el lastimado pie del Buda con su sangre áurea tenia algo de místico. Era la esencia del problema de la Piedra filosofal de los alquimistas, capaz de transmutar el plomo en oro. También podía funcionar como elixir de la vida, capaz de mantener la eterna juventud, como había sucedido, según relata la leyenda, al propio Buda al alcanzar la iluminación.

Capítulo 4

Cuando Pata de Palo regresó del puerto de Colonia, luego de haber realizado un complicado salvamento, encontró roto el candado del viejo galpón.

Sus herramientas estaban tiradas, y las viejas bolsas de arpillera cortadas. Se encaminó con cuidado a su casa, con el puño derecho cerrado, por si debía aplicar algún correctivo al ladronzuelo. Seguramente sería aquel pequeño bribón del hijo de Torres, que robaba cualquier cosa que se pudiera vender para comprar una dosis de droga. Ya lo desintoxicaría el mismo, a palos. Robando,

en lugar de trabajar en el mar como su padre. Pero él lo iba a enderezar.

La ventana del costado estaba rota y el vidrio le costaría un montón. Bastante más de lo que tenía en el bolsillo ese día. La cortina del viejo ropero, que él mismo había hecho empotrado cuando construyó la casa, estaba descorrida. Toda su ropa revuelta. El cajón abierto. Las cosas de la cocina revueltas. Todo tirado. El ladrón ya no estaba, pero ya lo agarraría él con la bicicleta y lo llevaría a patadas a lo de su padre, y le contaría todo, para que su padre lo llevara a patadas a pescar y lo hiciera un hombre de bien. Al menos no le habían llevado el resto del asado que había hecho el día anterior, cuando agarró plata de un trabajo, y asó en la vieja parrilla, con la leña que hizo de los dos cajoncitos que sacó del barco hundido.

Encendió la radio, que por suerte seguía en la casa, y sintonizó unos tangos, para hacer más llevadera la tarea de volver a poner todo en su lugar. Con las dos tablas aquellas, también de su botín submarino, podría tapiar la ventana hasta

que consiguiera dinero para reponer el vidrio roto.

Capítulo 5

– Sosa – llamó la Dra. Goldman.

Waldemar Sosa apareció en la puerta del consultorio esa helada mañana de invierno. Cuando Pata de Palo vio la estatuilla sobre el escritorio, pensó que la Dra. Goldman nunca se la había llevado para su casa. No le gustarían los adornos tanto como a la Sra. Carriquiry.

– ¿Cómo le ha ido? ¿Y esa piedra? ¿Sigue con la bicicleta? – embistió la Dra. Goldman en un uno-dos, a la nariz.

– Bien, bien. De la piedra nada, por suerte – respondió Sosa.

– Hoy vine en el ómnibus, porque estaba por llover. Pero con la bici hasta el fin del mundo – bromeó.

– ¿Tiene los análisis? – preguntó la Dra. Goldman.

– Sírvase – contestó Pata de Palo, entregando en mano el sobre con el logo azul del laboratorio de Colonia del Sacramento.

La Dra. Goldman, que ya tenía sus anteojos puestos desde el turno de la paciente anterior, abrió delicadamente el sobre y sacó la hoja doblada en tres. La desplegó, la leyó con atención y dijo:

– Ah, Sosa, usted nos va a enterrar a todos.

Pata de Palo rió por compromiso. Sintió sin embargo una vez más el alivio de que no le fueran a recetar medicamentos. Por eso le agradaba la Dra. Goldman. No era de esas que lo llenan a uno de pastillas y lo dejan hecho una piltrafa. Agarró su abrigo, y se dispuso a levantarse. En ese mismo instante, la Dra. Goldman le dijo:

– Espere un momento, Waldemar.

No podía ser tan fácil. Ya le recetarían alguna cosa, o lo mandarían a hacer algún estudio de esos con que siempre encuentran algo. Como el mecánico. Él sabía bien de eso porque, cuando tuvo la citroneta, aquel pícaro de Colonia Valdense le había hecho hacer el motor, le había llevado todos su ahorros del momento, y la camioneta había quedado igual que antes.

– Mire, le traje esto de vuelta – dijo la Dra. Goldman, mientras agarraba el pisapapeles.

No le había gustado. Y se lo estaba devolviendo. ¡Vieja grosera! pensó Pata de Palo. La Dra. Goldman era bastante menor que él, pero aquella afrenta era demasiado. La gente pituca era capaz de cualquier grosería. Claro, como él era un pobre diablo no le importaba ofenderlo. Total…, pensaba Waldemar Pata de Palo Sosa.

– Por casualidad se me cayó y se abolló un poco en el pie, fíjese, aquí – dijo la Dra. Goldman.

Esto es cosa nueva. ¡Como si uno fuera el representante de la garantía! reflexionaba Pata de Palo. Están tan acostumbrados a comprar todo, y

a reclamar por todo, que ahora hasta los regalos devolvía la gente fina. Encima se le había caído. A ella, no a él. Él se la había regalado sanita. Los doctores de antes jamás hubieran hecho una cosa así, pensaba indignado.

– Lo llevé entonces a lo de un amigo que tiene una joyería, y me dijo que abajo de la delgada capa de plomo de la superficie lo que hay es oro. Lo puso en un recipiente graduado con agua y, según dijo, es de oro macizo. Con una capita de plomo por arriba nomás – dijo la Dra. Goldman.

Los ojos de Pata de Palo dejaron de parpadear por unos instantes. No era en serio.

– De verdad – dijo la Dra. Goldman. Se imaginará que no puedo aceptar un regalo así. A lo mejor usted puede venderlo y sacarle muy buen dinero a esto, Sosa.

Recordó de pronto aquel intento de robo, sin robo. Tal vez alguien lo había visto navegando cerca del barco hundido y sospechó que se había llevado las estatuillas. A lo mejor era eso lo que buscaban. Recordó, que entre todo aquel revol-

tijo que le habían hecho en el galpón no habían tocado el cajón de los caños viejos. Once de esas estatuillas le quedaban.

– No doctora, por favor, es un regalo. A Waldemar Sosa no lo mueve ni el oro ni la plata. Guárdelo como recuerdo de este viejo marinero paciente suyo – dijo Sosa.

– ¡Once! – pensó, y apuró el paso hacia la puerta.

Parte III

Aldebarán, o Sirio

Capítulo 1

A Martha Goldman siempre le había fascinado el firmamento. De pequeña, su padre, Samuel Goldman, le había enseñado a reconocer las estrellas. Las Tres Marías, los Siete Cabritos, La Cruz del Sur. Sobre todo la Cruz del Sur, que a aquel relojero de Viena le llamaba la atención sobre otras, porque señalaba aquel sur que lo había adoptado al huir de su suelo natal.

– Si pudieras ser una estrella, ¿cual querrías ser? – Había preguntado Samuel a su hija.

– Aldebarán, o Sirio – contestó la pequeña Martha.

– ¿Por qué? – preguntó su padre.

– Aldebarán porque es brillante y está en el Toro, que es fuerte como tú. Y Sirio porque es la más brillante de todas. Sirio, mejor.

Capítulo 2

En el congreso de la ciudad de San Pablo, organizado por la Sociedad Brasileña de Urología, la Dra. Goldman se sintió un poco atontada. Aquello del análisis colectivo de historias clínicas, con especialistas votando por una u otra opción de tratamiento y una puesta en común al final, tenía algo de espectáculo televisivo.

La Dra. Goldman no miraba televisión pero, cuando llegó desde Montevideo la noche anterior, había encendido la de la habitación del hotel para corroborar la hora, el pronóstico del tiempo y ver

alguna noticia local.

Cuando salió de la ducha comenzaba una serie televisiva brasileña: Pantanal. Un culebrón basado en historias locales de terratenientes con sus pecadillos, y gente pobre y oprimida. Para darle un aire más popular, a la producción se le había ocurrido incluir referencias al candomblé, con transmutaciones de humanos en animales. Una joya de la época. El elenco era glorioso, y la cadena *O Globo*, que la producía y transmitía estaba recaudando millones en anuncios gracias a ella. Se podía deducir del largo enfermizo de aquellas tandas que anunciaban cepillos de dientes, jugos concentrados de frutas tropicales sin conservantes, pomadas fabulosas cuales Panaceas, mate enlatado para servir *bem gelado*, artefactos electrónicos CCE, e infinidad de cosas más.

Decidió que luego de su charla sobre cirugía urológica reconstructiva merecería un descanso. Se tomaría la tarde libre para pasear por la ciudad de bellos parques tropicales insertos en medio de una selva de asfalto, que siempre la veía pasar

fugazmente. Como visitas de médico pensó, y rió para sus adentros.

Su charla fue un éxito, con colegas de toda América consultando si convenía ligar primero aquí o allá, o si ella entendía que debía hacerse una aproximación sagital posterior o no. Un colega mexicano hizo aquella pregunta tan interesante sobre cómo proceder en caso de hiperplasia suprarrenal, que despertó un acalorado debate. La Dra. Goldman estaba muy satisfecha, porque sus charlas siempre tenían muy buena recepción en San Pablo.

Unos diez años atrás, luego de su charla, se había aproximado un joven colega brasileño, el Dr. Yamamoto, y desde entonces se habían reunido muchas veces, unas en Brasil y otras en Uruguay. Hicieron buenas migas. Incluso habían llegado a hacer un par de intervenciones juntos.

Seguramente Yamamoto estaría ya en el congreso, o tal vez llegaría al día siguiente, porque se

había convertido en toda una estrella, y su clínica privada florecía de pacientes con mucho dinero. Si se encontraban, seguramente Yamamoto la invitaría a cenar en aquel restaurante de barrio elegante con un árbol tan enorme en el patio, que los techos se adaptaron al árbol con tal de no cortarlo para preservar su encanto. Seguramente Yamamoto querría conversar sobre algún caso picante, de esos que nadie quiere agarrar, o incluso convocarla para hacer algún trabajo complicado juntos.

La Dra. Goldman se sentía cómoda trabajando con el Dr. Yamamoto, porque no hacía falta más que mirarlo para saber lo que pasaba por su mente. A él, claro, le pasaba lo mismo. Siempre resultaba tranquilizador tener una colega con tanta experiencia en el quirófano. Se habían conocido hablando en inglés, pero a ambos les resultaba un poco incómodo vivir en dos países con lenguas hermanas, y tener que comunicarse en un idioma que ambos dominaban bien, pero no sentían suyo. Uno hablaba en portuñol y la otra en espagués.

Un poco de buena voluntad, despacito, *devagar*, términos técnicos, y se entendían perfectamente.

En Brasil se hace todo a lo grande. La población japonesa en San Pablo es la más grande del mundo fuera de Japón, aprendió una vez Martha Goldman de boca del embajador de Francia en Costa de Marfil.

Naoto Yamamoto era nieto de Yamamoto Hiroko, como se presentaba su abuelo, un inmigrante japonés que llegó a Brasil en la década del treinta para trabajar en las plantaciones de café. Era un *sansei*. Su abuelo llegó a verlo con éxito como médico, y eso lo llenaba de alegría cuando lo recordaba.

– *Daiki* – le decía su abuelo: gran resplandor.

Sabía que su nieto sería una estrella. A pesar de las penurias económicas que pasó en Japón y también en Brasil, se las había arreglado para salir adelante, y, no sus hijos pero sí sus nietos, llegaron a hacer una carrera universitaria.

El trabajo en las plantaciones de café tiene una historia terrible en Brasil, y la población paulista es aún bastante rechazada en el interior por esa historia. Los bandeirantes, paramilitares de Portugal y San Pablo, arrasaron y esclavizaron poblaciones indígenas enteras durante siglos para trabajar en el negocio floreciente del café.

El paseo de la Dra. Goldman por la Avenida Paulista la llevó al refinado Museo de Arte de San Pablo, donde vio una exposición de arte moderno que no alcanzó a disfrutar, porque no la comprendió. Antes de salir, recogió un par de folletos impresos que había en la entrada y cruzó la enorme avenida hasta el parque. Caminó unos veinte minutos por aquel parche de vegetación impresionante, y luego volvió a la avenida. Se sentó en un gran restaurante con mesas en la acera, y mientras esperaba la *cerveja* leyó los folletos.

Exposición de esculturas de cera en el jardín botánico. Encuentro de coros con cierre del Coro

de Niños de Río de Janeiro, entrada libre. Versión libre de Antígona en el teatro Sérgio Cardoso. Concierto de Vitória Altmann en el Theatro Municipal. Eso le interesó.

Una breve explicación acompañaba el folletín con el programa del concierto que le entregaron a Martha Goldman al ingresar a la sala del teatro.

Altmann, en una suerte de minientrevista, contaba por qué había elegido las Mazurkas de Chopin. Por una parte, porque la mazurka, tanto como danza o como canción, pertenecía al medio rural. En sus orígenes, explicaba, consistía en una danza circular con un número fijo de parejas, pero daba lugar a pequeñas improvisaciones. Esa aceptación natural de las variaciones individuales como elemento enriquecedor, esa libertad dentro de una coreografía preestablecida, le parecía alegre y muy atractiva. Por supuesto, las armonías originales eran mucho más primitivas que

las que había condensado Chopin en las suyas, aunque recogía maravillosamente bien su esencia en esas obras de tres tiempos, con marcados acentos en el segundo o el tercero.

Por otro lado, Chopin era parisino por adopción, pero polaco de nacimiento. Había alcanzado el cenit de la elegancia en París, aunque su acento al hablar francés nunca logro alcanzar a su música. Eso también la hacía sentir un poco identificada con él, confesaba allí Altmann. No aclaraba cuál era el *eso*, a lo mejor era su acento al hablar francés, o tal vez su padre era inmigrante. Bien podía ser. Después de todo, su apellido no era de origen portugués.

Cuando apareció en el escenario, con su largo cabello recogido en un sobrio moño, se detuvo junto al enorme piano de cola blanco, que contrastaba de manera muy efectista con su largo y discreto vestido negro. El público la aclamó. Ella, con la experiencia de una verdadera famosa, se detuvo allí el tiempo necesario para que su público desahogara su admiración en aplausos. Sólo

cuando el último aplauso terminó, se sentó frente al piano acomodando el vestido a la banqueta, levantó la frente, como buscando alguna señal del iluminador, y recién después la bajó hasta la partitura, para comenzar a tocar.

Vitória Altmann poseía unas delicadas manos cuyos dedos parecían flotar alegremente sobre las teclas descendiendo sobre ellas de tanto en tanto, como un picaflor libando néctar, para producir aquellos hermosos sonidos.

La pianista virtuosa, que había egresado del Conservatório Dramático e Musical de São Paulo, se había convertido hacía varios años en una estrella de talla internacional. El propio Edimilson Nascimento, Eddy, como lo conocían en el mundo del jazz, a quien Goldman seguía desde hacía ya mucho, había logrado convencer a Vitória de grabar algunas canciones juntos para uno de sus álbumes. Era un disco que la Dra. Goldman había regalado a Leonel Giucci para su cumpleaños número cuarenta y cinco, y que a Giucci le gustaba escuchar cuando tenía invitados en casa. La com-

binación del guitarrista popular de Goiânia con la pianista clásica de San Pablo producía algo que era mucho más que la suma de sus partes. Una joya del jazz, le gustaba decir a Leonel Giucci. Ese álbum era una de las innumerables pruebas de que la prodigiosa diversidad de Brasil era capaz de generar maravillas inesperadas. Un país del futuro, había dicho Stefan Zweig a los europeos cincuenta años antes.

A Martha Goldman le impresionaba la forma en que la pianista manejaba su fama. Vitória Altmann era famosa alrededor del mundo por ser un encanto con todos, desde la última mucama del hotel hasta la productora de la disquera más importante. Sabía separar muy bien su vida pública de la privada, y no aparecía jamás haciendo excentricidades.

Era una mujer de pocas palabras, pero en las entrevistas que Goldman había leído en varias revistas importantes, siempre tenía la palabra jus-

ta, la sensibilidad necesaria, y la altura de una verdadera estrella. Goldman no seguía la prensa en portugués, pero de vez en cuando se veía aparecer algo en los medios internacionales: La gran Vitória Altmann en el Metropolitan Opera House de Nueva York. La fabulosa Vitória Altmann grabando en el Conservatorio de Moscú el Concierto para piano número dos, opus cuarenta y cuatro de Tchaikovsky, y transmitiendo en vivo por radio y televisión vía satélite para todo el mundo. La virtuosa Vitória Altmann en el Opera House de Sidney. La mitad de lo recaudado iría para obras de beneficencia, para escuelas, para Unicef, para algún orfanato. Vitória Altmann era una estrella de verdad, y tenía ese título muy bien ganado.

Cuando terminó el concierto, la sala se vino abajo en aplausos. La gente la ovacionaba de pie. La gente de su propia ciudad. Se dice que nadie es profeta en su tierra, pero este caso era la excepción que confirmaba la regla.

Al menos dos veces al año, Altmann estaba en la portada de las revistas de mayor tiraje. Era extremadamente cuidadosa con su imagen, tanto como con sus palabras. Jamás un cabello fuera de lugar, jamás un comentario vulgar. A pesar de su virtuosismo, aceptaba e incluso destacaba elogiosamente la crítica. Era otra de las cosas por las que el público la veneraba.

Capítulo 3

El Dr. Yamamoto había tenido una emergencia. Humana, no médica. Simone y João, la pareja de veteranos enfermeros que la Dra. Goldman había conocido en su primer visita a la clínica de San Pablo, habían tenido un terrible accidente doméstico. Ambos habían fallecido intoxicados con una fuga de gas.

El Dr. Yamamoto había ido personalmente al humilde barrio donde vivían a hacerse cargo, por supuesto, de todos los gastos, y de sus amados gatos Atila y Xangô. Al gato ya adulto de cabello largo y amarillo que apareció en su casa un día

de marzo, le habían puesto Atila, porque era muy peleador, según le había contado Simone cuando le mostró la foto de ellos con los gatos. Xangô, en cambio, vivía con ellos desde pequeño. Un gato negro, tranquilo, pero que se imponía sobre todos los otros del barrio cuando hacía falta, haciendo honor a su nombre de deidad del candomblé. Cuando no era enfermero, João era *pãe de santo*, babalorixá, como se decía en lenguaje Yoruba, y por eso Simone, su compañera de toda la vida le decía, cariñosamente, Babá.

Después de tantos años de trabajo juntos el Dr. Yamamoto los apreciaba mucho. Sufrió al pensar que no habían podido disfrutar de la vida mucho más de un año después de retirarse. Pondría él una buena placa de bronce en sus tumbas recordando sus nombres y su destacada labor a falta de más familia, o de los recursos para hacerlo si aparecía algún familiar.

La honra a los antepasados y a los amigos fallecidos era algo que Naoto había aprendido desde muy pequeño de su abuelo, que había servido al Emperador del Japón, y que cayera luego en desgracia por oponerse a la horrible guerra con China, que lo obligó a emigrar.

Años después de la infame ocupación de territorio Chino por parte del imperio Japonés se desataría la Segunda Guerra Mundial. Sobre el final, las tropas que ocupaban china serían aplastadas en siete días por el ejército soviético en la operación Tormenta de Agosto. Yamamoto Hiroko se salvó de morir en el frente de batalla, aunque él quizá lo hubiese preferido al exilio.

Tuvo que contentarse con enseñar a sus descendientes las tradiciones y el idioma de su Japón natal clandestinamente, después que el presidente Getúlio Vargas prohibiera absurdamente en mil novecientos cuarenta y dos el uso de la lengua japonesa en todo el territorio de Brasil.

Una vez más, Yamamoto Hiroko fue acorralado por sus ideas y sus valores y salió adelante. Se

casó en Brasil con Luíza en el cuarenta y seis, y tuvo una hija que llamaron Stella Maris, como la famosa cantante de radio de la época, cuyo verdadero nombre era Adelaide Tostes. Luego vinieron los mellizos, Doryval Tetsuya y Kamei Pedro. Todos Da Cunha Yamamoto, según el complicado enriedo de nombres y apellidos acostumbrado en Brasil. Doryval por Caymmi, el esposo de la primer Stella Maris, Tetsuya por su bisabuelo paterno; Kamei, por el samurai del final del shogunato Tokugawa antes de la restauración Meiji, y Pedro por el primer emperador del Brasil.

Sólo Stella Maris y Kamei Pedro tuvieron hijos. Uno de ellos era Naoto, el doctor, hijo de Pedro, que lo educó con valores más rancios que los del propio Hiroko; acaso por añoranza de la lejana tierra de su padre, acaso por rebeldía a aquel atropello cultural que Getúlio Vargas había impuesto.

Naoto creció en otro mundo, otras épocas. Aunque logró dominar aún mejor que su padre la lengua de su abuelo y conocía al dedillo las tra-

diciones, nunca estuvo dispuesto a vivir en un mundo de recuerdos ajenos que hacía décadas que no existía.

Doryval Tetsuya, en cambio, abrazó con profunda devoción la fe católica de su madre. Primero fue monaguillo en la Iglesia de San Pedro Apóstol, luego comenzaron los viajes a Oriximiná, en el estado de Pará, durante la Semana Santa, donde fue penitente año tras año.

Stella Maris se hizo enfermera, e inspiró a su brillante sobrino Naoto a dedicarse a la medicina. Cuando Naoto Yamamoto tuvo dinero suficiente como para abrir su propia clínica en un barrio exclusivo de San Pablo, Stella Maris le recomendó a aquel matrimonio de enfermeros que trabajaba en el hospital: Simone y João.

Capítulo 4

Vitória Altmann siempre fue una mujer decidida; la Dra. Goldman lo sabía muy bien. La había conocido algunos años atrás, antes de la fama. Había incluso integrado el equipo quirúrgico en San Pablo, cuando la pianista dejó atrás las características de su cuerpo anterior para ser enteramente Vitória. Cuando ella y el Dr. Yamamoto tuvieron una reunión para explicarle el procedimiento y sus riesgos, Vitória escuchó atentamente y, cuando los médicos hubieron terminado y se ofrecieron para evacuar todas sus dudas, dijo simplemente:

– Hagan lo que deban hacer.

Nada se interponía entre Vitória Altmann y sus sueños. Cualquier obstáculo era sencillamente barrido por su talento y sacrificio.

Nada se sabía de la infancia de Altmann, más allá de sus propias declaraciones de haber tenido una niñez feliz. La gente que la conoció antes de la fama, o bien rehuía a la prensa o nadie la conocía.

Su maestro de piano del Conservatorio había fallecido en un desgraciado accidente al resbalar de una interminable escalera mientras inspeccionaba un enorme auditorio, donde sus nuevos estudiantes harían una presentación. Esa noticia fue pan caliente para los medios amarillistas, que hacen astillas de cualquier chisme. Jamás hablaban de nada cultural, nada útil, pero si aparecía alguna cosa que pudiera parecer turbia a su nefasto público, ahí estarían ellos, siempre. Si no, simplemente inventaban mentiras. Luego, quienes cometieran la torpeza de salir a desmentirlas,

gratuitamente les darían material para sembrar dudas y vender más de sus pasquines.

El teléfono de la habitación sonó. La recepcionista del hotel avisó a la Dra. Goldman que el Dr. Yamamoto preguntaba por ella.

– Por favor, dígale que en cinco minutos estaré abajo – dijo Goldman.

Se lavó la cara, y acomodó un poco el cabello. La breve siesta le había dejado marcas de almohada en el rostro. Ya se irían. Se puso unos zapatos cómodos, como había aprendido a usar en África, y salió de la habitación. Bajó por el gran ascensor que estaba casi frente a su puerta.

Capacidade 14 pessoas (1110 kg), leyó la Dra Goldman. ¿En qué estarían pensando al poner este ascensor en un hotel? pensó. Era más propio para un hospital. Todo a lo grande. Tal vez las regulaciones municipales exigían eso para un hotel de tantas habitaciones. La puerta del ascensor se abrió en el lobby, y la Dra. Martha Goldman

se dirigió al gran sofá donde su colega y amigo, Naoto Yamamoto, la esperaba.

Luego de los saludos correspondientes, el Dr. Yamamoto invitó a la Dra. Goldman a un restaurante que conocía, cerca del parque Ibirapuera; ya había reservado el lugar. El suave calor del atardecer hacía adecuada la invitación al restaurante peruano Lhamas. Podrían pedir un ceviche o alguna cosa fresca y sentarse a conversar. Yamamoto siempre conocía el lugar adecuado. Debía tener una vida social muy activa en la ciudad. Goldman, en cambio, no tenía costumbre de frecuentar restaurantes. Tenía bastante lujo culinario con los sabores de sus hierbas y la mano gourmet de su amigo Leonel Giucci.

El Dr. Yamamoto se excusó con su amiga por no haber podido estar presente en su charla. Le hubiera encantado. Seguro había sido excelente. Luego tendría que ponerlo al tanto de sus últimas opiniones. Goldman se comprometió a

enviarle las diapositivas y sus notas al llegar al hotel.

Luego de todos esos intercambios de estilo, Naoto Yamamoto pasó a un plano más personal. Contó a Martha Goldman la desgracia de los veteranos enfermeros que ella había conocido, y con quienes había incluso trabajado cuando había estado en la clínica. Una tragedia. Naoto Yamamoto estaba devastado. Toda una etapa de su clínica se había ido con ellos. Conocían a todos sus pacientes.

Martha intentó consolarlo. Seguro pronto se repondría. La clínica lo necesitaba. Sus pacientes lo necesitaban. Todo se encaminaría y conseguiría unos nuevos enfermeros excelentes.

Luego, Naoto Yamamoto le contó una serie de cosas que le habían venido ocurriendo en los últimos tiempos. Estaba un poco asustado. No sabía, podría tratarse de extremistas. Algunos grupos ultraconservadores tal vez. Alguien había entrado en su clínica y había revuelto sus archivos, como buscando algo. Afortunadamente, toda la

información estaba fuertemente codificada en su computadora con un programa que un amigo le había traído de Japón, y le había costado una fortuna. Los discos estaban en una caja fuerte que no encontraron.

– Imagínate, información personal de pacientes. Nombres, números de teléfono, direcciones particulares. Mucha gente adinerada. Algunas personas famosas... – dijo a su amiga.

Ya ni una clínica respetaban. Incluso le había parecido ver a alguien merodear por su casa.

La cena fue excelente y el vino también. El Dr. Yamamoto iría al congreso al día siguiente, y Martha le daría una copia de los materiales que usó para su presentación.

El remise se detuvo frente a la iglesia. La puerta con vidrios oscuros se abrió, y descendió una señora de lentes oscuros, elegantemente envuelta en un chal, con zapatos de taco corrido y perfume caro. Caminó desde el auto hasta la

iglesia. Al entrar al confesionario, Vitória Altmann se quitó los lentes oscuros y el chal que cubría su cabeza.

– Perdóneme padre, porque he pecado – dijo.

Capítulo 5

Primero fueron los latigazos en Semana Santa. Aquellas procesiones en Oriximiná le habían enseñado a doblegar la carne a favor del espíritu. Sólo así podría llegar a acercarse a la milagrosa Madre.

Luego, comenzó a ver la falta de pudor en todos lados. La gente estaba perdida. Pecadores. Sacrílegos. Depravados. Todos arderían en el infierno. Uno peor que otro. El fanatismo desenfrenado se había apoderado de él. Lo que hacía Naoto Yamamoto era inmoral. Iba contra la voluntad de Dios. Era como jugar a ser el Todopoderoso. Una

infamia.

Cuando ingresó a la clínica forzando la salida de emergencia buscaba los nombres de aquellas pecaminosas criaturas que no verían el manto protector del Señor. Aquellos monstruos carentes de toda decencia, que no elegían vivir civilizadamente sin irritar a los demás, como él. Aquellos indignos que seguramente renegaban de toda fe.

– El Señor esté en tu corazón para que te puedas arrepentir y confesar humildemente tus pecados – dijo el monaguillo Doryval Yamamoto, haciéndose pasar por sacerdote.

Parte IV

La suerte está echada

Capítulo 1

El día que Maribel González entró en la librería de la calle Tristán Narvaja no sabía bien lo que buscaba. Revolvió en el mostrador de las ofertas buscando algún libro de autoayuda o alguna novela de amor. Alguna como aquellas de Corín Tellado que su madrina le había dejado de herencia.

Cuando vio el título, no pudo resistir a su curiosidad y lo agarró. Los misterios del Tarot de Marsella. Siempre había querido saber qué era. Tenía el encanto de lo desconocido, y no era tan caro después de todo porque era usado. El libro

traía su propio mazo de cartas. Un poco de miedo le daba, claro, porque no creía en magia, pero una nunca sabe.

Al llegar a casa sacó de su bolso el queso danbo, el paquete de manteca, las galletas malteadas, y el café instantáneo. Encendió la hornalla para prepararse una taza de café con leche, y buscó la vieja tostadora de lata para aprovechar el pan de la mañana. Ahora había manteca. Nadie en el mundo podía resistirse a una tostada con manteca. No iba a abrir el paquete de galletas, si recién lo había traído.

Se sentó a la mesa de la cocina con la taza al lado, y el platillo de la taza con las tostadas. Abrió el libro y comenzó a leer. Leyó que el origen del Tarot se remontaba al antiguo Egipto. Que las figuras de los Arcanos Mayores podían considerarse derivadas del Libro de Thot, el Dios egipcio de la escritura y la sabiduría. Según un tal Antoine Court de Gébelin, los antiguos sacerdotes

egipcios condensaron el Libro de Thot en esas imágenes, que luego fueron llevadas a Roma y conocidas secretamente por los Papas, que las introdujeron en Francia.

No hizo falta nada más para convencer a Maribel de que se trataba de algo poderoso, arcano, indescifrable. Devoró el capítulo introductorio, y el siguiente se puso aun más oscuro. Comparaba los cuatro palos del Tarot con las cuatro instituciones egipcias. Así, la casta de los faraones y la militar eran representados por las espadas, la casta sacerdotal por las copas, la agricultura por los bastos, y el comercio por el oro.

Luego estaba el número, el veintidós. Veintiún Arcanos Mayores numerados, más la carta sin número, la cero, o veintidós, El Loco. Veintidós, como las letras del alfabeto hebreo. Veintidós, como el número de senderos que conducen a los Sefirot de la Cábala hebrea. Y el nombre. Según el libro, un tal Guillaume Postel, que hizo grandes viajes por Oriente en mil quinientos y tantos, encontró en las combinaciones de letras TARO,

ROTA, y ATOR, la relación con las cuatro letras del Tetragramatón, con que en hebreo antiguo se escribía el nombre de Dios.

El libro, luego, hacía una salvedad, diciendo que el Tarot en realidad era un juego devenido en arte adivinatorio. Pero Maribel sabía que algo tenía que haber. ¿Qué le iban a venir a ella con que el tarot era un juego!, si sabía bien que la finada tía Remedios, la madre de Lucrecia, Dios la tenga en la gloria, antes de venirse para Montevideo sufría unos dolores que la tenían loca. Se hizo tirar las cartas por una de allá, de Colonia, y descubrió que le habían hecho un daño por envidia. Hasta le vendió un amuleto, porque era completita, y santo remedio. Como nueva quedó. Cierto es que también apareció aquella doctora de Montevideo, de apellido medio gringo, Goldman, o algo así, y la operó. Pero de no ser por el amuleto seguro habría sufrido por años, pobrecita. Hasta un lechón le faenó en agradecimiento a la tarotista, y otro, por las dudas, a la doctora.

Se propuso aprender una carta por día. Podía

empezar por los veintidós Arcanos Mayores, que eran las raras, así podría empezar a hacerle algunas tiradas sencillas a su prima Lucrecia para practicar. En una de esas hasta podía ponerse a cobrar algo por una lectura. Las otras tenían que ser más fáciles porque, a fin de cuentas, eran las mismas cartas de la conga o chinchón. Recién ahí reparó en que había tenido enfrente suyo los Arcanos Menores toda la vida. ¿Y le habían estado hablando desde siempre y ella no lo sabía entender?

A Wilson no le gustaba nada. Le tenía miedo a las cartas, aunque no lo decía. Se limitaba a decir que hay cosas con las que más vale no jugar. Pero a Maribel le importaba un pimiento, porque Wilson, igual, no servía para mucho. Para aquello; y para criticar. De vez en cuando agarraba un trabajito, pero cuando le salían dos en la misma semana ya empezaba a sentirse medio enfermo.

Capítulo 2

Se le antojó que no había nada de místico en Maribel, así que decidió procurarse un nombre artístico. Bueno, por suerte era Maribel, y no Marisa, como aquella boca sucia que fue compañera de ella en la panadería. Reflexionó que las famosas debían tener un nombre acorde al estrellato. ¿A quién se le ocurría que una pudiera hacerse famosa con un nombre común? Todas se habían inventado uno medio estrafalario, Madonna, Greta Garbo, Marilyn Monroe. Hasta la loca aquella de la Cicciolina, que se había hecho diputada en Italia y salía mostrando los pechos en la mitad

de la calle, tenía un nombre artístico. Pensó un buen rato, y estuvo un poco frustrada porque no se le ocurría nada.

De pronto recordó que su padre tenía un cassette de aquellos españoles que cantaban medio a coro, Mocedades. Los que salían en el programa de televisión de variedades de las siete de la tarde los sábados de verano, el enlatado, como le decía Lucrecia. Ese programa le encantaba a Maribel. Entre amigos se llamaba, o algo así. Siempre tenían algo de lo más entretenido, como aquel ventrílocuo que aparecía con sus muñecos, Jose Luis Moreno era. Moncho, Macario y el cuervo de traje, sí, Rockefeller.

Siempre preparaba una pizza para esperar a Lucrecia para verlo juntas. ¡Y que artistas! Paloma San Basilio, la Pantoja, Jose Luis Perales. Después jugaban una conga hasta la diez, que volvía el marido de Lucrecia del trabajo. Tampoco le gustaba andar en moto tan tarde porque veía poco de noche, la pobre. Bueno, eran quince o dieciséis cuadras. En la moto eran cinco minutos,

como lo de su padre.

Puso el paquete con la pascualina en el canasto y dio pedal hasta que la moto arrancó, y se fue a ver a su padre.

Comieron la torta pascualina, que estaba buenísima. Bastante huevo le ponía ella, como su abuela. Recordaron la vez que era chica y se quemó el tobillo con el caño de escape de la Honda Pc50, la hondita le decían. También cuando volvía del cumpleaños de quince de Lucrecia manejando ella. No se veía nada, porque la luz estaba para cumplir con algún formulario, pero para iluminar, ¡ni hablemos! Ahora ella andaba en una igual, celeste y todo.

Se rieron como cochinos con los cuentos de Landriscina, que su padre siempre encontraba en la radio. Vaya una a saber como hacía. Le pidió prestado el cassette. Siempre le había gustado la misma canción que a su padre: amor de hombre. Igual aquel tenía todos los éxitos. Veinte Grandes

Éxitos. Se podía haber titulado Nada de pretensiones, pero no.

Cuando llegó a su casa, rebobinó el cassette y lo puso a andar. Se lo escuchó de punta a punta. Cuando lo dio vuelta para escuchar el lado B, abrió la caja para mirar los nombres de las canciones y tuvo una revelación. Los nombres de los integrantes del grupo estaban allí. La morocha de la voz prodigiosa se llamaba Izaskun Uranga. Izaskun…, pensó. Ese sí que era un buen nombre artístico para ella.

– Tienes que ponerle algo más – dijo Lucrecia – Izaskun suena raro, pero Izaskun González… Le falta algo.

Ahí mismo se le ocurrió que, para darle importancia y un aire de seriedad, podía agregar Profesora adelante del nombre. No era falso, Dios libre y guarde, porque en el ochenta y cinco, cuando estudiaba guitarra en el Instituto JotaErre, la propia Julia Rosas, la directora, le había entrega-

do el diploma de Profesora de Solfeo.

Profesora Izaskun. Sonaba bien, y desde ese día se presentó así.

Capítulo 3

Profesora Izaskun, con letras grandes en el centro; dudas, trabajo, pareja, salud, todas las palabras en nubecitas encima del nombre con signos de interrogación.

Debajo, una sola palabra, TAROT, con la letra más chica que el nombre para no quitarle protagonismo a la emisaria, con la mejor letra que le salió.

Ciento cincuenta afiches fotocopiados. Los últimos cinco centímetros de la hoja recortados en tirillas como pollera hula hawaiana, con el número de teléfono para llevar. Todo el jueves santo

diseñando el afiche. Sola, porque claro, Wilson para eso tampoco servía.

Se subió a la hondita y, con la mochila en el canasto llena de afiches, largó la campaña publicitaria.

Ni una parada de buses se salvó hasta que agotó las fotocopias. Pasó por la casa de su prima Lucrecia, pero tenía todo cerrado. Seguramente se habría ido de camping. Eso debía considerarlo, como buena publicista. Mucha gente habría hecho lo mismo, y tal vez las llamadas demoraran unos días en comenzar. Como veinte pasaron.

– Quisiera reservar hora para una consulta – dijo la voz.

– ¿Cómo no? Tengo recién para el lunes de la semana próxima – dijo, para hacerse la importante, como había visto hacer a la encargada de la panadería.

Tampoco quería perder la clienta; a fin de cuentas ya era miércoles.

Cuando tocaron el timbre apareció una señora bastante mayor, bien vestida, con aire arrogante,

como de gobernanta de hotel.

– Pase por acá por favor – dijo la Profesora Izaskun.

La mesita redonda que le había prestado Lucrecia tenía encima un mantel verde, como de garito. La Profesora Izaskun se había puesto un pañuelo blanco en la cabeza, como había visto hacer a las bahianas en la televisión. Para ella era cosa del Vudú, pero tampoco importaba.

– Piensa bien la pregunta y luego hazla en voz alta – dijo, aprovechando su investidura para tutear a aquella señora que no hubiese tratado sino de usted en otra ocasión. Hizo la tirada y abrió grandes los ojos, como con asombro.

– El Colgado: vida en suspenso – dijo la Profesora Izaskun.

– Período de calma entre sucesos importantes – añadió.

Percibió miedo en aquella señora. Hizo un breve silencio para aumentar la tensión escénica. El taller de teatro en la Casa de la Cultura de Colonia estaba sirviendo para algo.

– ¿Y el futuro? – apresuró la señora.

– No hay que precipitarse. Todo a su tiempo – contestó con tono solemne la Profesora Izaskun.

– Hay influencias inmediatas peligrosas. ¿Ve esta carta? Es el Mago. Engaño. – agregó.

– ¡Yo sabía! – Dijo la señora.

– ¿Y el futuro? – volvió a apresurar.

– La Justicia – respondió la Profesora Izaskun, mirándola directamente a los ojos, con tono vengativo.

– ¡Gracias Profesora! ¿Cuánto le debo? – preguntó la señora, sacando de su bolso la billetera.

– Mil quinientos – respondió la Profesora Izaskun, con un poco de timidez.

La señora pagó sin chistar y se retiró. Luego de darse una ducha refrescante para salir del trance que le había producido su primer consulta, Maribel González observó su consultorio en la habitación en que antes tenía la máquina de coser con que hacía sus reparaciones y algún dinero extra, y sintió un cierto orgullo. Si se ponía a pensarlo, en media hora había ganado más que en

dos días en la panadería. Y daba un servicio a la gente.

La segunda llamada llegó al día siguiente, y agendó para el otro lunes, que era el día que tenía libre en la panadería.

El señor de redondas mejillas rosadas entró caminando con dificultad, y se dejó caer sobre la silla.

– Piensa bien la pregunta y luego hazla en voz alta – dijo.

– No vayas a cruzar las piernas – agregó.

Esa nueva incorporación la tomó de los cuentos de Lucrecia, que la tomó de los relatos de su madre, la tía Remedios. Otra cosa que le había contado, era que cuando estaban frente a alguna fuerza oculta, las tarotistas bostezaban, o eructaban, según la intensidad del agente del mal. Eso ya le parecía una grosería, y ella no era ninguna ordinaria; pero bostezar, a lo mejor le salía.

– ¿Mal de salud? – preguntó la Profesora Izas-

kun. El mofletudo señor levantó una ceja, y respondió:

– Ya me habían dicho que usted era poderosa. Sí, problemas de salud – afirmó, y luego hizo su pregunta.

– La Torre, invertida, mmm – dijo la Profesora Izaskun.

– ¿Eso qué quiere decir? – preguntó su cliente.

– Atrapado en una situación desdichada. Incapaz de hacer cambios importantes. Esa es tu situación actual – sentenció la tarotista.

– ¿Y esto? - preguntó el señor señalando la carta con el número trece y la figura de un esqueleto.

– Eso es tu destino, La Muerte – respondió.

Las rosadas mejillas del cliente quedaron blancas de pronto, así que la Profesora Izaskun se apresuró a añadir:

– No tiene por qué ser la muerte física; representa el abandono del viejo ser, el cambio.

El rostro del señor pareció recuperar sus colores. Interpretó el resto de la tirada y concluyó con La Rueda de la Fortuna.

– Este es tu destino final – dijo, apoyando el dedo sobre la carta.

– Se acerca el final de un problema; pueden haber acontecimientos inesperados – dijo, con aire misterioso.

La pobre iluminación del lugar contribuía al misterio. No había sido intencional, pero la vieja lámpara portátil que había comprado en el remate iluminaba poco. La gran pantalla de tela plisada con borlas doradas colgando, le confería un juego de sombras un poco particular a la habitación. El cliente pagó, y se retiró aliviado por aquel destino favorable que le esperaba. Al cerrar la puerta, la Profesora Izaskun ya empezaba a considerar que era más que un cliente, era su paciente, porque, a fin de cuentas, ese era su consultorio.

Una docena de esos pacientes pasaron por el consultorio de la Profesora Izaskun. Con cada uno se iba sintiendo más poderosa, no por la influencia que en ellos ejercía, sino poderosa en

el arte de la adivinación.

Con el dinero recaudado mandó a Wilson a comprar un santo brasileño de yeso en una santería de la frontera. Eso le ayudaría a enfocar su poder; ya le había explicado Lucrecia, cuando regresó de la ciudad de Artigas con una bolsa de piedritas de colores, como las que se suelen hallar allí.

– Ágatas – le explicó a Maribel.

Desde que puso el santo su poder se incrementó, y dejó el trabajo en la panadería. A esa altura ya eructaba, tres o cuatro veces si la presencia era intensa.

Los pacientes experimentados llegaban con un paquete de cigarrillos para el santo, que ella encendía en su boca y luego colocaba en la de la bendita figura. Los nuevos, eran enviados por Wilson, antes de ser atendidos, al quiosco de la otra cuadra a comprarlos.

A alguien se le ocurrió que podía verse favo-

recido en la tirada si llevaba algún regalo extra, y desde ese día, quienes la conocían, llevaban dos paquetes. Uno de cigarrillos baratos para el santo, y otro de mejor calidad para su secretario, Wilson.

Las pequeñas ágatas de Lucrecia debían ser poderosas, porque una vez había escuchado a una señora hablar del poder de las gemas. Ya iría a comprar algún libro a la calle Tristán Narvaja sobre gemas, porque a su secretario no podía enviarlo para tareas tan finas.

Fabricó con su máquina de coser unas bolsitas con retazos de tela, que tenía guardados de cuando hacía arreglos de ropa. Tres piedritas distintas adentro, una costura, y listo. Así armó como cuarenta amuletos, que tendría para los casos difíciles. Sobre todos los de amor o de salud. Los cobraría por separado, porque, además de darles una protección extra a sus pacientes desquitaba un viajecito a Artigas para que Lucrecia le trajera más ágatas. Todo pensando en hacer el bien a sus pacientes.

Capítulo 4

Wilson abrió la puerta. Una joven agente agente de policía le dio las buenas tardes y preguntó por la Profesora Izaskun.

¡Que increíble! Ahora hasta la policía le pedía ayuda a la Profesora Izaskun. Se mordió para no preguntar si estaba agendada, acostumbrado a aquellos vivos que querían tener una consulta sin coordinar previamente. La reconoció por la manos vacías. Pero, como se trataba de la policía, tal vez sería algo urgente. Una persona desaparecida quizá, o incluso algo más complicado.

– Dele unos minutos, que esta atendiendo –

dijo Wilson.

– ¿Le sirvo algo? – preguntó intentando romper el hielo, para ver si podía averiguar de qué se trataba antes de que consultaran a la Profesora.

– No, gracias. Estoy de servicio – respondió cortésmente la agente.

Eso confirmó las sospechas. Seguro andarían detrás de algo grande y no estaban pudiendo con las técnicas convencionales. Ella siempre estaba dispuesta a ayudar. A lo mejor ya había colaborado alguna vez y él ni se había enterado.

La señora apareció caminando por el pasillo. Salía del consultorio, y la Profesora Izaskun salió detrás de ella.

–Muchas gracias por el pollo relleno, Doña Teresa – le dijo – me quedo muy contenta por usted.

– ¡Dios la bendiga! – respondió la paciente, saludó a Wilson con dos besos y se fue.

La Profesora Izaskun llevó la bandeja con el regalo a la cocina, y volvió al recibidor, donde la esperaba la joven policía.

– Profesora Izaskun? - preguntó.

– Soy yo. ¿En qué te puedo ayudar? – preguntó.

– Vengo a pedirle que venga conmigo a la comisaría – respondió la agente.

– ¿Se puede saber por qué asunto? – replicó la Profesora Izaskun, intrigada.

– Lamentablemente no tengo esa información, pero el comisario quiere hacerle algunas preguntas – respondió.

Wilson se moría por saber de que se trataba. Tanto misterio le llevó a pensar que a lo mejor era un asunto de seguridad nacional. Había escuchado que el Papa vendría al país de visita. Tal vez sería por eso, para protegerlo. O al Presidente.

La Profesora Izaskun pidió un momento para agarrar algunas cosas. Se pasó un peine de dientes gruesos, repasó el labial con un rojo intenso, metió en la cartera el mazo de Tarot y sus documentos, y se fue con la joven.

El comisario le dio las buenas tardes, y la invitó a tomar asiento. Le explicó que tenían un caso un poco entreverado y que estaba convencido de que debía hacerle algunas preguntas.

– Con mucho gusto – respondió de inmediato la Profesora Izaskun – , siempre pueden contar conmigo. Metió la mano en la cartera, sacó su mazo, y lo colocó sobre el escritorio.

– Piense bien la pregunta – agregó, abriendo bien los ojos.

– No, señora, no es una pregunta al Tarot. Son preguntas para usted – dijo el comisario, y se puso frente a la máquina de escribir.

– ¿Conoce a la señora Leonor Olivera Martínez? - preguntó el comisario.

– ¿Leonor Olivera? Claro, ¿cómo no recordarla?, si fue mi primer paciente – contestó la Profesora Izaskun.

– Bueno, en la habitación de al lado tengo a su marido todo magullado denunciando que lo atacó porque usted le dijo que la engañaba – explicó el comisario.

Minutos antes, el señor había declarado que estaba dispuesto a contarle lo que pasaba con Ramonita, la vecina de enfrente; pero que no había habido infidelidad ninguna, porque él no estaba

interesado en formar una nueva familia. Para él no tenía importancia alguna.

– ¿Y la señora? - se interesó la Profesora Izaskun.

– La señora está en el hospital con una crisis nerviosa – respondió el comisario.

– Yo leí lo que las cartas respondían a su pregunta, nada más – dijo la Profesora Izaskun, temiendo cometer alguna falta al secreto profesional.

– Muy bien, muchas gracias – dijo el comisario.

–Puede retirarse – añadió. La Profesora Izaskun le dejó al comisario el número de teléfono, y se puso a las órdenes por si necesitaban de sus servicios. De pasada, dejó uno de sus amuletos a la joven agente que rato antes la había ido a buscar.

– Para que te proteja, querida – dijo, y salió de la comisaria.

Tomó un taxi en la esquina, y pidió que la llevara a la calle Tristán Narvaja. Aprovecharía a comprar el libro sobre las gemas, y algún otro de

Tarot, porque, como había visto recién, si se iba dedicar a eso debía aprender a controlar mejor sus poderes.

Parte V

El periplo de Anosh

Capítulo 1

Cuando cayó la noche, Anosh Ardehi salió silenciosamente de la cueva de los montes Zagros por una pequeña grieta entre las rocas y descendió por una peligrosa parte de la montaña a la mayor velocidad que pudo.

A pesar de la espesa nieve, no era imposible para él que desde pequeño recorrió aquellos despeñaderos sin jamás sentir miedo. Era su hogar, decía, y había practicado allí la cetrería desde que tenía memoria.

En esa inaccesible cueva de la interminable cordillera guardó, junto a su padre, un pequeño

tesoro. Monedas sasánidas, algunos brazaletes empedrados con gemas talladas, dos delicadas lámparas de aceite, y unas cuantas vasijas de plata tallada, previendo posibles asaltos de ladrones ambulantes. Los cuatro largos años de guerra civil propiciaron la aparición de bandidos nómadas, que aprovecharon el caos en el Imperio para su desenfrenado saqueo.

Durante el reinado de Yazdegerd tercero, el rey niño, Anosh Ardehi fue enviado a Gundeshapur, a la Academia. Allí, además de pahlavi aprendió griego y árabe, de los que tradujo varios textos durante su refinada educación. Leyó los veintiún libros creados por Hormizd y traídos por Zoroastro, el abestāg, como lo conoció en pahlavi.

Abu Bakr, yerno del profeta del Islam, asumió el califato Rashidun en Medina. Aprovechó la debilitada situación del imperio sasánida, después de siglos de guerra con los bizantinos, y luego una guerra civil. Envió a su brillante comandante

Khalid ibn al-Walid y, durante esa invasión, los miembros de las familias reales que pudieron huir lo hicieron. Durante su huida, ocultaron los más preciados tesoros familiares, obras de arte, dinero, y todo lo que pudiera ayudar luego a armar un ejército para restablecer el orden, y a su casta en el poder, como hizo Anosh Ardehi. El conocimiento de la lengua de sus enemigos lo ayudó a escapar sin demasiados inconvenientes.

Festejó el fin del invierno con una humilde versión de fesenjan, que preparó el solitario orfebre que le alojó durante tres semanas en su huida. Dejó el pequeño medallón de plata con el Simurgh en agradecimiento al fiel vasallo que lo protegió durante su penoso escape, y continuó hacia el norte, donde se proponía reunirse con otros miembros de la familia real a orillas del Mar Caspio. Desde allí organizarían la revuelta.

La crónica, cuyo manuscrito se conserva parcialmente en el Museo de Bagdad, no permite saber si Anosh Ardehi finalmente llegó al Mar Caspio, si fue atrapado por los invasores, o si murió

vulgarmente, tal vez mordido por una serpiente, o asesinado durante un asalto en el camino.

El cronista, acaso documentando los relatos orales que pudo obtener sobre el periplo de Anosh, lo hizo en lengua árabe. Por eso, la Dra. Nassiri, arqueóloga de la Universidad de Tabriz, afirma que podría haber sido redactado por un emisario del califa Abu Bakr, enviado para rastrear a los fugitivos de la familia real. Es posible, ha dicho la investigadora persa, que el emisario haya sido atacado por la resistencia sasánida y haya sido forzado a abandonar la crónica, o incluso, que los manuscritos que transportaba hayan sido robados por viles asaltantes de los caminos. Esta última posibilidad, planteada por el Dr. Richardson de la Universidad de Ottawa, es la que menos agrada a la comunidad científica iraní, porque no explica cómo se habría podido preservar el manuscrito durante mil quinientos años. Especular que haya sido comprado por algún acaudalado coleccionista a bandidos de poca monta en el siglo séptimo es altamente improbable, ha dicho

la Dra. Nassiri a los medios especializados.

Capítulo 2

El ritual comenzó con Leonel Giucci colocando el disco sobre la bandeja, diciendo su habitual:

– Este disco es una obra maestra del jazz. Es un regalo que mi gran amiga Martha me hizo hace muchos años – agregó para los presentes mientras llevaba con delicadeza el brazo con la púa sobre el vinilo.

Inmediatamente se oyeron las primeras notas del piano de la virtuosa Vitória Altmann, y unos instantes después comenzó el deleite con la banda completa de Eddy Nascimento. Mientras servía una copa de jerez a sus invitadas, sonó el timbre.

Giucci se ausentó un momento y regresó con un joven de barba vestido de blanco.

– Quiero que conozcan a Ahmed Aziz. No se dejen engañar, es el más feroz oponente en el ajedrez que puedan imaginar.

El joven mostró una tímida sonrisa, y pareció sentirse muy halagado con las palabras de Giucci.

– No, no; él es el verdadero maestro – dijo Ahmed con humildad, refiriéndose a Giucci, con un casi imperceptible acento extranjero.

– De ninguna forma puedo aceptar eso – replicó Giucci. Hemos jugado tres partidas, y en las tres he sido derrotado como un principiante. Pero ya veremos si tienes la misma suerte con el backgammon – bromeó Giucci.

– Además, Ahmed tiene una pastelería en la Avenida Brasil, y hace las mejores delicadezas de oriente que pueden conseguirse de este lado del mundo – elogió Leonel Giucci a su nuevo invitado.

– Hoy, además de la *caponata alla palermitana*, tendremos unos postres majestuosos que ha hecho Ahmed con sus propias manos – anunció.

– ¡La cena y los postres estaban deliciosos! – dijo Matilde Tsakis, luego de limpiarse la boca cuidadosamente con la servilleta de tela y beber un trago de agua con limón.

– Increíbles – dijo, brevísima, Martha Goldman.

Y añadió, bromeando:-

– No piensen que por esto Matilde y yo les tendremos piedad en la canasta.

Todos rieron.

La partida se hizo un poco más larga de lo habitual, porque Ahmed Aziz era tanto o más hábil en la canasta que en el ajedrez. Un oponente digno de la dupla Tsakis-Goldman, que ocasionalmente jugaba junta, cuando alguno de sus compañeros habituales no podía asistir por algún motivo.

– ¿Todo lo que preparas en la pastelería es así de bueno, Ahmed? – preguntó Matilde Tsakis, casi sobre las diez y media.

– Tratamos de mantener lo mejor posible los

sabores tradicionales de Siria – respondió Ahmed.

– Mi hermana mayor, Samira, es la verdadera experta. Yo simplemente soy un aprendiz. También ella me enseñó a jugar ajedrez, y me convenció de venir a Sudamérica – agregó.

– Hablas muy bien el español, casi no se percibe tu acento, Ahmed – dijo Martha Goldman.

– Bueno, fui aprendiendo desde niño con los turistas españoles en mi país. Mis padres tenían una pequeña tienda de antigüedades en Aleppo, antes de crisis. Leo mucho, y miro muchas películas en español. Estando aquí es mas fácil eso también – respondió él.

– Hay algo que me gustaría que vieses un día – dijo Matilde Tsakis. Es algo que conseguí en un viaje, y a lo mejor tú puedas decirme de que se trata. ¿Qué les parece si el sábado vamos todos a navegar? No puedo competir con la *cucina* de nuestro amigo Giucci, pero puedo sacudirlos entre las olas por un rato – bromeó Matilde Tsakis.

Matilde Tsakis apareció con una pequeña caja

de cartón, llena de pedazos de cerámica envueltos en papel de diario, como si fuesen platos rotos. Algunos pedazos, más grandes, tenían dibujos pintados representando la cosecha de la vid. Otros, algunos venados. En casi todos ellos había complicadas guardas pintadas con delgadas líneas de color azul.

– Los encontré en un mercado de pulgas en Salónica el año pasado, cuando recorrí Grecia. Me parecieron hermosos y los compré – explicó Matilde Tsakis. Luego, al mirarlos bien, me pareció que los grabados podrían ser letras, y quizá podría saber algo más sobre ellos. Se me ocurrió que a lo mejor tú podrías leerlos, Ahmed. Parecen antiguos – dijo Matilde Tsakis, entregando uno de los trozos a Ahmed.

– Esto es caligrafía, pero no árabe, sino persa. ¿Ves esta letra, y esta? No se usan en lengua árabe. Esta línea que une esas dos letras, ahí – señaló delicadamente – , se usa en el farsí. ¡Tienes muy buen instinto! – dijo Ahmed.

– La mayoría de las personas, amiga mía, son

tan simples que sólo ven lo que esta delante de su nariz. A veces ni eso, y sólo pueden ver lo que son capaces de imaginar que podría estar delante de su nariz – agregó.

– Tú lograste ver entre pedazos de platos rotos la antigüedad, y esta hermosa caligrafía. No puedo yo entender la escritura, pero puedo apreciar su belleza. Se ven antiguos, si. Yo no soy anticuario, sólo estoy acostumbrado a ver antigüedades.

– Nos quedaremos sin saber qué dicen, pero ya sabemos que dicen algo, y que probablemente vengan de Persia – dijo Matilde Tsakis.

– Si quieres saber podrías consultar en la embajada de Irán, alguno de sus agregados culturales quizá podría verlos. Ellos hablan farsí; esto podría interesarles – sugirió Ahmed.

– Si son piezas históricas tal vez puedas llevarlas a un museo, hasta les pondrían un cartel: “donación de Matilde Tsakis” – indicó bromeando Leonel Giucci.

– O devolverlas a donde pertenecen – acotó Martha Goldman. La imagen de la planta en el

trozo de plato se parecía mucho a una Efedra, una planta medicinal que la Dra. Goldman conocía muy bien.

El atardecer sobre el mar fue maravilloso. El espectáculo de tonos rosas, anaranjados, y finalmente rojizos al terminar de ponerse el sol, y su reflejo sobre las ondas del agua, fueron memorables. Al regresar a puerto, el cielo, ya completamente despejado, les dio un último regalo con una vista privilegiada de la Vía Láctea. Agradecieron a Matilde Tsakis por el hermoso paseo y se despidieron elogiando la belleza de la noche. Ahmed señaló que era una de las grandes fuentes de inspiración de la poesía árabe antes de subir al auto.

Capítulo 3

La provincia de Marv, situada en el extremo noreste del imperio, y al suroeste del imponente desierto de Garagum fue un importante centro religioso desde el nacimiento de la luna. Anosh lo sabía bien. La idea de refugiarse de la persecución de los musulmanes allí, en la cuna de Zarathustra, le pareció natural.

En la Academia había aprendido que el Templo del Fuego, situado sobre una loma circunscripta a una muralla rectangular de gruesas paredes de adobe, tendría en sus esquinas torres huecas y semitorres a lo largo de todo el perímetro. Allí es-

tarían seguros. Pedirían consejo a los sacerdotes, que prepararían el brebaje legendario de Flores del Amor que les permitiría entender el mundo entero.

El jugo de la hierba de la inmortalidad, Haoma, no sólo le protegería a él y a los suyos, sino que le permitiría resucitar a los muertos. Anosh había razonado que si podía contar con un ejército de soldados venidos desde el principio de los tiempos, el plan para restaurar el imperio no podría fallar. Para resucitar ese enorme ejército, debería contar con una gran cantidad de este brebaje, y en el Templo tendrían las tinas, los ralladores de piedra, las amoladeras, morteros y majaderos necesarios para prepararla, alcanzar la *amurdād* y revivir los *anosharawan*. Leche y cebada no faltarían.

Su propio nombre, Anosh, Inmortal, le había dado la idea. Los platos ceremoniales que había traído de Gundeshapur, con el dibujo de la Haoma, y la Oración de la Inmortalidad en el ribete, lo habían convencido de ejecutarla.

Escribió los mensajes en arameo, como era costumbre para los asuntos administrativos, y envió mensajes a sus parientes y amigos usando los pirradazish, jinetes expertos que entregaban los mensajes recorriendo caminos y pasándoselos en estaciones, como postas. El antiguo correo era uno de los grandes orgullos del imperio.

En el fortificado templo, lo estarían esperando. Las libaciones ceremoniales estarían listas. Sus parientes habrían comenzado a preparar las tropas. Él sólo debería descansar, hacerse inmortal, y regresar a restaurar el imperio.

Capítulo 4

La lluvia de agua tibia sobre su espalda se volvió muy disfrutable. La sensación del cabello mojado le recordó algún baño en un pequeño salto de agua en el África profunda. Respiró relajada y cerró el grifo. Observó el agua irse por el desagüe. Fue acercándose al sumidero hasta tenerlo muy cerca de sus ojos. De pronto sintió que el hueco era más grande, o su cabeza más pequeña.

¡Los huesos! Pensó, y un terror se apoderó de ella. Pero los huesos no serían un problema, porque no formaban ya parte de su cuerpo. Se relajó.

Poco a poco sintió su cuerpo entero entrando por la cañería, pero manteniéndose unido, como una gelatina o un flan. Le molestó la imposibilidad de ver en la oscuridad de los tubos, y aún más el serpenteo de su cuerpo al pasar por el sifón. La tranquilidad de estar rodeada de humedad la reconfortó. Podría respirar y su cuerpo no se secaría.

Oyó unos ruidos sordos y metálicos, como adentro de una lata de sardinas. El agua se hizo más fría, y su cuerpo se expandió al salir de las cañerías. Alcanzó a ver una luz, la luz del sol sobre el agua. Vio unas figuras que se movían y dejaban un paquete a orillas del río. Vio al antílope correr alejándose, y al rey y su gente ir tras él. El hijo de Kalondi, que estaba encerrado en el paquete, se puso a comer ruidosamente las semillas. Un pez. Sólo un pececillo curioso. No la amenazaba, porque era demasiado grande para él. Un *diula* abrió el paquete, y salió el hijo de Kalondi. Lo cubrió con la piel de vaca, lo metió en el paquete y se fue. El río la arrastraba corriente abajo, y se

sobresaltó con las piedras del fondo en una zona de aguas muy someras. Por suerte resbalaba sin que las piedras dañaran su cuerpo; o si lo hicieron en alguna medida, no fue capaz de notarlo. A medida que la velocidad disminuía vio personas caminando. Intentó asirse a unas plantas, pero, en lugar de tomarlas con la mano, enroscó todo su cuerpo al vegetal aferrándose con fuerza. El sol calentaba, y a medida que subía por el bejuco sintió que su cuerpo se expandía.

Makembe corrió hacia ella con los pequeños frutos de color naranja y forma de botella. Se dio cuenta que no la veía, así que intentó gritar para advertirle pero en lugar de sonidos salieron burbujas de su boca. Intentó acercarse. Estiró la cabeza y la región torácica, pero debía soltar el bejuco y cruzar el agua. Al soltarse, el torrente la volvió a arrastrar rio abajo. Si no lograba salir de allí, el N'Komi la arrastraría quizá hasta la laguna, o incluso hasta el Atlántico. Cerró los ojos y esperó. Tiempo no quería decir nada en sus circunstancias.

No sabemos cuánto esperó con los ojos cerrados. Recordó a Makembe. Seguramente habría comido ya alguno de aquellos frutos y estaría caído, paralizado, inerme. Sintió el verdadero calor. Un calor enfermizo, de mosquitos y de malaria.

Abrió los ojos esperando ver a Makembe, pero vio a Djabouta, el sanador de los Mitsogos, recibiendo algo en agradecimiento de manos de un pigmeo Babongo. Djabouta la miró y le sonrió. El riñón derecho que ella le había salvado del disparo de los militares, luego de una terrible lucha con los Bakeles le valió su veneración eterna.

Los enormes árboles de la verde espesura se veían como un gran telón detrás del viejo sanador. Sabía que ella estaba ahí, y la ayudaría. Escuchó su canto. Recordó su voz:

– *Na bwiti a besu* – le había dicho.

Ella lo repitió. Nunca había iniciado en el Bwiti a una mujer. Ahora Martha había hecho el juramento. Djabouta volvió a sonreír con su rostro todo pintado y dijo algo que Martha no alcanzó a entender. Se dejó llevar por la corriente, que

se hacía cada vez más fuerte. Sintió que algo la succionaba hacia abajo, como un vórtice; otro desagüe, otro sifón quizá.

Se sintió caer y golpear contra el suelo. Por suerte no tenía huesos. De lo contrario, se habría roto alguno. En ese momento sintió que la parte posterior de su cuerpo no estaba, pero pronto cayeron las gotas desde el duchero, llevando con ellas el resto de su gelatinoso cuerpo, que pronto volvió a unirse. Cerró los ojos y esperó. Gracias Djabouta, pensó, y lamentó no poder recordar como decirlo en tsogo.

Cuando volvió a abrirlos temblaba. Encontró que la luz del baño era excesiva, y entrecerró los ojos. Fue ahí cuando vio que los azulejos del baño estaban decorados con el mismo dibujo de la planta en el trozo de plato que le mostró Matilde Tsakis. Los volvió a cerrar.

Despertó en posición fetal en el fondo de la bañera. Djabouta le había mostrado el antílope huyendo de sus perseguidores y el dibujo en los azulejos, que ya habían vuelto a ser lisos. El men-

saje era claro. El dibujo debía ser protegido. Gente poderosa lo perseguiría, como al antílope.

Siete horas. La última vez en la Mbandja con Djabouta, había durado al menos un día; y el malestar dos más. La Dra. Martha Goldman durmió esa noche un sueño reparador.

A la mañana siguiente, una vez en la ducha, pensó en no mirar hacia el desagüe, por las dudas; aunque sabía que esa experiencia había sido para ella, sólo en aquel momento, y no regresaría jamás. Diecinueve años antes había aprendido de un médico brujo bantú a usar la iboga para tratar la enfermedad del sueño. Su planta no tenía el tamaño de las que usaban en África, pero su raíz todavía podía masticarse y conectarla con los Bwiti.

Cuando llamó a Matilde Tsakis, ya eran las diez de la mañana. Había pensado durante dos largas horas cómo le diría que aquel trozo de plato no debía volver a ser descifrado. Para proteger

algunas cosas, lo mejor es el olvido.

– Matilde, quedé muy impresionada con el trozo de plato que tiene el dibujo de la planta de las frutitas rojas – dijo Martha Goldman, casi avergonzada.

– ¿En serio? Yo tengo que confesarte que a mi es el que menos me gusta – respondió Matilde Tsakis.

– Se parece mucho a un dibujo que hizo una amiga en Costa de Marfil hace muchos años, y que perdí en una explosión – agregó Martha Goldman.

Todo era cierto.

– ¿Por qué no te lo quedas? - dijo enseguida Matilde Tsakis.

– No sé. Si es una antigüedad me siento un poco indigna de tenerlo – respondió Martha Goldman.

– Te lo voy a separar. Así, cuando vengas para ir conmigo a la embajada, ya te lo puedes llevar – remató Matilde Tsakis, dejando saldado el asunto.

La Dra. Martha Goldman se sintió en paz. Djabouta y los Bwiti sabrían por qué.

Capítulo 5

– Por aquí, por favor. El Dr. Alizadeh les espera en su despacho – dijo el funcionario de la embajada.

El embajador resultó ser un hombre muy amable y de finísimo gusto para el arte, con un raro y marcado acento de España, sin parecer español ni por un instante.

La gran sala estaba adornada por dos enormes alfombras persas haciendo juego. La paleta de colores con que se habían confeccionado las cortinas y algunos tapizados también armonizaba con las dos alfombras. Un intenso perfume com-

pletaba la ambientación. La Dra. Martha Goldman descifró rosas y acaso algo de almizcle en aquella esencia. Sea lo que fuere, era muy buena e impactó a Goldman y Tsakis al entrar allí.

– Bienvenidas. Me ha dicho el Dr. Giucci que necesitabais encontrar un intérprete de persa. Como no se me ocurrió ningún nombre decidí ayudaros yo mismo – bromeó el embajador.

– La verdad es que cuando mencionó unos objetos históricos no pude contenerme para verlos. Sabed que antes de dedicarme a la diplomacia fui académico. Historiador, en mi alma mater, la Universidad de Tabriz, y luego en Madrid como profesor visitante.

Luego del breve resumen de su currículum, el embajador escuchó el relato de Matilde Tsakis explicando cómo había comprado aquella caja con objetos en un mercado de la calle Solomou en Salónica.

El embajador Alizadeh señaló una pequeña mesa cubierta con una gruesa tela de paño. Matilde Tsakis dejó allí la caja, la destapó y quedaron a

la vista los trozos de vajilla decorada. Cuidadosamente tomó uno de los trozos, el más grande, y lo miró por el derecho y el revés. Luego examinó la fractura por donde se había quebrado de su forma original o de algún pedazo más grande. Miró varios otros y dijo:

– Parece que vienen de varias piezas de vajilla de distintas épocas. Algunas parecen ser muy antiguas, aunque no creo que tengan valor comercial porque están muy rotos. El material de éste, fijaos en la superficie, es fino y tiene un acabado parecido al de la porcelana china. Eso nos dice que la industria ya estaba muy avanzada, y que además de la arcilla blanca tiene polvo de cuarzo o vidrio. Posterior al siglo once, digamos. Estos otros, por ejemplo, podrían ser anteriores.

– Algunos de los motivos pintados son muy bellos. Este con la vid, es de los antiguos, y la caligrafía, estos dibujos que veis aquí en el borde – explicó –, es muy bonita. Realmente buena. El del venado…

– Disculpe – interrumpió la Dra. Goldman –

¿puede entender lo que dice?

– Si – respondió el embajador. Pero no es sólo lo que dice, sino cómo esta ejecutada. La caligrafía es para oriente una forma de llevar a la escritura la belleza de la palabra hablada, la musicalidad, el ritmo, la vida. Una dimensión artística de la escritura que el mundo occidental ha olvidado – añadió el Dr. Alizadeh.

– Ibn Muqla fue un calígrafo de Bagdad a comienzos del siglo diez, y creó un método, una letra proporcionalmente perfecta. ¿Ve esto? – dijo, señalando sobre su escritorio un pequeño trozo de caña con un corte en la punta, que recordaba una antigua pluma.

– Es un cálamo, para escribir con tinta. Es la herramienta del calígrafo. Cuando lo apoya sobre el papel, dibuja un punto con forma de rombo. Usando la idea de los rombos, y la cantidad que deben entrar en cada letra, Ibn Muqla creó sus estilos, matemáticamente perfectos, *al-aqlam al-sitta*, las seis plumas, o estilos proporcionados. En el mundo de la caligrafía en letra árabe, algunos

lo han llamado el Profeta de la Caligrafía.

– Siglos más tarde, nuestro país también engendró un gran maestro calígrafo, Mir Ali Tabrizi, cuyo estilo, el Nas-Taliq es muy popular incluso hoy en día. Sus letras parecen colgar de una cuerda imaginaria. Es algo muy especial; y vivió en mi ciudad – dijo con orgullo el embajador.

– Son piezas que podrían estar en un museo. Si no le parece mal podría estudiarlos con detenimiento, y consultar a algunos colegas que saben mucho más que yo de esto en Tabriz o Teherán. A lo mejor mi gobierno podría estar interesado en comprarlas, incluso – dijo a Matilde Tsakis.

– Claro, no hay problema. ¿Usted nos podría avisar si averigua algo más, por favor? – respondió Tsakis.

– Por supuesto. Déjeme su número de teléfono. Si en dos semanas no la he llamado, por favor llame a este número y pregunte por mi – dijo, entregándole a Matilde Tsakis una elegante tarjeta.

Capítulo 6

Pasaron casi dos semanas cuando Matilde Tsakis recibió la llamada de la embajada. Le explicaron que el embajador estaba de viaje, pero había encargado que le dieran el mensaje de que su gobierno estaba interesado en los trozos de cerámica; que serían importantes para la investigación universitaria, y que él, personalmente, la llamaría a su regreso.

– Finalmente me llamó, y me explicó que la escritura de dos de las piezas tenía fragmentos de un período de la historia en que estaba trabajando una Profesora de Tabriz. Aparentemente,

hablaban de la vida de un príncipe que huyó cuando los árabes invadieron Persia, hace unos mil quinientos años, aunque las piezas son bastante más recientes. Ha prometido mantenerme al tanto, y me ha invitado a un taller sobre poesía y caligrafía persa que organiza su esposa – contó a sus compañeros Matilde Tsakis.

Todos rieron.

– ¿Vas a vendérselas finalmente, Matilde? – preguntó Ahmed, mientras robaba una carta del mazo.

– No. Decidí seguir el consejo de Martha y donarlas a la Universidad de Tabriz. A fin de cuentas es su historia. Yo simplemente rescaté unos pedazos sueltos de otro destino, aunque, por momentos, siento que es como estar viendo una película – dijo Matilde Tsakis, y jugó un tres de tréboles.

– Pero es real, Matilde, y eso te pone en una posición privilegiada. En esta época, la gente tiene tan poca imaginación que compra sueños prefabricados – dijo la Dra. Goldman.

– ¿Y no ha sido siempre así? – interpeló Leonel

Giucci.

Y agregó:

– Piensa en la historia de los cuentacuentos, la literatura, luego el radioteatro, el cine, y finalmente la televisión o los videojuegos. Incluso esos mismos platos son historias contadas para otras personas.

Anosh, inmortal, acaso sonrió.

Parte VI

La soprano húngara

Capítulo 1

Montevideo, 13 de mayo de 1993

Agua. Solo se ve agua, pensó. Cuando ya no pudo contener más la respiración, subió a la superficie. La piscina tenía bastante gente a esa hora. Mujeres y hombres de diversas edades aprovechaban a descargar tensiones, ejercitar el cuerpo, o enfocar las ideas. Quitó el cloro de su cuerpo bajo la ducha y, en el vestuario, mientras terminaba de vestirse, decidió que ya era hora de dar la noticia a su amiga.

Llegó a su casa, tomo el teléfono y discó.

– Hola – dijo la voz.

– Hola Martha, soy Matilde. Tengo una invitación para hacerte.

– ¿Una invitación? Dime... – respondió Martha Goldman.

– Voy a hacer mi primera presentación en público tocando el violonchelo – dijo entusiasmada Matilde Tsakis.

– ¡Qué maravilla! ¿Cuándo? ¿Dónde? – preguntó Martha Goldman.

– En el teatro Miguel Young de Fray Bentos. El sábado veintinueve. Es un teatro muy antiguo, ¿sabes? Cumple ochenta años y lo celebra con una gala de ópera. Estoy emocionada, Martha – dijo Matilde Tsakis a su amiga.

– Por supuesto que iré encantada. ¿Qué vas a tocar? – preguntó Martha.

– Eso es lo mejor de todo, voy a acompañar a la orquesta sinfónica nacional en una ópera. Vamos a presentar La Traviata, de Verdi – respondió Matilde.

– Maravilloso, Matilde. ¡Felicidades! Cuenta con mi presencia – sentenció Martha.

– Gracias, sabía que podía contar contigo – agradeció Matilde.

– Muchas gracias por la invitación. De vez en cuando hace bien ponerse elegante e ir a ver un buen espectáculo – dijo Martha Goldman.

– Claro – rió Matilde – intentaré conseguirte un buen lugar.

– Excelente. Espero tu llamada – dijo Martha.

– Adiós.

– Adiós.

Diez días antes del evento, Martha Goldman logró convencer a la Sra. Ellis, su amiga y vieja compañera de juego en las noches de canasta, de que la acompañara hasta Fray Bentos.

La Sra. Ellis era elegante; mucho más que ella, por supuesto. Esto preocupaba un poco a Martha Goldman. Sin embargo, casi una semana antes del evento, Martha ya había elegido la

ropa que se pondría para la ocasión. Un traje de dos piezas azul, muy sobrio, incluso elegante, que contrastaba bastante con su vestimenta cotidiana, mucho menos ajustada.

Su estilo habitual era más bien informal, podría decirse, aunque quizá las palabras que mejor definían su guardarropas eran *de fajina*. Desde sus tiempos en las selvas del África tropical, Martha Goldman había adoptado la vestimenta práctica y liviana, pero resistente.

Como compradora era exigente. Siempre buscaba tejidos de color natural, resistentes a encuentros casuales con ramas, barro e insectos. Algunas de sus amistades estaban convencidas de que mucha de su ropa no la compraba en las tiendas, sino en alguna armería. No reparaba en gastos a la hora de comprarla porque, como ella misma decía, estaba comprando para toda la vida.

Poco tiempo atrás, había invertido una suma considerable en un calzado importado que venía reforzado con Kevlar; un material que, según

le confió a su amigo Leonel Giucci, había desarrollado una química polaca y se usaba en la confección de neumáticos y chalecos antibalas.

Capítulo 2

Fray Bentos, 29 de mayo de 1993

El aire pesadamente húmedo de Fray Bentos disgustaba a la Sra. Ellis. Las bonitas flores que cubrían parte de la glorieta de la plaza principal de la ciudad no mejoraban su humor.

Por la tarde, Martha Goldman la invitó a dar un paseo, y observar el Río Uruguay.

Cuando vieron el imponente edificio del ya centenario Frigorífico Anglo, quedaron maravilladas por su tamaño, y su aparente mal estado exterior.

– ¿Sabes Martha que desde aquí se exportó la mayor cantidad de la carne enlatada que llegó a Europa durante la Segunda Guerra Mundial? – dijo la Sra. Ellis.

– A mi padre le encantaba el corned-beef de aquí – comentó Martha Goldman. Creo que han dejado de producirlo – añadió.

– A veces una tiene la sensación de que las cosas llegan hacia aquí desde Europa, pero es increíble la cantidad de cosas que Sudamérica ha exportado hacia allá en épocas de guerra – dijo la Sra. Ellis.

– Este sitio parece pertenecer a otro mundo. Al de la revolución industrial – dijo, pensativa, Martha Goldman.

– Es una pena que no se lo preserve como patrimonio cultural. Estoy segura que habrían turistas dispuestos a pagar entrada para recorrerlo. Sería un museo estupendo – agregó la Sra. Ellis.

Al regresar al hotel descansaron una hora, se refrescaron, y se prepararon para ir a la ópera. Cuando se encontraron en el lobby del hotel, la

Sra. Ellis elogió la elección del atuendo de Goldman enfáticamente. Martha Goldman agradeció cortésmente el cumplido, aunque aquellos comentarios de señoras elegantes le parecían puro palabrerío. Las suturas con menos seda de la necesaria en el hospital de campaña, la lucha por salvar riñones apuñalados en conflictos armados, los parásitos tropicales y todas las variantes febriles imaginables, habían templado su espíritu de manera muy diferente a la de su refinada amiga, la Sra. Ellis.

La esquina del teatro estaba muy iluminada. La antigua construcción se veía mas bonita que durante las horas de sol, y daba testimonio elocuente de la gloria económica que supo tener la ciudad algún día.

Mucha gente esperaba para ingresar a la sala, pero eso no preocupaba a Martha Goldman y su amiga, la Sra. Ellis, porque Matilde Tsakis, que integraba la orquesta esa noche, les había conse-

guido un palco, a un par de metros del escenario, a precio especial.

Desde allí podían ver todo el escenario de forma privilegiada. Buscaron con la mirada a su amiga Matilde, que fue fácil de ubicar gracias a su brillante violonchelo. Llevaba un vestido negro largo, con su largo y brillante cabello, también negro, recogido en un moño, tan tirante, que parecía que sus cejas estaban más altas que de costumbre, y sus ojos más rasgados.

Apareció un presentador de traje, que agradeció en primer lugar la presencia de las autoridades municipales, y comenzó una larga perorata repasando fechas y galas memorables del teatro. Luego destacó la presencia de la orquesta sinfónica nacional con su célebre directora y coro, y culminó destacando la estrella invitada de la noche, la gran soprano húngara Krisztina Fejér en el papel de Violetta.

Antes de comenzar la obra, la Sra. Ellis le susurró a Martha Goldman:

– ¿Ya has visto La Traviata alguna vez?

– No. Ésta es la primera – respondió Martha.

– Es mejor el libro de Dumas – comentó la Sra. Ellis con un aire indiferente, pronunciando el apellido en perfecto francés.

La Directora de orquesta apareció en escena, y el público la recibió con un aplauso. Paulatinamente se fueron iluminando los atriles de los músicos que, ante la intensificación del aplauso, se fueron poniendo de pie aceptando el aplauso a cambio del elogio de su presencia. Rápidamente tomaron asiento. La Directora tomó la batuta, y las cuerdas comenzaron a sonar suavemente.

Martha Goldman sintió que se trasladaba en tiempo y espacio a un lugar más refinado, más privilegiado que de costumbre.

El primer movimiento fue breve y pacífico. Luego de una pequeña pausa comenzó el segundo movimiento, muy animado. De inmediato se iluminó el escenario con personajes ataviados con pomposos vestidos con miriñaque o trajes

con moña. La escenografía era propia de un salón de baile de la nobleza europea del siglo diecinueve. En el salón de la casa de Violetta, las damas de la corte se abanicaban, mientras los personajes principales cantaban con copas flauta en sus manos forradas de guantes blancos.

Cuando Violetta y Alfredo hicieron el brindis a todo pulmón junto al coro, el público ovacionó con aplausos y los actores llevaron las copas a sus labios. Krisztina Fejér era sin lugar a dudas una Violetta fabulosa, con su abundante y voluminoso cabello rubio arreglado a la moda cortesana y una potente voz de soprano. Quien interpretaba a Alfredo, en cambio, era un tenor excelente, pero su porte no parecía encajar en el papel.

La ópera debe conjugar varias capacidades artísticas, líricas y actorales, y es en éstas últimas que el primer tenor se quedaba corto.

La obra prosiguió a todo coro, hasta el momento en que Violetta se siente mal, y el coro se retira. La tensión escénica bajó.

Violetta y Alfredo quedan solos en escena, y él

aprovecha la oportunidad para declararle su amor. Violetta lo rechaza con palabras, pero se acerca, cantando a dúo, e incrementando la tensión de la escena, que culmina con un apasionado beso, y otra ovación del público.

El final del primer acto fue impresionante. Krizstina Fejér desplegó todo su registro vocal, y el telón se cerró con magnificencia. El elenco salió luego por delante del telón a cosechar más aplausos. Violetta y Alfredo se tomaron de la mano en el centro del escenario e hicieron una reverencia al público y el resto del elenco. El público ovacionó una vez más.

La Sra. Ellis aprovechó el intervalo para ir al tocador, mientras Martha Goldman se admiraba de la cantidad de público que había llegado de todo el país para la ocasión.

El comienzo del segundo acto fue un gran despliegue del talento vocal de aquel Alfredo, que permitió entender por qué había sido seleccionado para el papel, muy a pesar de sus contravenidas dotes actorales.

Matilde Tsakis tocaba con tanta pasión, que la débil iluminación que los atriles proporcionaban a la orquesta hacía parecer que lo hacía de ojos cerrados.

Violetta volvió a aparecer, y volvió a lucirse. Recibió la invitación para el baile sentada en un sofá, pero cuando entró el padre de Alfredo en escena, no se levantó. Tampoco respondió con sus líneas. Algo sucedió, que puso nerviosa a la Directora de orquesta, y a quien interpretaba al padre de Alfredo, que se acercó a la soprano húngara. Le dijo alguna cosa que el público, por supuesto, no oyó. Inmediatamente dijo con su vozarrón, ya no en italiano, sino en clarísimo español:

– ¡Un médico! ¡Esta mujer está mal!

La orquesta dejó de tocar, y comenzó a escucharse el murmullo de la gente quebrantando el respetuoso silencio que había imperado hasta el momento. La Dra. Martha Goldman tardó unos instantes en reaccionar, pero al ver que nadie respondía, y que por su cercanía al escenario convenía que interviniera, se levantó. Subió al es-

cenario y examinó a Krizstina Fejér. Rápidamente dijo:

– Llamen a una ambulancia.

El público incrementó el volumen del murmullo. Krizstina Fejér murió sobre las tablas en Fray Bentos, Uruguay, el veintinueve de mayo de 1993.

La agente Ariadna López y el agente Gonzalo García, que debutaba como policía de la comisaría de Fray Bentos, se constituyeron en el lugar. Registraron el camarín y tomaron algunas fotos y notas.

El jefe de Policía llegó doce minutos después a supervisar el operativo. No porque intuyera nada extraño, sino por la presencia del Intendente.

Al llegar al hospital, la ambulancia se encontró con un vehículo con matrícula oficial, dispuesto por el Ministerio de Relaciones Exteriores, listo para trasladar el cuerpo a Montevideo, según explicó el funcionario. En el vehículo viajó el cadáver, que luego sería entregado a un funcionario

diplomático de Hungría, junto con un documento que certificaba la muerte de Krizstina Fejér en la ciudad de Fray Bentos, Uruguay, a causa de una intoxicación alimentaria. El certificado llevaba firma y sello del Dr. Justo B. Licandro, de la Dirección de Sanidad Militar.

Cuando la Dra. Goldman llamó a su amigo Leonel Giucci, días mas tarde, para enterarse del resultado de la autopsia, Giucci, que trabajaba como consultante en el Hospital Militar, le comentó en confianza, que nadie allí conocía al Dr. Licandro.

Capítulo 3

San Andrés, 29 de enero de 1992

El cajón del Maipo es un cañón en la cuenca del río Maipo, al sureste de la región metropolitana de Santiago. Tanto en verano, cuando el verdor cubre las riberas montañosas, como en invierno, cuando la nieve destaca el increíble color turquesa de las aguas del río, encajonado entre los cerros blanquecinos, es el destino turístico por excelencia en las inmediaciones de la capital chilena. Una zona de enorme belleza, e inusitada tranquilidad para quienes habitan la convulsiona-

da ciudad capital.

– La noche está hermosa. El cielo se ve enorme. ¡Vamos a dar un paseo, Gerardo! – dijo Adriana.

– Vayan ustedes. Yo prefiero tener un momento solo, y quedarme a ver un poco de televisión – dijo el Coronel Huber a su familia.

El dueño de casa, Elwin, su hija y su yerno Hernán, junto con la familia de Huber, salieron. Luego de veinte minutos, el coronel recibió una visita.

– Todo está complicado – dijo Huber, mientras estrechaba la mano de su camarada de armas.

– Las cosas son más complicadas de lo que parecen - dijo Julio.

– Letelier está muy nervioso desde que lo destituyeron – añadió.

– Esto huele muy feo. Cuando le presenté la situación al General me mandó al psiquiatra – dijo Huber.

– Eso es malo - dijo julio.

– ¿Tienes los documentos?

– Acabo de quemarlos – contestó Huber.

– Has hecho bien.

– Va a ser mejor que desaparezcas por un tiempo. Todo el mundo está preocupado por el juicio. Aquí tampoco es seguro. Tienes contactos en Argentina. Ya arreglé lo de los pasaportes, pero no me pareció seguro que te los alcanzaran hasta aquí. Arreglé para que un mensajero privado te los alcance – dijo Julio.

– ¿Cuándo y dónde? - preguntó Huber.

– Nueve y media, en el puente El Toyo, en La Obra – dijo Julio.

La localidad de La Obra, en el kilómetro catorce de la ruta G-25, está ubicada en el cajón del Maipo. El poblado debe su nombre a las obras de construcción del Canal San Carlos, realizadas a principios del siglo diecinueve, por las que los obreros y sus familias se instalaron en el lugar.

La zona está llena de montículos y enormes plutones graníticos, formados por intensa actividad geológica a grandes profundidades, que han aflorado sobre la superficie. La cordillera de Los

Andes es sorprendente.

– Para mayor seguridad vayamos juntos. No te podía avisar por radio. Después de todo, Hernán es nieto del General. Tuve suerte de encontrarte solo – añadió Julio.

– Vamos. Ya casi es la hora – dijo Huber, y puso en marcha su Nissan.

Al llegar al puente, un vehículo esperaba. Hicieron señas con las luces y esperaron. Bajó un joven, dejó en el piso un pequeño paquete y se retiró. Esperaron casi diez minutos antes de bajar. Huber caminó por el puente hacia el lugar donde estaba el paquete, mientras Julio esperaba con el coche en marcha y las luces encendidas para iluminarlo. Por un instante Huber sintió que algo andaba mal. Levantó la mirada, como tratando de ver en la profunda oscuridad de la noche, pero un disparo calibre 7.62 destrozó su cráneo, y cayó al Maipo.

Julio apagó las luces del auto, limpió sus huellas, y dejó la puerta del conductor abierta, como había sido planificado. Se dirigió luego al punto

de encuentro, y él y los dos francotiradores se retiraron caminando hasta donde los esperaba un vehículo civil. El Sistema de Control de Bajas había operado con éxito. Berríos ya había sido dado de baja. Ahora Huber.

A las diez de la noche, cuando la familia de Huber regresó de su paseo y no lo encontró en la casa, todos se preocuparon, pero decidieron esperarlo.

Poco después de la medianoche, convencidos de que algo malo había pasado, iniciaron su búsqueda. A esa hora el cielo se había nublado, y la luz de la luna, que hubiera ayudado en su búsqueda, no estaba. Tampoco había linternas en la casa de San Alfonso. Así que tuvo que hacerse con los focos del coche y el sonido del claxon.

Cerca de las tres de la mañana hallaron el coche del Cnel. Huber, con la puerta abierta y las llaves sobre el asiento.

Se hicieron algunas llamadas, y en un par de

horas el Batallón de Inteligencia inició su búsqueda. A la mañana siguiente, la prensa informó de su desaparición.

Diecinueve días más tarde, el cuerpo del Cnel. Huber fue encontrado en un promontorio, una suerte de islote, a veintisiete kilómetros del lugar. La versión oficial del ejército chileno informó que una tremenda depresión había llevado al coronel a quitarse la vida.

Capítulo 4

Zagreb, 2 de diciembre de 1991

- Mayor General – dijo el comandante.
- Reporte – contestó el Presidente.
- El segundo brazo de la Operación Kraken ha fallado, señor. El cargamento de muestra ha sido interceptado – repuso el comandante.
- Refuerce el otro brazo. Active la Operación Celeste – ordenó el Presidente.

Capítulo 5

Budapest, 1 de diciembre de 1991

El equipo especial de la policía ingresó al aeropuerto internacional de Budapest. El aeropuerto se encuentra en el barrio Ferihegy, del que toma su nombre. En los siglos dieciocho y diecinueve, en esas tierras estuvieron algunos de los primeros viñedos de la región.

El avión acababa de aterrizar, luego de volar durante tres días desde el aeropuerto de Pudahuel, en Chile. En el allanamiento se confiscó el cargamento, integrado básicamente por muchas cajas

con un peso de once toneladas y el rótulo de Ayuda Humanitaria, proveniente del Hospital Militar chileno.

El informe de Inteligencia de las Naciones Unidas indicaba que las armas llegarían en un avión privado de la empresa Florida West, dentro de 36 cajas con supuesto material de ayuda humanitaria. Su destino era Sri Lanka, aunque su verdadero destino era Croacia, país de la ex-Yugoslavia en conflicto, sobre los cuales la ONU había declarado un embargo de armamento en septiembre para evitar una mayor escalada bélica.

En el dossier se detallaba la presencia de armas pequeñas, morteros, rifles, municiones y cohetes antitanque livianos en el cargamento, que serían ingresados a Croacia a través de intermediarios locales.

Seis días más tarde un periódico húngaro lo hizo público.

El Ministro de Defensa chileno se declaró sorprendido, y prometió llevar la investigación hasta las últimas consecuencias. Otras fuentes del go-

bierno declararon que se trataba de un pequeño cargamento, valuado en alrededor de doscientos mil dólares, con una muestra del armamento que podía ofrecer su país a un cliente. Agregaron que habían varios embarques más en preparación por un valor de seis millones de dólares, y que habían sido inmediatamente suspendidos.

Chile ya tenía un gobierno democrático, pero las fuerzas armadas aún estaban bajo el mando del ex-dictador, el Gral. Augusto Pinochet. El gobierno destituyó al entonces director de la Famae, la fábrica de armas del ejército, el Gral. Héctor Letelier.

Capítulo 6

Santiago, octubre de 1991

Yves Marzaile, un empresario francés de la respetable Ivi Finance & Management Inc., contactó con dos ejecutivos chilenos y comenzó a negociar con la Famae un cargamento de armas para Sri Lanka, presentando documentos oficiales. El contacto con los oficiales se lo proporcionó un exoficial británico, con amplios contactos en Chile.

La compra se realizó en efectivo, y fue aprobada por el Gral. Letelier. El acuerdo final comprendía un cargamento de trescientas setenta tonela-

das. El vuelo con el cargamento de muestra partió el veintinueve de noviembre. En el aeropuerto de Pudahuel se hizo el cambio necesario en el papeleo para derivar el cargamento en Budapest a una empresa propiedad de un tal Gunther Leinhauser, director de Ivi Finance & Management Inc., aunque en realidad era una fachada para su negocio de tráfico de armas. De allí hubieran ido directo a Zagreb, de no ser por el operativo húngaro que las confiscó.

El 2 de enero de 1992, el Brigadier General Hector Letelier fue destituído, y el Ministro de Defensa solicitó a la justicia investigar el caso. La investigación llevó a los Ministros de la Corte Suprema a citar al Coronel Gerardo Huber en calidad de testigo, ya que se desempeñaba en la Dirección de Logística. Para mayor seguridad, se decretó la prohibición de que abandonara el país.

Capítulo 7

Nueva York, 25 de septiembre de 1991

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas emitió la resolución 713, que disponía un embargo de armamento a Yugoslavia para todos los cargamentos de armas y equipamiento militar, sobre la base de las enormes pérdidas humanas y materiales que estaban causando las guerras yugoslavas.

Capítulo 8

Zagreb, agosto de 1991

Comienza una escalada bélica. Casi un tercio del territorio croata es controlado por los Serbios croatas rebeldes. Decenas de miles de croatas fueron desplazados.

– ¿Con qué contamos? – preguntó el Presidente Tudchman.

– Con la policía, Mayor General – respondió el recientemente designado Comandante.

– ¿Cuanto tiempo le llevará la Operación? - volvió a preguntar el Presidente.

– En cuatro meses tendremos las tropas armadas. Hemos enviado a través de todas nuestras redes el pedido de armamento. Nada será rápido, porque Naciones Unidas bloqueará el ingreso de armas a la región. Así sólo podremos conseguirlas a través de ellos. El nuevo ejército de Croacia estará listo para comienzos del año próximo.

– ¿Consiguió agente para nuestro plan de emergencia? – preguntó Tudchman.

– Si, señor – contestó el comandante.

– ¿Es un verdadero patriota dispuesto a dar su vida por nuestro país? - preguntó el Presidente.

– Si – repuso el comandante.

– Muy bien. Quiera Dios que no lleguemos a necesitarlo. Gracias comandante – dijo el Presidente, concluyendo la reunión.

Capítulo 9

Bratislava, julio de 1991

- ¿Yevguenia? - dijo el señor de camisa azul y espesa barba negra.

- Si. Siéntese por favor – dijo la mujer de cabello rubio.

Hizo un ademán al mozo, y, al instante, éste pidió dos cafés a la cocina.

- Entiendo que usted quiere encargarme algo para la patria – dijo Yevguenia.

De cerca, se veía que ya había entrado en la década de los treinta hacía tiempo, pero a poca

distancia parecía diez años menor.

– Las cosas se han puesto muy complejas desde el colapso. Es posible que tengamos una guerra étnica religiosa – indicó el hombre.

– ¡Los cristianos ya hemos aplastado a esas pestes! Si los soviéticos no hubieran metido sus narices… - dijo la joven golpeando la mesa con el puño.

– Durante la guerra, mi padre… – añadió Yevguenia, y se detuvo, como conteniendo algo que no debía decir.

– ¿Cómo está su padre? - preguntó el hombre.

– Está bien. Inactivo desde el setenta y dos, como usted ya sabe – replicó Yevguenia.

– Ponerlo a salvo de los camaradas fue mi primer tarea. Me alegro que esté bien – dijo el hombre.

– Usted ha estado en varias compañías de teatro – dijo el señor de barba, cambiando de tema.

– Y es cantante lírica – añadió.

– Así es. Cuando no, estoy trabajando aquí en el café – dijo la mujer.

– Muy bien. Deberá estar lista. En cualquier momento podemos requerir de sus servicios, y necesitaremos que viaje para arreglar un asunto.

– Aquí tiene una tarjeta. El número de teléfono que figura abajo es en realidad un número de caja postal, del Magyar Posta. Hemos arreglado para que reciba instrucciones allí. Todas la semanas deberá revisarla. Cuando vaya, encontrará un pasaporte, dinero, e instrucciones para ir preparando su personaje.

Yevguenia era hija de una italiana y un croata. De su padre había aprendido el gusto por la ópera. De su madre, a dominar la lengua de Pirandello con gran naturalidad. Su talento innato y su gran caudal de voz, le permitieron valorizar la lengua de su madre como cantante lírica desde temprana edad.

Ambos padres habían sido perseguidos por los soviéticos al finalizar la Segunda Guerra Mundial, y habían pasado a la clandestinidad. No era fá-

cil sobrevivir ante los ojos omnipresentes de los Servicios soviéticos. Su padre era miembro de la Ustaša, un grupo ultranacionalista católico croata, que durante la Segunda Guerra Mundial cometió tales atrocidades contra ortodoxos, judíos y comunistas, que en mil novecientos cuarenta y dos, el supervisor del exterminio judío del nacionalsocialismo alemán, en su reporte a Himmler, jefe de las SS, utilizó las palabras masacre y sádica para referirse a los actos de los Ustašes en Croacia. Identificaba también que los únicos serbios que habían quedado vivos eran los que se habían convertido al catolicismo.

Su madre había sido simpatizante del Duce en su tierra natal, y había sido espía para el régimen, conmutando entre Trieste y ciudades de Yugoslavia durante algún tiempo.

El veintiséis de enero de mil novecientos setenta y dos, una maleta que llevaba una bomba en el compartimiento de equipaje del vuelo 367 de la aerolínea yugoslava JAT, que volaba de Estocolmo a Belgrado, explotó. De los veintiocho pasajeros,

murieron veintisiete. Sólo una aeromoza sobrevivió luego de caer desde más de diez mil metros de altura. Ese fue el más notorio de los más de cien atentados terroristas que los Ustašes realizaron en veinte años. El padre de Yevguenia debió desaparecer con ayuda de simpatizantes del movimiento con conexiones en el gobierno. Desde ese año, se radicó en Hungría con su familia bajo un nombre falso con pasaporte Yugoslavo.

Capítulo 10

25 de junio de 1991

Eslovenia y Croacia se declaran estados independientes, y son reconocidos internacionalmente.

El ejército popular de Yugoslavia (JNA) invade Eslovenia, y tiene lugar la Guerra de los 10 días. El JNA es derrotado.

El ejército croata planifica acciones de contrainteligencia contra el ejército Serbio, ex-JNA.

Capítulo 11

1 de abril de 1991

Se proclama independiente la República Serbia de Krajina, dentro del territorio croata. Sólo es reconocido por Serbia.

Capítulo 12

1990

La República Federal Socialista de Yugoslavia estaba integrada por seis Repúblicas Socialistas y dos regiones autónomas.

Se realizaron las primeras elecciones multipartidarias en cuarenta y cinco años. En todas las repúblicas obtuvieron mayoría los nacionalistas, lo que disparó una profunda crisis política en la federación. En Serbia, Slobodan Milošević, fundador del Partido Socialista ganó las elecciones.

Eslovenia y Croacia anunciaron sus intenciones de separarse de la federación.

El catorce de marzo el Coronel General Blagoje Adšić del Ejército Popular Yugoslavo ordenó que el armamento de las fuerzas territoriales de todas las repúblicas pasaran de estar en depósitos civiles a depósitos militares.

El Ejército Popular Yugoslavo transfirió su sistema a un comando central bajo control serbio, dejando desarmadas a Croacia y Eslovenia.

Capítulo 13

Epílogo

No sabemos si Krizstina Fejér logró hacer el enlace en Uruguay con el contacto provisto por el gobierno croata.

Sin embargo, algunos testimonios de de ex-combatientes, y periodistas que cubrieron las guerras yugoslavas nos aportan información con la que cada quien podrá sacar conclusiones a su gusto.

El sociólogo y periodista croata Dragan Ogurlić declaró al periódico argentino La Nación en mil novecientos noventa y nueve que recordaba haber visto en los conflictos entre serbios, bosnios y croatas, milicianos de su país usando fusiles FAL, con la palabra *Argentina* inscripta. Ha publicado un libro, con fotografías de Srdan Vrančić que muestran soldados con uniforme croata y fusiles FAL. Esos fusiles se producían en la fábrica rosarina Domingo Matheu. La citada edición del periódico argentino agrega más fotos de Vrančić en sus páginas.

La nota de La Nación, fechada en Zagreb el veintiséis de enero de mil novecientos noventa y nueve, refiere además al testimonio de dos excombatientes croatas cuya identidad no revela. Los testimonios relatan el recuerdo del arribo de fusiles FAL en momentos de gran escasez de armamento, así como de las inscripciones *Argentina* y *Rosario*.

Según La Nación, se hicieron siete embarques hacia Croacia desde Argentina durante las gue-

rras yugoslavas. Detalla que los envíos, que partieron del puerto de Buenos Aires y arribaron a los puertos de Rijeka y Split, incluían fusiles FAL 7.62 mm, cañones, morteros, minas, y municiones.

Para evadir el embargo impuesto por la ONU, se habrían dictado tres decretos entre mil novecientos noventa y uno y noventa y cinco, que establecían destinos ficticios para los embarques. Los decretos, secretos hasta la intervención de la justicia, estaban firmados por los ministros Guido di Tella, Antonio Erman González, Domingo Cavallo, y Oscar Camilión. También llevaban la firma del presidente Carlos Menem.

Mientras las investigaciones de la justicia se llevaban a cabo, el dos veces presidente Menem estuvo cinco meses en prisión en dos mil uno, y fue sobreseído. La Fábrica Militar de Río Tercero, en la provincia de Córdoba, sufrió una trágica explosión, que destruyó decenas de casas, y terminó con siete fallecidos y más de trescientas

personas heridas. Se sospecha que la explosión fue intencional, con el fin de borrar evidencias que podrían resultar adversas en el expediente judicial. Aparentemente, la fábrica de Río Tercero servía de lugar de acondicionamiento para el material bélico que fue enviado.

En dos mil ocho, Menem fue imputado por contrabando agravado de armas, y sus bienes fueron embargados. En dos mil once fue llevado a juicio oral y absuelto. En dos mil trece la Cámara Federal de Casación Penal lo condenó a una pena de siete años de penitenciaría. En dos mil dieciocho fue nuevamente absuelto.

Fue acusado en mil novecientos noventa y cinco por la causa de la voladura de la fábrica militar de Río Tercero, vinculada al tráfico ilegal de armas a Croacia y Ecuador. La Cámara Federal de Córdoba anuló la indagatoria de Menem en su investigación.

Carlos Saúl Menem murió a los noventa años el catorce de febrero de dos mil veintiuno, cargando con la condena de un tribunal, cuyo fallo solicitó

revisar.

Krizstina Fejér murió por convulsiones setenta y dos horas después de llegar a Uruguay, cuarenta minutos después de comenzar La Traviata. Hora y media antes incluso había recibido regalos del público. Un hermoso ramo de rosas, y un frasco de *Chanel número cinco*, que estrenó diez minutos antes de salir a las tablas para la segunda escena.

Parte VII

La princesa

Capítulo 1

La Dra. Martha Goldman cerró la puerta de su habitación y caminó hacia el restaurante. La cena comenzaba a servirse a partir de las 7.30. Ir temprano, pensaba la Dra. Goldman, era la mejor manera de procurarse una buena mesa junto a la ventana para ver el maravilloso patio de estilo europeo del pequeño apart-hotel. Un patio sombreado por enormes arboles, cuyo tamaño atestiguaba que habían estado allí desde mucho antes que el edificio. La temprana visita al restaurante a media tarde para conseguir una taza de té, le permitió estudiar las mejores ubicaciones

para el momento de la cena.

El servicio de mesa con adornos art decó completaba un panorama que trasladó a la Dra. Goldman a la Europa de la primera mitad del siglo veinte. Así sería el mundo que conocieron sus padres antes de emigrar a América durante la guerra, imaginó. La relojería de la calle Alser, que su padre hizo florecer desde mil novecientos veinticinco, con apenas diecisiete años, había sido la puerta de entrada a un círculo de gente culta y privilegiada de Viena. Esos contactos le valieron la vida a Samuel Goldman y su familia, cuando tuvieron que abandonar la relojería y huir escondidos en un barco de la persecución de los nazis. Martha había conocido el local, con su padre, muchos años más tarde.

– Lo bueno de ese tipo de lugares es que nunca cambian mucho – decía Goldman padre.

El mayor cambio había sido en la circulación de los coches. Ahora ya no circulaban por el lado izquierdo, dijo su padre, cosa que a Martha le impresionó. Pensaba que eso sólo era cosa de Gran

Bretaña y sus colonias, pero no. Unos cuantos cables más colgando, un semáforo; ahora había cruces peatonales pintados en la calle. Es cierto que el Hospital General, fundado personalmente por el Emperador en el siglo dieciocho, ya no estaba, pero el viejo edificio permanecía intacto. Ahora, la esquina formaba parte del Campus de la Universidad de Viena. La vieja pensión Zenz..., seguía estando allí.

El hotel, en cambio, no era antiguo, aunque fuera diseñado para parecerlo. Sus propietarios, una pareja de modistos brasileños muy afines a los viajes, quisieron rescatar el encanto perdido de un tiempo que no conocieron, pero cuya sofisticación inhalaron de sus amadas novelas de época.

El rincón donde levantaron el hotel era una zona de bosque, muy hermosa, tanto por su aire prístino, como por su cercanía al mar. Los pasillos estaban alfombrados y adornados con grandes cuadros, que aportaban un toque de distinción. La autoría de esas obras podría pertenecer a

personajes ignotos, pero la pompa con que se adornaban los marcos, y sobre todo las pretensiones de cultura de los huéspedes, impedían comentar en público el desconocimiento de la fugaz pinacoteca.

Martha Goldman observó a su alrededor, y entre los huéspedes vio una anciana que llamó su atención. No sólo por sus anticuados modales y vestimenta, sino por su porte. Tenía la elegancia trémula de una bandera. Sus mejillas estaban maquilladas con un fino rubor de acabado mate, que Martha pensó que estaría hecho con polvo de pétalos de amapola. El aroma también era interesante. Agua de rosas, pensó Martha Goldman. Un brillante brazalete era la única alhaja que llevaba la señora, detalle de sobriedad que hacía ver más elevada su condición.

Dos mesas más lejos se encontraba una pareja de mediana edad con aspecto extranjero. No sólo los delataba la temprana hora que habían elegido para cenar, sino la palidez de sus rostros, de mejillas casi rojizas, que no se condecía con

los largos días de verano a pleno sol que solía disfrutar la gente en el balneario más caro de Sudamérica. Parecían festejar algo, un aniversario quizá. Habían hecho aparejar un bello ramo de flores en su mesa, y brindaban alegremente con cava.

Los famosos waffles del hotel con paté de foie al champagne, recién hecho por alguna artista local de la cocina, llegaron como entrada de cortesía para todos los huéspedes de la primer tanda de la noche. Pocos minutos después llegó su amigo Leonel Giucci, que se había retrasado en una consulta. Martha Goldman lo vio dejar su abrigo al entrar al salón restaurante.

– Muero de hambre. Espero que tengan algo bueno aquí – exclamó Leonel.

– Tranquilo. Tengo entendido que la carta es muy buena – contesto Martha.

– Te pido mil disculpas, Martha. Me retrasé con una paciente muy difícil. Demencia y corazón delicado. Una combinación complicada.

Luego tuvieron una breve charla sobre los pro-

blemas del ejercicio moderno de la clínica; el tiempo que nunca alcanzaba, las agendas sobrecargadas. Sin dudarlo, habría sido mucho más disfrutable ejercer la medicina en el siglo anterior. Claro que, en ese caso, quizá nunca habrían podido llegar a estudiarla.

Ordenaron un pescado a la pimienta con mesclun para ambos. De aquella suculenta carta era lo único que Martha Goldman podía considerar adecuado para una cena. Leonel Giucci remarcó además la inconveniente costumbre que tenía mucha gente de pedir como acompañamiento papas a la crema, y señaló a Martha varios comensales que habían incurrido en aquel pecado.

– ¿Sabías que el abdomen de un hombre promedio aumenta un centímetro por año después de los cuarenta si no se cuida? – susurró Giucci.

– Por eso yo me cuido. Ni hablemos de cómo repercute eso en el riesgo de accidentes vasculares, y otras complicaciones. Esa costumbre de cenar carne asada con chorizos va a matar a medio Uruguay – añadió.

– O ensalada rusa – dijo Martha. Leonel asintió con la cabeza, entrecerrando los ojos.

– Si la gente se alimentara mejor, todo sería más fácil. Pero los cardiólogos no tendrían tanto trabajo… – bromeó Martha.

– Es cierto. También los fabricantes de ropa y de cinturones estarían en apuros – acotó Leonel.

Mientras llegaba la cena, vieron sentarse a la mesa de la anciana elegante, una señora de unos cuarenta y cinco años. Ambos estuvieron de acuerdo en que la había llamado Princesa. La recién llegada tenía un peinado muy armado, de peluquería muy reciente. Al observarlas juntas, daba la sensación de que ambas dormían sentadas para no alterar aquellas cabelleras sobrecargadas de fijador. A diferencia de la primera, esta señora venía muy cargada de alhajas, aunque no puede decirse que estuvieran combinadas con buen gusto, ni que tuviese aspecto de señora de rancio linaje, como la anciana.

El mozo llegó con unos grandes platos ovales con un pescado lleno de cortes a la moda japone-

sa, coronados por una colorida y fresca porción de vegetales de hoja con una fantástica presentación, y su correspondiente *vinagrette*.

Martha y Leonel observaron que la pareja de descoloridos extranjeros recibía una enorme fuente con mariscos y otra botella de cava. El rojo de sus mejillas se había extendido ya hacia sus narices, y la palidez de sus rostros se iba tornando más hacia un rosado fuerte con cada copa que bebían.

– Se los ve muy animados – dijo con cierto sarcasmo Martha Goldman.

– No quiero imaginar como estarán de animados a la hora del postre… – respondió Leonel Giucci.

Las dos señoras recibieron una porción más de waffles con paté, y algo que parecía ser una sopa, por los cazos en los que se las sirvieron. Al igual que ellos, las dos señoras cenaban con una botella de agua. En el instante que Leonel Giucci se preparaba para elogiar la costumbre de beber agua de las señoras, se escuchó un golpe y el

sonido de vidrios rotos. Martha Goldman observó que, mientras que la mayoría de los comensales volvieron sus cabezas inmediatamente, la señora más refinada movía la cabeza para mirar el origen de aquel incidente sin apuro, como las vacas al ver pasar un tractor.

El mozo pidió disculpas sobriamente, y de la nada surgieron dos personas más con escoba y lampazo para borrar los rastros de lo sucedido. El movimiento del maître d'hôtel indicaba que la cocina sería alertada inmediatamente para reponer aquellos platos a sus destinatarios.

Martha Goldman siempre quedaba estupefacta al ver como funcionaban los engranajes cuando cada pieza estaba en su lugar. Quizá habría aprendido a maravillarse al ver a su padre reparar las pequeñas máquinas de los relojes en sus días libres para hacer algún dinero extra, o durante sus años de trabajo en hospitales de campaña en el África subsahariana.

Capítulo 2

A primera hora de la mañana, Martha Goldman fue la primera en llegar al salón a desayunar. Un poco de fruta fresca, yogur, y algunos cereales, bastaron para comenzar el día de forma liviana y adecuada a sus costumbres. Llenó su cantimplora con agua fresca, se colocó su sombrero de paja, y salió a caminar. Luego de cuatro días en el hotel, llena de pequeños lujos que le resultaban ajenos, estaba deseosa de regresar a su casa. En dos días más habrían terminado las reformas, y podría regresar al lugar en el mundo que había acondicionado con tantos recuerdos de su vida

peregrina en África, trabajando para Médicos Sin Fronteras.

Dos días atrás había descubierto un bonito recorrido que, con el aire fresco de la mañana, la ayudaba a ordenar sus ideas. El sendero terminaba en una tranquila playa, donde caminaba unos quince minutos mojando sus pies en las aguas del Atlántico antes de regresar. En total, la caminata le llevaba poco más de una hora, por tranquilas calles entre zonas boscosas de altísimos y delgados pinos, cuyo aroma hacía del limpio aire, suavemente perfumado, un refrescante placer. Dos cuadras antes de llegar a la playa, en una callejuela, vio a un joven que avanzaba velozmente en bicicleta. El joven se detuvo al pasar frente a ella y la saludó cortésmente:

– ¿Cómo le va, doctora? – dijo el joven.

Le tomó algunos segundos reconocer al recepcionista, que se dirigía a su trabajo, aun sin ponerse el uniforme del hotel.

– ¿Qué tal? - respondió Goldman – linda mañana para la bicicleta – añadió.

– Si, pero en menos de una hora ya hará demasiado calor para pedalear. Hace usted bien en ponerse gorro – dijo el joven.

– Claro, hay que cuidarse – respondió Martha Goldman con una sonrisa, y siguió su camino.

No permitiría que aquel abuso del lenguaje arruinara su momento. Intentó lo mejor posible olvidarlo, pero el uso indistinto de gorro por sombrero le resultaba indignante. A la Dra. Martha Goldman no le agradaban ese tipo de imprecisiones. Una vez, conversando con su amiga Matilde Tsakis, había llegado a afirmar que podía conformarse una categoría nueva de individuos con aquellos que mostraban tanto desdén con su idioma que, cuando se les señalaba el error, respondían toda clase de insensateces como – Es una forma de decir – o – es lo mismo. Adoradores de las metonimias, con cuya adoración las insultan.

Mientras se descalzaba para caminar por la arena, Martha Goldman reflexionó que la mayoría de las personas no tienen el valor suficiente para

aceptar sus equivocaciones cuando se las hace confrontarlas. Más aun, un gran porcentaje de ellas intentaba desviar la atención del problema, o tenían actitudes incluso más mediocres, como señalar que otra persona también lo hacía, o que la persona que les señalaba el error cometían otros.

Por un lado están los necios, y por otro los mentirosos descarados, intentó refinar en su mente la Dra. Goldman. En el plantel de los necios están quienes sostienen que decir una cosa por otra vale lo mismo, pero los mentirosos, podrían ser capaces incluso de negar que han dicho lo que han dicho. En esos, era posible reconocer la verdadera ponzoña con algo tan sencillo como prestar atención a cómo se referían a un sombrero. Bebió un poco de agua, y siguió caminando, pensativa. El clamor de las olas, el viento salino, y el olor de las algas y moluscos que morían en la orilla arrastrados por las corrientes ayudaban a pensar.

Al ingresar al predio del hotel, se cruzó con una señora de unos cincuenta años. Iba adornada con una gruesa cadena de oro y una pulsera del mismo estilo, casi grotesco para la oportunidad. La señora subió a un coche mucho menos ostentoso que ella misma, y partió. La ola de perfume llegó hasta Martha Goldman, que sintió que le faltaba el aire ante a la intensidad de aquella esencia.

– Si tuviera usted la bondad, podría conseguirme un remise para las cuatro y media, por favor? – dijo al recepcionista la elegante anciana de la noche anterior.

– Por supuesto – respondió el recepcionista que recién había comenzado su turno.

– Tenga a bien prepararme la factura para esa hora; ya no regresaré por un tiempo – añadió la señora, y se retiró.

Caminaba rápido para su edad, observó Martha Goldman, y saludó al recepcionista.

– Ya pronto se pondrá caluroso – dijo el recepcionista, sonriendo.

Martha Goldman no deseaba entablar conversación con un sujeto que utilizaba el lenguaje de forma tan enojosa, por simpático que fuese, pero su curiosidad pudo más. Se tragó sus reflexiones sobre la liviandad en la elección de las palabras y, acercándose al recepcionista preguntó en voz baja:

– ¿Es princesa de verdad la señora?

– Se hace llamar así, al menos – respondió el recepcionista.

– Hace unos días me explicó que era la última descendiente de los príncipes de Valaquia – añadió.

– No tenía la menor idea de que existía un lugar con ese nombre – respondió Goldman.

– Claro que el mundo es grande… – añadió.

– Yo pregunté dónde era... – repuso en confianza el joven, y prosiguió – y no es; ya no existe el principado.

– Pero parece que era en Europa. Rumanía, dijo, si no me equivoco – susurró el muchacho, que parecía muy afín al las noticias.

– Todos los días se aprende algo nuevo – dijo la Dra. Goldman.

– ¡Qué honor compartir hotel con la nobleza! – bromeó antes de retirarse a su habitación.

Cuando llegó la gran bandeja con el pequeño recipiente rebosante de soufflé de queso, a Martha Goldman se le hizo agua la boca. Yolanda, la jefa de servicio, le había recomendado acompañarlo con una intensa ensalada de palta, y vegetales con hongos frescos salteados. La combinación le pareció magnífica, y con una presentación soberbia. Una mezcla de sabores frescos, intensos, crocantes, con la esponjosa delicadeza del soufflé caliente deleitaron su almuerzo.

En el otro extremo del salón observó a la pareja de extranjeros que había visto la noche anterior. Ahora ya no estaban descoloridos, sino que, a juzgar por el color camarón que lograba distinguir desde la distancia, habrían pasado la mañana entera asoleándose sin protección. La Dra. Goldman

se congratuló a si misma de no haberse dedicado a la dermatología.

En el instante que dejaba la gran copa de agua helada sobre la mesa vio ingresar a la añosa princesa, de donde quiera que fuese, con porte en extremo elegante y sin excesos. Su cabello, siempre igual. Si no lo hubiese visto personalmente, hubiera jurado que era un fotomontaje.

Tomó asiento en el centro del salón, y enseguida se le unió un caballero, también añoso, en traje de lino y corbata, con unos anteojos con armazón de carey y paso lento. Por lo visto, las princesas tienen una vida social muy intensa, pensó Martha Goldman, mientras esperaba su macedonia de frutas sin azúcar.

Capítulo 3

Desactiva la alarma, enciende las luces, abre las cortinas, prepara el café – repitió en su mente María del Mar Rodríguez. Sabía de memoria cada paso de la coreografía que ejecutaba todas las mañanas al abrir la inmobiliaria. Ahora estaban en temporada alta, pero lo bueno de trabajar en un balneario, pensaba, era que durante los meses de invierno podría dedicar largas horas a leer sus libros favoritos sin que entrara ni una sola persona.

En el verano, María del Mar iba maquillada desde su casa, pero en invierno, podía darse el lujo de

hacerlo en el trabajo sin arriesgarse ni un ápice a perder clientela por hacerla esperar.

– ¡Siempre espléndida! – le decía su hermana Yolanda; como las pitucas que se hospedaban en el hotel donde ella trabajaba.

Normalmente, los coches se atascaban en todas las esquinas, porque, donde hay turistas conduciendo en número que quintuplica la circulación habitual de un lugar, queriendo ver todo lo que las guías señalan, el caos está servido. Esa tarde, en cambio, estaba lluviosa, y la escasa gente en la calle caminaba apurada, buscando resguardo bajo algún toldo de las innumerables tiendas de souvenirs. Los vendedores estaban de parabienes, promocionando remeras con logos, tobilleras con caracoles locales (made in China), y chancletas de ocasión.

María del Mar Rodríguez escudriñaba un archivador con datos del Edificio Bonifacino. Facturas viejas, planos, reglamentos, nombres de ocupantes, legajos del personal. Olivera. Olivera era el portero del edificio, pero hacía trabajos de sani-

taria liviana por su cuenta fuera del horario de trabajo. Más bien era al revés. María del Mar tenía una lista de proveedores y personas que hacían reparaciones varias. Los que no cumplían con los plazos prometidos, o cobraban regularmente más de lo presupuestado tenían una cruz hecha con bolígrafo rojo al lado de su número de teléfono. Olivera, en cambio, cumplía. Hacía reparaciones de sanitaria, pero si María del Mar no conseguía nadie que le hiciera un arreglo de albañilería sencilla, o el cambio de un vidrio, sabía que podía llamarlo a él.

Una tarde de primavera, varios años atrás, el viento hacía volar tan fuerte las hojas de los árboles, que golpeaban el rostro. María del Mar observaba desde su oficina que la gente perdía el control de las puertas de los automóviles una vez que las abría, y los coches parecían teros desplegando sus alas para impresionar a sus oponentes. De pronto, la puerta de la inmobiliaria se abrió, y

Hernández, el portero del Bonifacino, entró. Presentó una nota en un papel mugroso que tenía su renuncia. Había conseguido trabajo en una cerrajería de la periferia, y los dejaba sin portero en el Bonifacino para la mañana siguiente. A María del Mar, que sabía apagar incendios de formas siempre convenientes, se le ocurrió pedirle el favor a Olivera de cubrir el puesto hasta que consiguiera a alguien. En el peor de los casos serían quince días.

Olivera era presentable, amable, servicial, y con buena dicción. A los quince días, los propietarios llamaron a la inmobiliaria para pedir que se quedara en el puesto. Las muy estupendas señoras mayores estaban encantadas. Olivera tenía todo lo dicho, y un muy buen extra. Hacía toda clase de arreglos sin poner precio. Las propinas que había obtenido por sus amables servicios duplicaron el salario de esa quincena. Olivera obtuvo el trabajo, y estabilidad. Todos contentos. Una vez más, María del Mar se lucía con sus soluciones.

El viento silbaba al entrar con fuerza por las imperfecciones de la puerta. María del Mar se dispuso a encender la radio cuando entró una persona a la inmobiliaria. Estaba de espaldas a la puerta, pero la oyó entrar. Corrigió la postura inmediatamente, antes de darse la vuelta, por si se trataba de algún cliente.

– ¡Sandra! ¿cómo estas? No te había visto en todo el año – dijo María del Mar.

– Hola María. Estuve de viaje. Traje mercadería nueva. Estoy segura que te va a encantar – contestó Sandra con una sonrisa y el cabello y la blusa visiblemente mojados por la lluvia.

– Sabes que prefiero venir en invierno, cuando todo está más tranquilo. Lo mio hay que mirarlo y probarse sin apuros – agregó Sandra.

– Bueno, hoy no hay nada de movimiento por aquí – dijo María del Mar.

– ¿Quieres que te muestre lo que tengo? - preguntó Sandra.

– Claro. Siéntate por favor – dijo María del Mar.

Sandra levantó un bolso de gimnasia de color

azul oscuro. De él sacó una toalla negra enrollada como un gran pio nono y la apoyó sobre el escritorio. Lo desenrolló lentamente, sosteniendo un extremo con su mano derecha, y haciendo los movimientos con su mano izquierda. La mano de Sandra dejaba ver una pulsera de cadena con un pequeño dije dorado, y dos anillos de oro, no gruesos, pero sí bastante elaborados.

La toalla se reveló como un improvisado muestrario. Dentro, había por lo menos una docena de anillos de oro y plata, sujetos con alfileres de gancho. Caravanas de oro blanco con piedras semipreciosas engarzadas. Pulseras de plata lisas y labradas; algunas que parecían una trenza. Cadenitas de diferentes grosores y dijes de todos los tamaños.

Los ojos de María del Mar Rodríguez escudriñaron rápidamente aquel rollo de los tesoros, e identificaron dos o tres artículos que iban con su estilo, y acaso con su bolsillo.

– ¡Qué bonito este colgante! – dijo María del Mar, mientras acariciaba con los dedos una me-

dallita con una suerte de piedra color caramelo.

– Eso es ámbar del Báltico – dijo Sandra.

– Tienes un ojo muy fino para las cosas bonitas, ¿por qué no te la pruebas? – añadió.

– Debe valer mucho…, no te olvides que pago alquiler, y que en invierno aquí no queda nadie – repuso María del Mar.

– Sabes que conmigo no tienes ningún problema. Como siempre, me lo puedes ir pagando a lo largo del año. Y es como un ahorro... Esto no se gasta – dijo hábilmente Sandra.

– No sé – dijo María del Mar.

Sandra debió presionar un poco más la venta.

– Quédatelo. Si no, las de la farmacia la van a querer, y tengo una sola. En el peor de los casos, si no te gusta me lo cambias por otra cosa cuando venga a cobrar.

La estrategia surtió efecto.

– Bueno, me lo quedo – dijo María del Mar.

Recién entonces hablaron de la forma de pago. Precio. Ojos muy abiertos. Duda. Seis cómodas cuotas. Ocho, para que ni se sintieran en invierno,

cuando el trabajo escasea. Respiración tranquila. Total, era cierto lo que decía Sandra. Era como un ahorro. Si no, ya se gastaría ese dinero en alguna cosa no perdurable... La primer cuota recién la pagaría a los dos meses. Sandra era fabulosa. Fabulosa vendedora.

Capítulo 4

Martha puso a calentar el agua. Abrió el armario y sacó un pequeño frasco de vidrio. Desenroscó la tapa metálica y tomó un puñado de delgadas y rojizas hojas fermentadas de rooibos. Las dejó caer dentro de su taza favorita y, antes de volver a cerrar el frasco, deleitó el olfato con su aroma. Siempre usaba frascos pequeños donde fraccionaba el gran fardo de rooibos que conseguía, fuera en alguno de sus ya no tan frecuentes viajes, o a través de alguna de sus amistades.

En Uruguay no se conseguía. Incluso era difícil encontrar té negro de buena calidad. Si bebía té

negro, elegía lapsang souchong, por su intenso aroma ahumado. Le simpatizaba también la idea de que era un té preparado para la clase trabajadora. La Dra. Wang Min, una de las numerosas colegas chinas con las que compartió extenuantes jornadas en África durante sus tiempos en Médicos Sin Fronteras, le contó varias historias acerca del origen de este delicado té. La más mundana, y por ello tal vez la más plausible, fue la que más gustó a Martha Goldman, que educó su paladar para disfrutar del té ahumado gracias a su querida amiga.

Min le contó que en la antigua China, los comerciantes de la ruta de la seda viajaban enormes distancias con sus mercaderías. La mayor parte de las veces, trasladaban a pie sus productos por sitios peligrosos e inhóspitos de la vasta geografía asiática durante largo tiempo.

Esos viajantes de comercio fueron pilares de la economía de los pequeños poblados por donde

pasaban. Restaurantes, hospedajes, vendedores de papel aceitado para protegerse de la lluvia, y entre otros, los fabricantes de té. Los lugares que los recibían debían estar listos para proporcionar la cantidad de té que sus visitantes necesitaban.

Siglos atrás, en China, el té se consumía a toda hora, y era usado hasta para higienizar la boca, gracias a sus taninos. Es así que el proceso de secado del té de calidad popular, que consumían estos comerciantes, era acelerado todo lo posible para poder tener la producción a tiempo. Para ello, se hacían grandes fogatas con madera de pino que, como contrapartida, otorgaban el hoy reconocido beneficio del intenso aroma ahumado.

Desde entonces, y hasta que los británicos lo descubrieron e hicieron catapultar su precio, el té ahumado fue la bebida de las clases populares en el sur de China. Secado a la fuerza, y con aroma residual, lejos estaba de ser apreciado por la clase social sofisticada, que prefería el delicado wulong. Martha Goldman apreciaba mucho el

té ahumado, pero lo reservaba para ocasiones especiales. A diario, bebía rooibos, no sólo porque venia de África, sino porque no le alteraba el sueño.

Cuando el agua hirvió, Martha Goldman apagó el fuego, y la dejó reposar unos minutos antes de preparar la infusión. Mientras el color caramelo iba difundiendo en el agua caliente, Martha abrió la ventana y respiró el aire húmedo y fresco. El otoño no había llegado oficialmente, pero ella sabía que ya estaba allí.

Reflexionó un momento mirando hacia afuera, y pensó que pronto debería comenzar a podar algunas de las plantas de su jardín. Encendió la radio y sintonizó el noticiero de la radio pública. Más tarde se enteraría del panorama internacional por onda corta.

Escuchó el pronóstico del tiempo, el precio de la lana en los principales mercados, consecuencias de la guerra en el Golfo Pérsico sobre el

precio del combustible, y toda la cadena productiva.

A la segunda taza de rooibos, y la tercer rebanada de pan casero, el informativo comenzó con las noticias de cada localidad. Algunas no revestían el menor interés para la uróloga de pantuflas. Sin embargo, hubo una que capturó su atención. En el balneario de Punta del Este, un accidente de tráfico fatal había dejado al descubierto una extraña situación. Una mujer de nacionalidad argentina había fallecido en el acto. Llevaba en el maletero un bolso lleno de joyas de procedencia desconocida, y una libreta llena de nombres, direcciones y números de teléfono. Las autoridades competentes indicaron al periodista que por el momento no podrían hacer declaraciones, pero que la investigación estaba en marcha.

Días más tarde, cuando volvía de poner una carta en el correo para saber de su amiga Wang Min, Martha Goldman se topó en la calle con el titular de un periódico que la atrapó.

En la frontera norte del país había sido dete-

nida una pareja que intentaba ingresar con un vehículo de matricula paraguaya. En el vehículo de alta gama, las autoridades aduaneras incautaron un bolso lleno de joyas no declaradas. La mujer declaró que las joyas le pertenecían, aunque no pudo presentar documentación probatoria. Lo más raro de la situación, era que las joyas venían con pequeños carteles indicando su precio correspondiente. La hábil periodista concluía la nota preguntando si aquel extraño evento podría estar relacionado con la noticia de pocos días atrás, en que, por un hecho desgraciado, había fallecido una conocida vendedora ambulante de joyas contrabandeadas, en la ciudad de Punta del Este.

Esos días, Martha escuchó las noticias con mayor interés. Un miércoles de mañana, muy temprano, escucho otra noticia extraña. Una ciudadana brasileña había sido detenida en el aeropuerto internacional de Carrasco portando joyas no declaradas, por un valor de casi doscientos mil dólares. La autoridad aduanera informaba que las

joyas iban disimuladas en una valija con doble fondo. El abogado de la indagada, había declarado que en realidad viajaban en un porta joyas. Que en realidad no le pertenecían, sino que las llevaba por encargo de su empleadora, otra ciudadana brasileña la verdadera propietaria, a Suiza, para ser depositadas en un cofre de seguridad. Que todo se debía a un malentendido generado por la incapacidad de la persona a comunicarse en español, y de los funcionarios de la aduana en portugués.

Para la Dra. Goldman los indicios eran fuertes. Iba quedando al descubierto una trama de contrabando de joyas que utilizaba a Uruguay fuera como puente para llevarlas a otros países, o como destino final.

Gente con dinero como para comprar joyas había, aunque fuera de paso durante la temporada de verano. Ella misma había visto varias personas cargadas de oro y plata durante su estadía en el

hotel del balneario, cuando hizo algunas reparaciones en su casa que la obligaron a estar fuera varios días. Incluso realeza, aunque fuera realeza venida a menos.

Lo de la vendedora ambulante le complicaba el esquema. A lo mejor habría varios niveles de venta, y el único que había quedado expuesto había sido el más bajo, por la vulnerabilidad inherente a su nivel. Quizá incluso habría joyerías involucradas.

Capítulo 5

Leonel estacionó a una cuadra de la Dirección Nacional de Investigaciones. Martha ya estaba esperándolo, sentada en uno de los bancos de la plaza. Un músico callejero peruano alegraba el ambiente de la plaza tocando un carnavalito en su charango. Martha estaba maravillada con la habilidad musical de aquel joven. Sostenida de su cuello tenía una zampoña, cuyas cañas estaban unidas por un colorido trabajo de macramé. Tocaba ambos instrumentos a la vez, y además bailaba.

– Mi próximo viaje será a Perú – dijo Leonel

Giucci al sentarse al lado de su amiga.

– Debe ser fascinante... – dijo Martha Goldman.

– Tiene de todo. Selva, montaña, playa. Y seguro que muchas especies de plantas medicinales – dijo Leonel, intentando convencer a su amiga de acompañarlo en la aventura.

– Saberes ancestrales – murmuró Martha, pero Leonel no alcanzó a escucharla.

– Vamos. Tu amiga nos está esperando. No me gusta llegar tarde a las citas – dijo Martha, levantándose.

Efectivamente, la Inspectora Principal Novak los estaba esperando. Su oficina no era grande, pero el techo era alto, como corresponde a los edificios antiguos. Helada en invierno, según Novak, pero eso le ayudaba a no adormilarse cuando debía leer expedientes largos y complicados. Una forma peculiar de optimismo, pensó Leonel Giucci.

– Me ha dicho Leonel que tiene un dato que podría interesarme – cortó por lo sano Novak.

Su estilo directo y sin cortapisas agradaba a Martha Goldman. Ella misma era una persona muy práctica, que aborrecía los discursos floridos y los eufemismos.

– Así es. Puede que no quiera decir nada, pero no hace mucho estuve alojada en un hotel de Punta del Este – comenzó diciendo Goldman.

Ana Novak frunció el ceño. Leonel Giucci intuyó que, en ese momento, sus avispadas neuronas estarían conectando miles de ideas para intentar descubrir lo que vendría después. Había conocido la fama de Novak en el hospital militar. En ese tiempo ya se hablaba que sería una destacada figura de la Policía Nacional, y varios cuerpos de seguridad militar quisieron convencerla de hacer carrera con ellos. Sin embargo, Novak tenía vocación civil, aun cuando su aspecto y su estilo sugirieran lo contrario.

Novak preguntó inmediatamente el nombre del hotel. Cuando Goldman respondió, pareció satis-

fecha.

– En el restaurante del hotel una ve a mucha gente, ¿sabe? Y si está sola, puede encontrar entretenimiento en observarla – dijo Goldman.

Y continuó:

– Vi muchas joyas desfilar delante de mis ojos. Muchas. Leonel incluso cenó una de esas noches conmigo y las vio – agregó.

Novak cruzó los brazos, y Martha se dio cuenta que no estaba yendo al punto. Corrigió el rumbo de inmediato con las siguientes palabras:

– Creo que sé cómo se organiza el tráfico de joyas a Uruguay.

La Inspectora Principal Novak descruzó los brazos. Que la Dra. Goldman hubiese visto turistas adinerados decorarse con joyas era una cosa, o que hubiese sido testigo de un robo, pero esto era algo muy diferente.

– Muy bien. Usted dirá... – dijo Novak, instando a la Dra. Goldman a continuar.

– Verá, había una señora en el hotel. De entre setenta y ochenta años. Muy elegante. Todos los

días recibía visitas. Gente diferente, de aspecto muy ostentoso.

– Eso, en principio, no tiene nada de malo – observó Novak.

– Es cierto. Hasta donde pude saber, la señora pertenece a la aristocracia, y podría tener amistades muy adineradas – repuso la Dra. Goldman.

– Lo que me inquieta es que vi varias personas que no parecían encajar en tanta joya. Como si no las supieran llevar. No sé si logro explicarme… – añadió.

– ¿Sabe usted el nombre de la persona? – preguntó Novak.

– Le llamaban Princesa de Grunberg o algo por el estilo. Ada, creo que era su nombre de pila – indico Goldman.

– Ah… – dijo Novak.

Y añadió, inclinándose sobre el escritorio hacia adelante, y acercándose a sus interlocutores con los dedos entrelazados:

– Eso es interesante.

La Inspectora Principal Novak comentó que tanto su división especial, como agentes de Interpol venían vigilando a Ada Grunberg desde hacía casi un año. No por contrabando de joyas, sino por algunos movimientos bancarios inexplicables.

La Princesa viajaba por paraísos fiscales abriendo y cerrando cuentas a nombre de sociedades anónimas que presidía, transfiriendo extrañas sumas de dinero entre unas y otras. A veces por montos enormes; otras, por montos nimios. Interpol había identificado varias sociedades con actividad comercial en el rubro de la exportación de bananas desde Ecuador a Europa y carne bovina desde Uruguay. También había identificado dos o tres sociedades zombie, y una, de particular interés, con sede en Luxemburgo desde donde, según las investigaciones, La Princesa dirigía las operaciones.

El contrabando de joyas, acaso robadas en algún otro país, cerraba uno de los posibles círculos delictivos. La Princesa sería el cerebro de la or-

ganización, la fachada perfecta para el lavado de activos. Las transferencias de grandes sumas de dinero no serían tan escandalosas si las realizaba una empresaria internacional. El esquema involucraba conocidas joyerías, que falsificaban certificados de autenticidad, empresas cuya logística facilitaba algunos traslados, y sobre todo el flujo de dinero.

Tiempo después, Novak contó en confianza a su amigo Leonel Giucci que la versión de Goldman había sido verificada por dos investigadores privados que trabajaban para una conocida empresa internacional de seguros.

Según relató, la dupla la observaba en el mismo hotel en que se alojó Goldman. Otros equipos la vigilaban en otros lugares. Una de las artimañas que utilizaba La Princesa era declarar joyas al ingresar a un país, por supuesto, con documentación falsa. Luego organizaba su propio un robo el algún lugar, y reclamaba el dinero a las ase-

guradoras. Las joyas autorrobadas ingresaban al esquema de comercialización clandestina con nueva documentación.

Por el momento, se desconocía el paradero de La Princesa. En un viaje a los Emiratos Árabes se había evaporado.

Agradecimiento

Gracias a todas las personas que con su desinteresado trabajo contribuyen al bienestar de la comunidad, y al progreso de la humanidad.

Esta pequeña contribución no hubiera sido posible, ni hubiese llegado a tus manos, sin el andamiaje construído por una cantidad de heroìnas y héroes anónimos.